

EL COJO ILUSTRADO

Año VII

1º DE SEPTIEMBRE DE 1898

Nº 161

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

EDITORES PROPIETARIOS Y DIRECTORES

J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



“BOABDIL-EL-CHICO.” — Ultimo Rey de Granada. — Cuadro de E. Corbould

ZULIA

(TRADICIÓN CUCUTEÑA)



A majestuosa cordillera de los Andes que atraviesa á Colombia por la parte oriental, al llegar cerca de Pamplona se divide en dos ramales de igual magnificencia, si es posible, que la mole de donde se desprenden: el del Noroeste se interna en Venezuela, forma la Sierra Nevada de Mérida y concluye en la costa del mar Caribe; y el del Noroeste se dirige resueltamente á Ocaña hasta terminar en el Magdalena, separando las aguas que caen al río de este nombre de las que van al lago de Maracaibo. En el vértice de la bifurcación y en las faldas de los estribos de aquellos poderosos ramales está situada la provincia de Cúcuta.

La historia de la conquista y colonización de esta parte del territorio de Colombia, se habría perdido en absoluto, si la tradición no se hubiera encargado de recoger siquiera los nombres de los extranjeros que descubrieron estos valles y los de los indios que los habitaban pacíficamente; pues los archivos de nuestras poblaciones más antiguas, como San Faustino, Salazar y Santiago, ó han desaparecido, ó el historiador no encontró en ellos sucesos de significación para transmitir á la posteridad. Sin embargo, por tradición se sabe que en aquella transformación sangrienta hubo episodios terribles, acciones heroicas y valientes resistencias que, aunque olvidadas de la Historia, no deben desecharse, atendiendo para darles crédito á la poderosa energía que desplegaron en otros puntos de la República algunas tribus indígenas de legendario valor.

La tradición más acreditada entre nosotros se refiere al indio *Cínera*, Jefe de unas tribus belicosas de las riberas del *Sulasquilla* en el hoy distrito de Arboledas. Respetado de sus vecinos por su riqueza, su valor personal y la extensión de sus dominios, se había granjeado la estimación y cariño de las tribus, por su carácter benévolo, no obstante la severidad que desplegó alguna ocasión en defensa de sus intereses. En su juventud peleó al lado de su padre en la guerra que éste tuvo necesidad de declarar á la tribu de los *Guanes*, la cual terminó pronta y satisfactoriamente por el matrimonio que el joven *Cínera* contrajo con una de las hijas del Jefe de aquella famosa parcialidad. Largos años después, nació de ese matrimonio la célebre ZULIA, la figura más extraordinaria de que haya noticia en la historia de los indios en la época de la conquista. Fue tan corta su existencia, tan rápido su paso por la tierra, que sus hazañas las verificó en un espacio no mayor de dos años; sin embargo, los resplandores que dejó perduran aún, y vivirán mientras haya espíritus nobles que rindan culto á la belleza, al valor y la desgracia.

El tránsito de Alfínger y Martín García por estas comarcas en 1532, dejó huellas indelebiles que la historia recuerda con horror. Robos, matanzas sin piedad, violencias de toda especie aterrizaron de tal manera á los *Chitareros* y *Bocalemas*, á los *Cúcutas* y *Cíneras*, que quince años después, al haber noticias vagas de que existían fuerzas españolas por los lados de Ocaña, trataron de confederarse para ver de resistir al feroz enemigo. Fijaron sus ojos en el anciano *Cínera*, en quien pusieron todas sus esperanzas por su poderosa influencia y los recursos de que disponía, y al efecto le enviaron sendas diputaciones que arreglaran con él los términos de la defensa; pero conociendo el astuto indio la dificultad de vencer á los invasores á causa del pa-

voroso armamento que traían, pensó igualar las ventajas, por lo menos, oponiéndoles un número crecido de soldados fuertes y aguerridos. Aceptó las proposiciones de sus vecinos y resolvió enviar una embajada á sus aliados y parientes los invictos *Guanes* para que estuvieran listos al combate cuando fuera preciso. Nadie mejor que su bella hija Zulia, de aquella valiente raza, para el desempeño de tan importante comisión: así lo dispuso y ella fue la embajadora.

La tradición se ha complacido en adornar la interesante figura de Zulia con todos los atractivos de una belleza extraordinaria. Se dice que su sola presencia cautivaba los corazones; que la dulzura de su fisonomía y la suavidad de sus modales contrastaban notablemente con el espíritu esforzado y varonil que la animaba, y que la decisiva influencia de su padre en toda esta región se debía á la clara inteligencia de la hermosa india y á sus raras cualidades de justicia y benevolencia, extrañas sin duda en la época á que nos referimos. Y la tradición no ha mentido, porque las insignes proezas que acometió después, así lo confirman.

Partió la india para el territorio de los *Guanes*, acompañada de una pequeña corte de parientes y amigos que le formó su padre; y á su regreso, desempeñada que fue hábilmente su comisión, se encontró con los indios *Cáchirras*, tributarios de su padre, quienes en completa derrota y agobiados por el terror, le refirieron los horribles sucesos que en su casa y en su territorio habían ocurrido pocos días antes.

En efecto, en 1547 Diego de Montes con una expedición española de 150 hombres había caído de improviso sobre el indefenso *Cínera*, destrozándolo completamente. Enviado por el Maestre de Campo Pedro Alonso de Rangel á fundar á Salazar, con el objeto de proteger la explotación de las minas de oro de San Pedro, supo la existencia de *Cínera* y su tribu, rica y numerosa, pero descuidada é inerme. Arrollar como el ciclón esos desgraciados fue obra de un solo momento. Sobrecogidos los indios á la vista de hombres blancos con barbas, montados á caballo y manejando á discreción el rayo, el trueno y la muerte, no contestaban sino con alaridos de terror á la voz del bravo *Cínera* que, despreciando las armas de los enemigos, opuso alguna resistencia; pero todo fue inútil: los indios que pudieron escapar de aquella matanza horrorosa se rindieron sin condiciones, y el infeliz Cacique pagó en el mismo acto con su vida el valor que había mostrado en el combate. Las grandes riquezas de *Cínera*, consistentes en oro, plata y piedras finas, y las mujeres de su casa y de su tribu, fueron repartidas por Montes entre sus ávidos soldados.

Zulia no podía dar crédito á la relación que los *Cáchirras* le hicieron de aquel terrible cataclismo. Despojóse de sus reales atavíos para disfrazarse con el traje de uno de sus vasallos, y aprovechándose de las sombras de la noche pudo llegar á los límites de su residencia. Al ver á la luz de la luna el cadáver de su anciano padre, pendiente de las altas ramas de un caracolí, balanceado por el viento, un grito de agudo dolor se escapó de su pecho, lágrimas de indignación brotaron de sus ojos y un voto de odio y un juramento de venganza estremecieron su brioso corazón. Volvió, silenciosa pero resuelta adonde la esperaban los suyos; y en desarrollo del valiente plan que en breves momentos había concebido, envió un comisionado á cada una de las parcialidades de los *Cúcutas*, *Chitareros*, *Bocalemas*, *Labatecas* y *Guanes*, y ella se situó en el valle en que está hoy construída la ciudad de Pamplona á esperar el resultado de sus proyectos.

Poco tiempo después tenía á su derredor más de dos mil hombres, no sólo dispuestos á combatir, sino electrizados con la presencia de Zulia, pues, como hemos dicho, la fama de su deslumbradora belleza, de su bondad y de

su valor indomable se había extendido por toda esta región. En cuanto al secreto de sus operaciones era inútil preverlo: la inminencia del peligro, el odio á los conquistadores por el número de sus iniquidades—y las altas y sombrías montañas que dividían los campamentos de ambos bandos,—evitaban con toda probabilidad el riesgo de una delación. Zulia dictó sus últimas disposiciones y se abrió la campaña.

Uno de los principales jefes que concurrían á la expedición fue el gallardo GUAIMARAL, hijo adoptivo del indio CUCUTA. Se presentó con lucida hueste á la defensa de Zulia, y por su indiscutible valor, su arrogante apostura y el entusiasmo que infundía en los suyos, fue proclamado segundo Jefe del Ejército. El anciano Cúcuta, Cacique altamente respetado y querido de las tribus que habitaban y cultivaban los tres hermosos valles que hoy se llaman del *Táchira*, *Pamplonita* y *Zulia*, puso á disposición de su muy querido hijo los mejores soldados de sus parcialidades y abundantes recursos. Estas tribus eran pacíficas; pero cuando Martín García pasó para Venezuela, después de la muerte de Alfínger, temió atacarlas, no sólo por el número, sino por la respetabilidad de su Jefe, lo cual les dio cierta fama entre sus vecinos. Así fue que cuando Guaimaral llegó al campamento con su numerosa y bien equipada división, aclamaronlo con entusiasmo y recibió de la valiente Zulia señaladas muestras de estimación y simpatía.

En el plan que concertaron para atacar á los españoles en Arboledas, se convino en dividir la expedición en dos cuerpos: uno al mando personal de Zulia, compuesto de los *Guanes*, *Labatecas* y *Cáchirras*, que daría el asalto por el Sur, esto es, por el camino de Cucutilla; y el otro, bajo la dirección de Guaimaral, obraría por el camino de Salazar, hacia el Norte. Este cuerpo estaba formado de los *Bocalemas*, *Chitareros* y *Cúcutas*, y constaba de mil hombres.

Fijados como estaban el día y hora del asalto, se efectuó con éxito asombroso. Las tropas indias pelearon con valor y disciplina. Debido á la altísima confianza que tenían en los jefes, quienes en la movilización de los Cuerpos y ejecución del plan de ataque demostraron persuasión completa de la suprema importancia de su misión. Guaimaral, profundamente enamorado de Zulia, desde que la vio por primera vez, demostró en el combate, con actos de increíble arrojo, que tenía derecho á pretender la posesión de su divina hermosura; y Zulia, que correspondía dignamente tan noble pasión, se esmeró con su indomable valor y feroz energía en conservar el renombre que le había discernido la fama.

Diego Montes estaba completamente descuidado. Las grandes riquezas que encontró en el campamento de *Cínera* y las bizarras indias que capturó, ocuparon tan preferentemente su atención, que no sospechó siquiera la venganza que le preparaban sus enemigos, y no se cuidó de vigilarlos, porque los creyó aniquilados. Montes pagó con su vida la sangre que meses antes había hecho derramar en *Sulasquilla*; y sus soldados, en vez de dueños, quedaron esclavos de los indios. El caserío que el español había comenzado á fundar, fue arrasado por sus cimientos; los vencedores recuperaron sus mujeres y sus riquezas, y Zulia, triunfante y orgullosa, celebró ostentadamente su enlace con el brioso Guaimaral. Formaron su campamento en un hermoso valle que riega el torrentoso *Sulasquilla*, en un punto equidistante de Salazar y Arboledas, que hoy lleva aún el nombre de la inmortal heroína.

Guaimaral era de origen guajiro. Hijo primogénito del famoso MARA, que tenía bajo su dominio todas las tribus que habitaban las poéticas orillas del lago de Coquivacoa, hoy Maracaibo, repugnaba á su carácter emprendedor y activo la apacible tranquilidad de los

suyos y la vida muelle y perezosa que llevaba en sus posesiones, sin empresa alguna de importancia en que pudiera dar á conocer el alto temple de su alma. Pidió y obtuvo permiso de su padre para explorar las inmensas montañas del Sur del lago y los caudalosos ríos que en él desembocaban; y provisto de una *piragua* que hizo construir según sus órdenes, se lanzó al centro de las azules aguas, ávido de libertad y aspirando con delicia el puro ambiente de aquella hermosísima región. Navegando sin brújula y á merced del viento, dio con el delta del sereno Catatumbo, que remontó sin cuidado; y después de algunos días, entró al *brazo* de aquel río, que hoy se llama *Zulia*, luégo que hubo devuelto la *piragua* y tomado una canoa que le fue facilitada por la tribu salvaje que habitaba la montaña. Esta tribu le dio informes acerca del indio Cúcuta, de sus riquezas y de la belleza de sus dominios; y sin tener en cuenta las grandes penalidades del viaje, Guaimaral continuó el suyo hacia el Sur, acompañado de dos de los cuatro esclavos que había traído consigo. De este modo llegó á la presencia del Cacique, quien le recibió con agasajo. Encantado con las bellas condiciones del guajiro, y satisfecho de su noble estirpe, le dio en matrimonio á su hija única, que murió pocos meses después. Guaimaral quiso regresar á los suyos; pero retenido vivamente por Cúcuta y querido y respetado de las tribus, recibió de aquél el mando y dirección absoluta de sus dominios en calidad de hijo adoptivo. Dos años más tarde ocurrió la guerra y asaltó á las fuerzas de Diego de Montes, que ya hemos relatado.

Entretenidos Guaimaral y Zulia en gozar de las delicias de su feliz unión y de la ferviente adhesión de las tribus, descuidaron la vigilancia de los enemigos. Apenas terminada la campaña, se retiraron gran parte de los Guanés y de las demás parcialidades que los habían acompañado, creyendo que el español no volvería jamás; de modo que al presentarse Diego Parada, dos años después, en los cerros de Occidente, con trescientos soldados y sesenta caballos, Guaimaral no pudo organizar la defensa, y de acuerdo con Zulia determinaron retirarse hacia Pamplona y citar allí á todas las tribus aliadas, á



CUADRO DE ANTONIO HERRERA TORO.—(De la colección del señor Dr. José María Ruiz)

las que oportunamente enviaron mensajeros. Pero Diego Parada, que estaba bien enterado de la calidad de los jefes y tropa con quienes iba á combatir, no les dio tiempo, sino que avanzó resueltamente en la persecución, sin embargo de las emboscadas que sufrió en las sombrías montañas de Cucutilla. Los indios se parapetaron en el valle de Pamplona, en el rincón del Sur, dejando libre la retirada hacia el páramo; en pocos momentos se les agregaron las parcialidades más vecinas, y las disposiciones que Guaimaral y Zulia dieron para el combate infundieron en el ejército la persuasión del próximo triunfo. Diego Parada, confiado en su armamento y en el valor de sus vigorosos soldados, se presentó orgulloso ante el campamento indio, creyendo que se le rendiría incondicionalmente como de costumbre; pero á las primeras cargas que dio, infructuosas aunque enérgicas, comprendió que la resistencia era formidable.

Ya estaba pensando en abandonar la empresa, cuando divisó en las alturas del Sur gente española: eran Pedro de Ursúa y Ortún de Velasco, que con numeroso ejército venían de Bogotá á conquistar estas regiones y fundar á Pamplona. Puestos de acuerdo rápidamente los tres jefes españoles, atacaron á los indios por distintos puntos, invadiendo el campamento á sangre y fuego por las cimas de los tres cerros que lo circunfían. El destrozo fue horrible, Zulia, en el paroxismo de la desesperación, hizo prodigios increíbles de valor. Montada en uno de los caballos que le había capturado á Diego Montes, parecía una fiera encorralada, dispuesta á morir antes que rendirse. Más esforzado que nunca, Guaimaral secundó admirablemente el arrojado extraordinario de Zulia; pero viéndola exánime, acribillada á lanzazos, escapó solo, á caballo también, y se refugió en los valles de Cúcuta. Agobiado por la tristeza y viendo la imposibilidad de resistir á los españoles, aconsejó á su suegro se sometiera voluntariamente al enemigo para obtener algunas concesiones, y partió para Maracaibo, dando un lastimero adiós á la poética comarca donde había sido tan feliz. Pero al llegar á Encontrados, avergonzado de la derrota de Pamplona, temió la vista de su padre, y torciendo hacia el Oriente, por tie-



ESCENA DE HAMLET. — Por Daniel Maclise, uno de los más grandes pintores de su época (escuela inglesa)

rra, llegó á las riberas del caudaloso Escalante. Allí reunió las tribus indígenas que habitaban esas montañas y fundó un caserío que llamó *Zulia*, en recuerdo de su idolatrada esposa. Muerto su padre, el famoso Mara, ocurrió á tomar posesión del Cacicazgo como legítimo heredero; y para desahogar el dolor que llenaba su alma, puso el nombre de ZULIA á todas las tierras de su dependencia.

Los historiadores españoles procuraron destruir hasta el recuerdo de la valerosa india, pero no pudieron conseguirlo, pues transcurridos cuatrocientos años, ZULIA se llama aún el caserío que fundó al casarse con Guaimaral; ZULIA el torrente que lo refrescaba con sus auras; ZULIA el sitio en Pamplona donde exhaló su último aliento; ZULIA uno de los tres hermosos y feraces valles cucuteños; ZULIA, el río que aquel infeliz mancebo navegó, presa de horrible sufrimiento; *San Carlos de ZULIA*, el puerto sobre el Escalante; y ZULIA, en fin, el Estado Federal del gran lago de Venezuela, en memoria de la sublime heroína. Guaimaral también le dejó su nombre á la vega más frondosa y perfumada de Pamplonita; y si la Historia ha esquivado inscribir en sus columnas los nombres de nuestros héroes, la tradición, más justiciera, se ha encargado de legarlos á la posteridad, poetizados por el transcurso de los siglos.

CARLOS JÁCOME.

Cúcuta—1898.

LATIDOS MUDOS

Corazón sin amor, corazón muerto,
Que en lóbrega prisión lates vacío:
El mundo es para tí campo desierto,
Sin límites, sin luz, estéril, frío.

Ya no podrás ornar con frases huecas
La triste historia del dolor humano.
¿Qué son tus ilusiones? flores secas.
¿Qué son tus esperanzas? humo vano.

Sigue marcando el rítmico latido
Que á la vida automática acompaña:
Fuieste trono, volcán, búcaro y nido;
Hoy eres, corazón, sólo una entraña.

JUAN DE DIOS PEZA.
(Mejicano)

PAGINAS OLVIDADAS

DISCURSO

—
Señor Director,



ME siento profundamente conmovido. Al subir á la tribuna, osé contar con algunas fuerzas para este instante solemne y noto que me faltan todas. Las grandes impresiones descargan todo su peso sobre el alma y algunas veces hasta la oprimen. Esta academia venezolana, compuesta de tantos amantes del saber, identificados todos en el propósito de rendir el presente culto á las letras; este concurso que se congrega como para un objeto nuevo; este certamen de ingenio que acabamos de presenciar, como una especie de aspiración á la gloria; el sexo encantador asistiendo como un juez llamado á distribuirla; la reunión especial de hoy, hecha con el fin de tributar un homenaje de respeto y reconocimiento á la Real Academia Española, y el ser la causa de ello el haberme ese Cuerpo, de tradiciones tan gloriosas, distinguido con la altísima honra de Socio suyo en la clase de *Académico correspondiente extranjero*: todo esto tiene para mí tanto de extraordinario, que (si he de decirlo con llaneza) me busco á mi mismo y no me encuentro.

¿Por qué no tengo yo á mi disposición la elocuencia varonil de Jovellanos, que supo siempre encerrar en cláusulas de oro tanta rica joya de pensamiento sublime, ó la palabra fácil, abundante y tersa de nuestro malogrado Baralt, abeja querida de todas las flores, cuando ambos en su recepción llenaron el recinto de aquella misma ilustre Real Academia con su voz, para llenar yo ahora este salón con la mía y poder así dar noble hospedaje al noble obsequio académico?

Ah! si tal fuese! Hallara yo entonces manera, con mano ya más firme y acertada, de derramar aquí y exponer á vuestra vista nuestros más ricos tesoros. Presentaría á Bello, el que lo supo todo, Virgilio sin Augusto y pintor de nuestra zona. Presentaría la Zona suya ba-

ñada en luz y en rocío, émula de la del cielo. Presentaría á Vargas y á Cagigal, sumos sacerdotes de las ciencias. Presentaría á Bolívar, la cabeza de los milagros y la lengua de las maravillas; á Peña, rival de la elocuencia antigua; á Manuel Felipe de Tovar, varón ilustrado que llevó puesta siempre la armadura para el honor y el honor sin mancilla como fianza del deber; á Gual, inglés por escuela y americano por sentimiento; á Angel Quintero, hombre de líneas rectas, de voluntad incontrastable, y figura sublime de estadista; á los dos Limardos, padre é hijo, ornamentos ambos de la patria, de las ciencias y de las letras y ambos pertenecientes (yo puedo decirlo) á una familia predestinada para la gloria; á Juan Vicente González, escritor de brillante colorido, el Tirteo de nuestra política y el Hércules de la polémica; á Avila, nuestro Basilio, especie de ángel con dón de lenguas; á Toro, el gran pensador artista y el poeta filósofo; á José Hermenegildo García, pluma encarnada en el carácter y alma de romano con epidermis de acero; á los dos Fortiques, los talentos de la diplomacia y de la estética; á los Obispos Méndez y Talavera, controversista el uno, y orador brillante el otro; á José María Rojas, generalizador profundo y publicista; á Andrés Eusebio Level, especie de urna donde cabía todo lo bello; á Espinal, bizarro paladín del parlamento y político con el oído puesto siempre á la opinión; al Doctor Arvelo, médico sagacísimo y oráculo del diagnóstico; á Porras, que por su inmensidad no podía reducirse á ninguna esfera científica y las invadía todas audaz; al Doctor Cristóbal Mendoza, ilustre abogado, gran patricio y grande administrador; á José Luis Ramos, humanista como pocos; á Revenga, Santos Michelena y Francisco Aranda, vaciados en molde para el gabinete, y el último de ellos además nacido para hablar en libro siempre; á mis maestros todos, sobre quienes, por la modestia que de ellos me alcanza como á su alumno, me contento con echar un mismo manto de gloria. Por último, presentaría á la inmortal Teresa Carreño, que tiene hoy suspenso al mundo, hasta oír de su boca la misteriosa palabra del arte y ver salir de sus manos, convertido en armonías, el magnífico drama social contemporáneo. Más, evocaría en masa á la antigua Colombia, que nos pertenece; haría ostentación



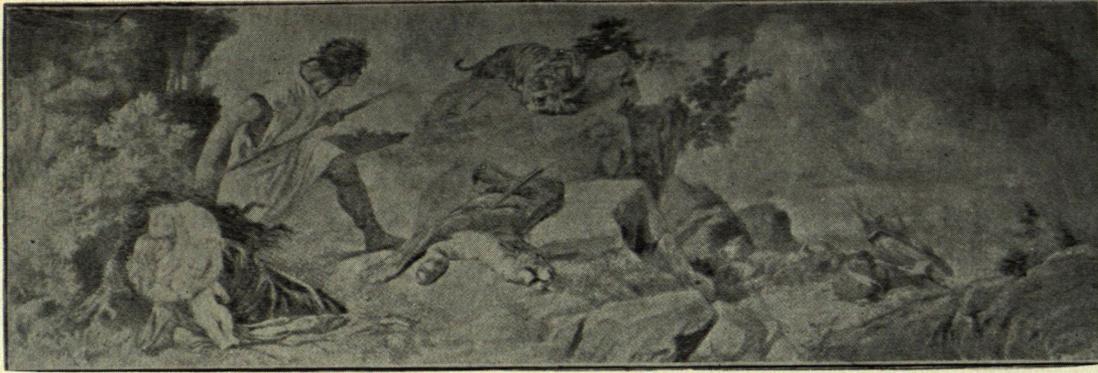
CAIN

de sus hombres, su historia y su esplendor; le vantaría en alto todo ese conjunto, como para colgar en el espacio la gran vía láctea de nuestro espléndido cielo; y ya así y hombreándose hasta donde me fuese posible con la Real Academia Española, podría decirle con justo orgullo patrio: "El orador es pequeño, pero Venezuela es grande; y puesto que para ella es, esa condecoración con que se me ha distinguido, bien cabe en su pecho."

Pero está visto: yo no puedo hacer tanto y la ofrenda viene á ahogarme con su magnificencia. Reconozco el deber contraído, la responsabilidad abrumadora, el peso enorme echado sobre mis débiles hombros. ¿Dónde hallaré yo fianza ó caudal bastante para la paga? ¿Cómo ha podido ser que el último de los venezolanos haya sido candidato y luego favorito de tal gloria? Vamos, ya adivino: los pueblos de un mismo origen al fin lo reclaman; las razas se unifican por el espíritu; y yo, en el proceso de la actual civilización hispano-americana, no soy más que un accidente, un punto de mira, como hubiera podido serlo cualquier otro compatriota mío, en este último lazo que hoy estrecha la patria de Pelayo y de Isabel la Católica con la patria de Bolívar, de Mariño, de Urdaneta, de Ribas, de Páez y de Sucre.

Este acontecimiento lo considero yo feliz, no sólo porque multiplica nuestros puntos de contacto con el gran mundo, sino porque, si la civilización va bien por todas partes, va mejor y gana más por el camino de las letras.

Las letras lo son todo. Las letras viajan: son la luz que inunda en un instante el espacio y lo colora, la arista que lleva el grano de la idea y que es arrebatada por el viento de las edades, para llevar á todas partes germen, árbol, flor y frutos. Las letras crean: Homero ha dado origen á mundos en que él no soñó y que hoy ruedan en el vacío de la gloria; sin la palabra de Demóstenes la suerte de Grecia no llega á Queronea; sin la de Cicerón, Catilina suplanta á César y precipita el tiempo de Farsalia; y el siglo de Julio II y León X es grande, y Canova hubiera podido poblar el museo Pio-Clementino de obras suyas, porque había libros santos que hablan maravillas, é historiadores y poetas que son dechados. ¡Qué siglo ese! Las galerías del Vaticano son historias del cielo; y se alcanzó á ver entonces, entre otros genios, á un Miguel Angel, que pudo desbaratar el orbe para llamarlo á juicio, y á un Rafael, que, por la fuerza sola de su mano, hizo encarnar la Virgen en colores, tras de los cuales ve uno su misma gracia divina. Las letras han engendrado el canto y la armonía: Beethoven, Haydn y Mozart, los maestros profundos, y Rossini, Bellini y Donizetti, los maestros melodiosos, creadores todos ellos de un poder incontestable que va derecho al alma y la cautiva y, después que la cautiva, la enseña, han calcado en su mayor parte las obras maestras que los ilustran, en las obras maestras de la poesía y de las letras; la poesía precede siempre á la música, como el rayo de luz al arco iris. Las letras son el tesoro inagotable de las bibliotecas, que ocupan hoy los palacios mudos del saber, así como son el oleaje incessante del periodismo, que baña, agita y fecunda industrias, opiniones, costumbres y creencias. Las letras han producido en las artes la estética, ciencia que ençanta, naturaleza que ríe, es-



A LA DEFENSIVA

pecie de creación, donde no hay sonidos sin acordes, ni formas sin belleza. Las letras son en la amargura de la vida miel, en la vida de los pueblos aliento, en el espíritu cultura, en los anales del género humano la única página sin mancha y en la corriente de los siglos el único bajel que no hace estadia ni naufraga. Las letras son las que han venido labrando este progreso que tenemos, esta civilización que nos honra, esta libertad que es nuestro orgullo. Las letras, por fin, han necesitado del fósforo para domesticar y poner á fuego el fuego, del ferrocarril para trasportar el fruto que da el tipo de imprenta, y del alambre para poner á su servicio la electricidad, el único órgano capaz de transmitir, con la rapidez que él tiene, el rayo fecundador del pensamiento.

Y aquí, señores, me siento como con alas, como llevado por el hipógrifo de Astolfo para recorrer de un vuelo los siglos. ¿Qué queda de Roma?—Sus libros. ¿Qué de la edad media?—Sus crónicas. ¿Qué del siglo XV?—El renacimiento. ¿Qué de la edad horrible de César Borgia?—Maquiavelo. ¿Qué de la Italia humillada del siglo XVI?—Ariosto y Tasso..... Ved: hay en la larga jornada de la humanidad, como se nota ahondando un poco, y á veces sin ello, una estrella que siempre va, un rastro que siempre queda, de luz todo. ¿Será esta la aguja misteriosa que marca sin cesar el rumbo del viaje, la voz de alerta dada á la peregrinación del porvenir, ó el hilo de la providencia, que, oculto á veces, á veces ostensible, burla todas las lógicas para hacer triunfar la suya y hace precipitar la corriente de los sucesos hacia sí, como hacia un centro absorbente? Mirad el siglo de Pericles: la musa del drama y de la historia deja más para la Grecia y para el mundo, que las batallas de Maraton y Salamina; Tucídides casi fue el maestro de Tácito, y Eurípides fue tan grande, que había de ser corona histórica suya que el adusto Sócrates asistiese á la representación de sus obras y que más tarde hubiese de immortalizar sus páginas la sangre preciosa de Tulio, que las leía, derramada sobre ellas por los sicarios de Antonio. ¿Hermosos días esos, en que los juegos olímpicos fueron también palestra á ingenios lidiadores, hubo en ellos surro de aplauso en el concurso, voz de grata fama corriendo de boca en boca y, en el autor afortunado, rubor de gloria bañando sus mejillas!.....

Oh! me siento transportado! Quisiera hacer alto delante de esa edad florida, y que levantásemos aquí tres tabernáculos, para contemplar de nuevo esa transfiguración del espíritu que todavía, después de más de veinte y dos siglos, se ve pasar por sobre nuestras cabezas como un meteoro brillante. ¿Qué dirá ahora la barbarie (yo la interpelo para que comparezca á este lugar), qué dirá cuando, en presencia de ese espectáculo espléndido, vea ella por sus propios ojos, que la sangre no deja sino sangre, las tinieblas sino olvido, y que en la posteridad sólo para la virtud hay honra y para el talento laurel?.....

Mi conmoción es extrema, pero prosigo. Au-

gusto, soberano astuto y frío, para cuyo gobierno sensual y despótico no hay más explicación que el haberse encontrado al fin sin rivales ó el haberse deshecho de ellos en tiempo, halló su ilustración en los varones de letras de su época y su mejor título á la vida pós-

tera en la inmortal lisonja de Horacio y de Virgilio. El reinado de Isabel de Inglaterra se nombra menos por su infame conducta con María Estuardo, que por Francisco Bacon y Shakespeare. El de Luis XIV es célebre por el esplendor del espíritu, que iluminó más su gusto regio que sus triunfos; todavía después de casi dos centurias, ese faro se alcanza á ver lo mismo: la soberbia pasó, el rastro de luz se mira aún; y si el gran monarca hace gran figura en la historia, es porque lleva de la mano al gran Bossuet. Ese mismo siglo XVII fue el siglo de las ciencias, así como lo fue también el siglo XVIII, siendo este además, por lo que hace á la religión y á las ciencias sociales, el de los *espíritus fuertes*, el de los libres pensadores. Del fondo del último saltó la chispa que produjo el incendio de la Revolución francesa, el acontecimiento más grande del mundo político, bautismo ese de todas las ideas, piscina probática para todos los errores, gran biblia donde hay para la libertad anales, para el derecho enseñanzas y para el progreso humano advertimientos.

España fue un tiempo la monarquía universal: no estaría mal dicho de ella que el sol se fatigaba para recorrerla. De Carlos V, en quien recayó de hecho por muerte de su abuelo materno, pudo escribir en significativa frase Montesquieu, aunque comprendiendo la Alemania también, que *la tierra se había ensanchado para dar espacio á su grandeza*, Felipe II, su hijo, salvó la dignidad imperial que tocó á Fernando su tío, todo lo demás lo heredó: dominios colosales que se extendían á la Península, aumentados estos después en vida suya por la adquisición de Portugal, á Holanda, Bélgica, Oceanía, Asia, Africa y América. Este monarca poderoso pudo en su reinado hacer oír su voz de las islas de Chiloe á las islas Filipinas, hacer hablar por gala su lengua en casi todas las cortes, poblar los mares con sus flotas, obtener la mano de María, triunfar en San Quintín, poner espanto á Inglaterra y colmar á España con el oro del Perú. ¿Qué queda de todo eso y de lo demás del poderío español? Queda sólo (por no hablar más que de esos tiempos) la abundantísima cosecha de las letras en los siglos XVI y XVII, llena, rica y varia, de rubios granos y jugosos vinos, cosecha que casi no cabía en las trojes y que rebosaba en los lagares. Quedan las obras de erudición é inventiva, muchas de ellas inimitables, que llenaron las bibliotecas y los teatros. Quedan los escritores distinguidos y los ingenios de primer orden, algunos de ellos, puede decirse, únicos: Santa Teresa de Jesús, que habló de la santidad en formas tan castas como castizas; Hurtado de Mendoza, de frase atildada, si bien concisa por extremo á fuerza de recortes; Melo, historiador cultísimo y capaz de asuntos más vastos, como si dijéramos Roma; Garcilaso, cuyos versos deben leerse en medio de un jardín de tomillos que tenga nardos por cerca; Solís, estilo de filigrana; Ercilla, que componía bajo el pabellón del campamento el libro que le dio inmortalidad; Herrera, águila siempre entre las nubes; Fray



EL SUEÑO DE SANTA CECILIA. - Cuadro de Etienne Arambre

Luis de León, rival de Horacio hasta en la lengua; Fray Luis de Granada, escritor de epítetos espléndidos y enamorado del amor divino, que él sabía encerrar siempre, como dentro de cajas de música, en sus cláusulas cantantes; Calderón, río de cascadas sonoras, por la armonía, y Cervantes, cuya creación es un mundo, que sacó de la nada, y cuya inmortal obra será siempre la desesperación de los demás, porque casi no puede tener imitadores. ¡Tesoros todos esos preciosos, que forman como un museo en los anales de las grandezas humanas!

Héme aquí, señores, de vuelta ya de mi largo, si bien rapidísimo viaje por el ancho campo de la historia. Vengo contento, muy contento, porque os traigo lo que buscaba. Os traigo, que eso que hemos aprendido y leemos diariamente en los libros del progreso, es todo cierto: que la civilización marcha; que la conciencia humana es tribunal; que la justicia es código; que la libertad triunfa y que el espíritu reina. He interrogado á los fastos de todos los siglos y todos me han respondido lo mismo. He atravesado la espesa noche de la barbarie y sólo silencio he hallado allí; la Historia misma calla. He extendido á la humanidad delante de mí, como si fuese un mapa de estudio, para examinar lo que contiene, y he visto, del un lado fósiles sólo, osamentas, las petrificaciones y cenizas del error, que no sabe dejar por donde pasa sino escombros, cimenterios, osarios; y del otro, el panteón de la inmortalidad, donde se ven viviendo en galerías espléndidas todas las conquistas del trabajo y del talento: la industria que independiza, la riqueza que sustenta, las ciencias que ilustran, las artes que adornan, el libro que enseña, el periódico que difunde, el vapor que viaja, el rayo que obedece, y el derecho que va siendo ya, por los triunfos que cuenta, patrimonio común, y, lo que es más, blason acariciado de las clases oprimidas. ¡Qué porvenir, señores! ¡Qué gloria!

Este es el punto adonde yo deseaba llegar para apostrofaros; ahí lo tenéis: esas son las letras, que representan realmente en el pueblo que las cultiva, el cultivo de su espíritu. Aunque con desmaña, que debe perdonarse en gracia siquiera del noble empeño que he puesto, no me ha sido difícil el haber logrado confirmar, si bien por modos diversos, el tema del certamen. Yo hubiera querido otra cosa. Hubiera querido tener voz de hechizo para evocar de sus tumbas los muertos ilustres, ojos de águila para penetrar desde la altura en los abismos del tiempo, y alas de fuego para atravesar sin fatiga la prolongadísima extensión; hubiera querido ser Plutarco, que cuenta con candor, Tito Livio que pinta con elegancia, Tácito que castiga con azote, Bossuet que crea y magnifica, y Guizot que generaliza y abarca; hubiera querido recoger hechos, deducir leyes y amontonar fastos, para, de esta manera y con tal mundo grandioso á vuestra vista, poderos decir: esa luz que deja como un rastro de estrellas detrás y lleva como un camino de estrellas delante, es la luz de la civilización; ved: no se extingue; ese esplendor de las ciudades, ese afán de los mercados, ese hervir de los caminos, esa facilidad de tener cada uno, por su salario, pan y goces, es el aprovechamiento de la naturaleza por la industria y el rescate del hombre infeliz por el trabajo; ved: ni la una se cansa, ni el otro cede; ese espíritu que va es la libertad; este concierto que queda es el orden; esa justicia que se distribuye es el derecho. Después de todo lo cual, si me alcanzaran las fuerzas para tanto, salvando el tiempo presente y ahondando más, dividiendo más y viendo abrirse en sucesión continua, como para dar paso al progreso, horizonte tras horizonte y bóveda tras bóveda, hasta tocar con el linde temporal de lo futuro, podría agregaros por último con voz de aliento y esperanza: ese camino inmenso, casi infinito, que recorro sólo en idea, es el camino de la humanidad, y este palacio de cielos el palacio de las letras.

Esto hubiera yo querido; pero mis fuerzas son flacas, me encuentro además por las impresiones un tanto cansado, sobre que no quiero

cansaros á vosotros, y hago alto aquí. Por una razón tan principal como la dicha me gusta esta parada; porque con haberla hecho, he podido tropezar de nuevo con mi patria, con mi querida patria. He dicho mal: esto no es un accidente, sino un hallazgo voluntario y feliz, porque yo la buscaba adrede, á fin de decir sobre ella algunas cosas que siento aquí, aquí dentro del pecho. ¿Cómo, en el gran festín del espíritu, quedarse ella sin entrar, cuando tiene cubierto y silla? ¿Cómo, en el vistoso alarde de la civilización, no formar en fila ella, cuando tiene honra ganada y prez que lleva al pecho? Yo la amo con ese cariño que se tiene al lugar donde uno nació; donde atravesó en infantiles juegos el verde alfombrado de la menuda yerba; donde corrió tras las pintadas mariposas; donde se ve subir el humo del hogar y le sale á uno al encuentro el perro de la familia, que le halaga y le conduce donde está el árbol, el río, la cascada, la loma, á que subió de niño uno para ver despuntar el sol de la mañana; donde oyó por la primera vez la voz del amor materno, tan dulce y al mismo tiempo tan desinteresado, historia esta la única que se lee todos los días y que jamás se va del corazón. Amo además á mi patria, porque es un patrimonio espléndido. ¿Sabéis, señores, lo que existe de una manera casi visible en este lugar donde hablo?—Dios, que levantó su trono de regalo y pasatiempo sobre esta naturaleza colosal. Aquí son los cielos palacios de luz y de zafir, tienen los mares por asiento perlas, pisan las bestias oro y es pan cuanto se toca con las manos. ¿Sabéis lo demás que tenemos?—Casi todo: aquí se conocen las cosas sin los libros, se escribe sin modelos y se va adelante sin vapor; aquí hay una precocidad que adivina, un gusto que pule, un entendimiento que abarca, una imaginación que pinta y un espíritu que vuela.

Pero todo esto está en bruto aún, y es preciso desprender el cuarzo para dejar el oro puro, llamar la industria con garantías, que es como viene, llamar el capital con halagos, que es como viaja, y ofrecer á la civilización domicilio de paz, que es donde crece, para de este modo aprovechar en nuestro suelo tanto tesoro oculto y tanta riqueza natural. Oh! este será con el tiempo un gran pueblo, y yo asisto en idea al espectáculo. Entre tanto, y en cierto sentido, el genio nacional duerme, las alas plegadas, el aliento ansioso, aguardando sólo aire en que sosnerse y espacio que devorar.

Hé aquí por qué debemos estrechar alianzas y cultivar relaciones y por qué celebro yo, y debemos celebrar todos, este nuevo vínculo que por medio de la Real Academia Española nos une ahora de un modo más estrecho con España. Causas ya olvidadas nos pusieron un tiempo en desacuerdo; pero ahí está la historia para decirnos que somos una misma raza, y el destino que nos promete que seremos una misma familia.

Hallegado ya el momento de poner punto. Este mío no es discurso de incorporación, ni es tampoco el discurso de orden, que ha tocado hacer con tanto brillo y sabiduría á mi digno é ilustrado colega, caro amigo y discípulo señor doctor Rafael Seijas, en los cuales cabe materia más amplia, exornación más pulida y compromisos más serios; sino meramente una expresión de gratitud, en que las palabras deben ser sencillas, el tiempo de que se disponga modesto y los sentimientos candorosos. Esta gratitud es la que me empeña, por una parte, con la Academia de Ciencias Sociales y Bellas Letras, que se ha dignado con tal generosidad colmarme de favores; y por otra, con la Real Academia Española, que tanto me ha distinguido por haberme incorporado á su seno. Dos cosas he notado: la una, que en esta ofrenda solemne que acabamos de hacer á los estudios, todos los dones han sido ricos, menos el mío; sólo que es puro y el único tesoro de mi casa: no tengo más; la otra, que en los magníficos discursos que acaban de pronunciarse, he oído á mi favor muchos é inmerecidos elogios, que yo quiero considerar como esos ramilletes de flores

que algunas veces se dan por obsequio ó por que hay de sobra en los jardines. A mí no me toca otra cosa que tejer con esas flores guirnalda, para colgarlas en los muros de éste que yo quisiera llamar templo del saber, á fin de que mañana, cuando venga la posteridad, pueda decir con justicia, que, si no hubo quien la mereciese, sí hubo quien las prodigase, por generoso culto del espíritu. Y ya al descender de esta tribuna, he de expresar un voto que me sale de lo hondo del pecho: que las ciencias y las letras se difundan tanto en mi país, que formen como una atmósfera social; que mis conciudadanos respiren por todas partes el aire de la civilización; y que sobrevenga por fin el reinado de paz, dicha y gloria á que está llamado, por índole y por suerte, un pueblo tan espiritual como Venezuela.

CECILIO ACOSTA.

LAGRIMA DE MI DOLOR

A MI AMIGO MARCO-ANTONIO SALUZZO EN LA MUERTE DE SU HIJA

MARIA DEVOTA,

QUE MURIÓ AHOGADA EN EL RÍO NEVERÍ, EL 16 DE ABRIL DE 1875

Voz de infinita afición

Me dijo tu suerte impía,
Y así cual la voz gemía

Lloraba mi corazón.

Y, eco hallando mi lamento,
Lúgubre exhalaba el viento

Voz de infinita afición.

Llora tu pena crüel.

Mártir, ya tienes tu palma:
A las angustias del alma

No ofrece el mundo broquel.

¡Cuán sola tu noche oscura!
No volverá tu ventura;

Llora tu pena crüel.

Nace la rosa gentil,

Gala festiva del campo;
La dora el sol con su lampo,

La besa amante el Abril.

¡Por qué entonces inocente
Junto al pérfido torrente

Nace la rosa gentil?

Envuelta en albo cendal,

Risueña como la aurora,
Sobre la linfa sonora

Va la niña angelical;

Y al fulgor de claro día
Cisne hermoso parecía,

Envuelta en albo cendal.

Río traidor, Neverí,

La virgen de blanca frente
Se bañaba en tu corriente,

Sin recelarse de ti.

Ni por pura, ni por bella,
¡Ay! te apiadó la doncella,

Río traidor, Neverí.....

Onda tras onda cruzó:

Después, en el insereno
Río de profundo seno,

La blanca frente ocultó.

Y la postrera agonía
De la virgen que moría,

Onda tras onda cruzó.

¡Cómo las dichas se van!

Al ceño de adusta hora,
¡Ay! la niña encantadora

Sucumbe en mísero afán;

Y ya silenciosa, inerte,
Mostrando queda en su suerte

Cómo las dichas se van.

Angeles que sois la luz,

Del hogar en el santuario,
Nos dejáis en el calvario

A solas con nuestra cruz.

¡Quién calmará tanto duelo
Si os vais vosotros al cielo,

Angeles que sois la luz?

¡Quién alivia tanto mal?
 ¡Cuánta lástima sombría!
 ¡Cuánta ya muerta alegría
 En la vida terrenal!
 Piedad consolante, díme:
 De ese duelo ¿quién redime?
 ¡Quién alivia tanto mal?

Lágrima de mi dolor,
 Lágrima de la elegía
 Que del arpa triste mía
 Oyes gemir el clamor;
 Símbolo fiel de mi pena,
 Sál en abundosa vena,
 Lágrima de mi dolor.

JACINTO GUTIERREZ-COLL.

Caracas: 4 de mayo de 1875.

MOMENTÁNEAS

PARA GUSTAVO TERRERO.

Zola se ha fugado.

Los adversarios del insigne novelista que no le perdonan su formidable *J'accuse* del periódico *La Aurora*, se regocijan de su inesperada fuga, conceptuando ridícula su actitud de ahora que se compadece, á no dudar, de su campaña de entonces.

Los amigos se lamentan y dicen que Zola tiene razón en irse á veranear á Noruega y no á la cárcel.

La verdad es que un veraneo en la cárcel y bajo esta temperatura aplastante no es muy apetecible que digamos. Yo también, descartando el vago malestar que produce siempre la retirada de un grande hombre, casi casi le doy la razón al ilustre escritor: yo también hubiera hecho lo mismo.

La cárcel me horroriza.

Cuando Zola emprendió su valerosa campaña en defensa de Dreyfus el contagio produjo su efecto y una porción de periodistas echamos las campanas á vuelo. Zola solo, aislado, odiado por todo el mundo escuchó la voz honrada de sus admiradores á través de la estulta vocinglería que á su paso levantó la estupidez. Su gloria literaria hecha polvo fue reverenciada por nosotros; y en un arranque de romanticismo desusado se nos antojó—que la actitud de Zola tenía los caracteres de las actitudes clásicas de los mártires.....

La conciencia de la multitud como toda cosa colectiva, carecía á nuestro juicio de articulaciones y, mejor aún, de piedad y respeto.

Zola, en una palabra, lanzando pases arrogantes de protesta, acusaciones bizarras, sentencias olímpicas, puesto en pie, con su altivez de héroe, seducía! “¡Yo acuso!”..... Yo acuso á este por bandido, al otro por criminal, al de más allá por traidor. Y aquel vibrante grito de acusación portentosa, inmensa y única, resonando en París y resonando en todas partes, gracias al telégrafo, produjo en la juventud indescriptible escalofrío de entusiasmo....

Aquel escalofrío desaparece con la noticia de la fuga. Y por sobre toda esa honorífica grandeza se esparce algo así como una sombra de melancolía del desengaño pronto y de la tristeza fácil; el pasar rápido del holocausto á la decepción horrible.

Desde su primera acusación que fue una obra de misericordia, hasta su última carta al Presidente del Consejo que es un reto, pluma y palabra, sentencia grave y protesta inflamada, fueron para Zola ofrendas hechas con el alma á una diosa gentil: á la justicia. Y Zola recibió por ello una brutal agresión del destino y del pueblo parisiense; fue condenado á prisión y condenado á pagar yo no sé cuántos miles de francos de multa. Desde



CRISTOBAL COLON. — Por Lorenzo González C.

Estatuza premiada con el Diploma, en la Exposición del Instituto de Bellas Artes

¡Quién sabe, por otra parte, cuántas noches de insomnio le cuesta mi pasión á ese infeliz! Qué derecho tengo yo para hacer desgraciado á un hombre por el solo crimen de ser padre de una mujer hermosa! ¿Cómo podría, sin ser un criminal, ceñir de angustia esa cabeza blanca, echar el dolor, como un dogal, al corazón de ese padre?

Yo la amo, y en nombre de mi amor la hago sufrir, ensombreciendo el alma de ese anciano! Otro le dará también su amor sin que ese amor cueste una sola lágrima. Ese viejo que me odia tiene un punto de contacto conmigo: su hija: ambos la queremos. El cariño de esa mujer nos une. Debo estar agradecido al bienhechor de mi amada.

Con una sonrisa de tragedia en los labios y una mirada maldita en los ojos, el enfermo, el pobre enfermo de amor, se puso en pie.

Su alma, levantada también de un nido de recuerdos, sacudía las negras alas.

A lo lejos, hacia el fondo de la casuca, se escuchaba, fresca y vibrante, la voz de una hermanita del soñador que lo llamaba cariñosamente:

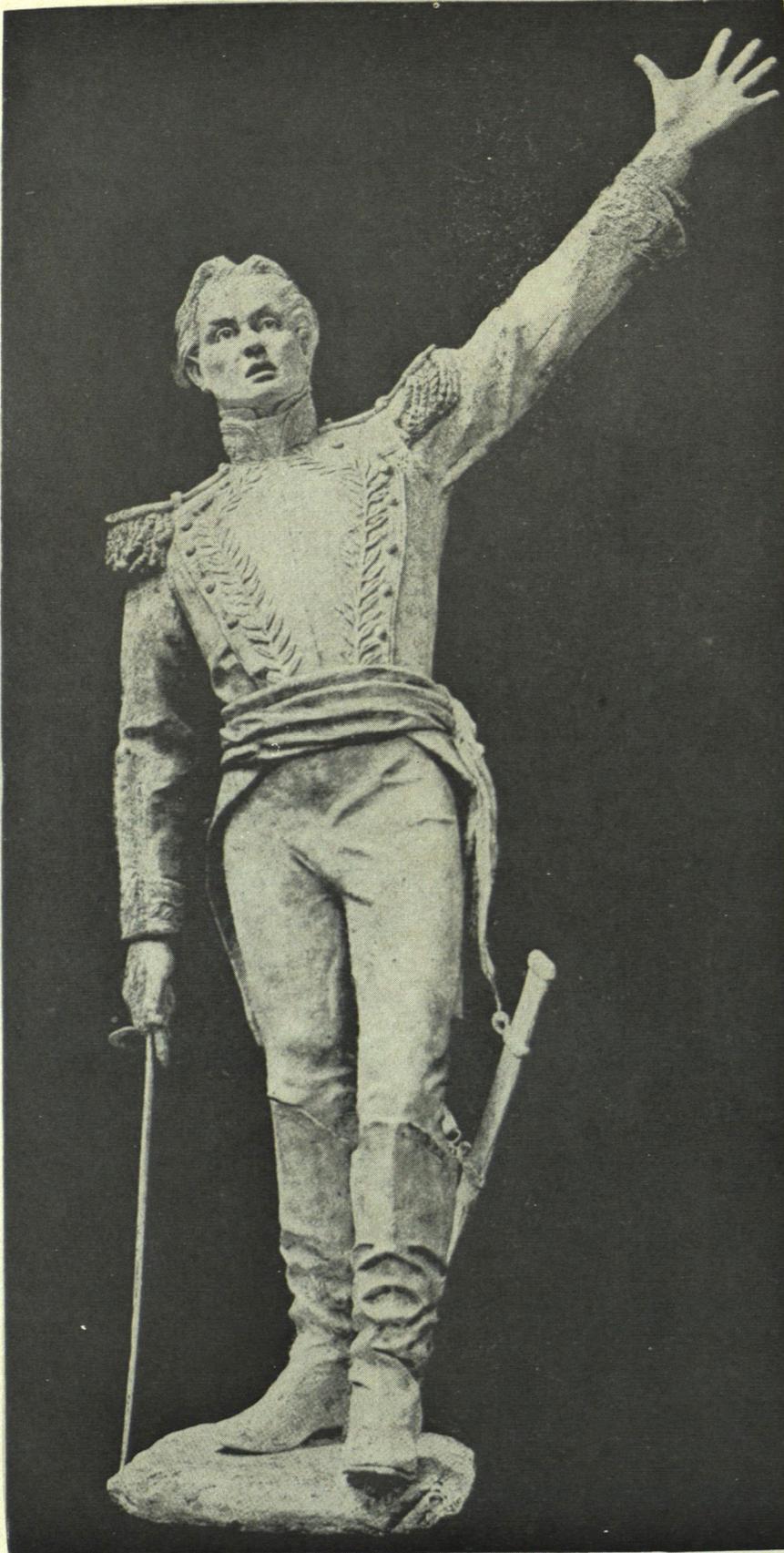
—Eudoro, Eudoro.

II

Es una noche azul y transparente, noche del trópico, tibia y fragante como lecho de recién casados. La multitud llena las calles. Los letreros de gas fulguran, temblorosos, como arañas trémulas que escalan los muros. El traqueteo de los coches, el chasquido de las fustas, la voz de los pregoneiros, la charla de los enamorados, la risa de los alegres, los pasos de la turba, la respiración de la ciudad, constituyen el estrépito vagniano, la extraña sinfonía de la prima noche.

El parque rebosa en gente. Una banda militar suena los cobres, de cuyas gargantas metálicas surgen notas vibrantes como centellas, suaves como caricias, dolorosas como lamentos, como cintarazos rudos. La multitud la rodea. La banda toca y toca. Aquellos músicos de uniforme, aquellos como soldados artistas, al final de cada partitura se embriagan con el aplauso, y á las veces repiten la tocata con furia lírica, llenos de un ardor marcial.

Alrededor del parque la gente se pasea.



GENERAL URDANETA. — Por Félix Condat
Estatua premiada con "Accesit" en la Exposición del Instituto de Bellas Artes

Algunos novios, dulces enemigos, se reconcilian en la penumbra, bajo el follaje; otros abren su alma, rico estuche de afectos, donde fulgura el amor, ese diamante, como una chispa de sol.

En la sombra, al pie de un frondoso árbol de María, en un banco de piedra, estrecho

imitó á los estudiantes, alguien imitó á su vez á los novios y por un momento fue la plaza batallón alegre y revoltoso que marchaba al compás de la música.

Eudoro se sonrió melancólicamente á la vista de aquella multitud danzante y risueña:

y rústico, dos figuras humanas, dos hombres, conversan. Son Eudoro y Roberto Grandil. Grandil es, al presente, el único amigo de Eudoro. Estas amistades que se conservan al través del dolor son superiores á la desgracia misma.

Unidos crecieron como dos juncos hermanos; como dos botes pescadores salieron una clara mañana, sobre la onda espumante de la juventud; y brillaron en el fondo negro del infortunio como dos rayos de una misma tempestad.

Grandil es la antítesis de Eudoro: su genio es ríspido, su voluntad firme, su carácter entero. No sueña: piensa. Su noción del mundo es clara y precisa. Tras de sus ojos verdes y escrutadores hay abismos donde caben holgadamente todas las ideas, todas las pasiones. No es un vencido; es un rebelde.

Eudoro, paráltico de la voluntad, ve una muleta salvadora en su amigo.

La banda rompe de nuevo, después de unos minutos de silencio, con una armonía bélica. Es una marcha militar. Eudoro y Roberto se callan y atienden á la vibración de las trompetas. Eudoro interrumpió el silencio:

—Hermosa música, Roberto, dijo.

Grandil hizo un signo aprobatorio; después alzó la cara sonreído y exclamó:

—Mira, mira.

Por frente de los mozos, sin creerse observado, pasaba y repasaba un hombre, marcando el compás. El individuo se devolvía de un farol á otro, en un espacio de veinte y cinco metros, casi en la sombra. Se divertía el buen sujeto sin creerse espiado.

De pronto un grupo de jóvenes, estudiantes acaso, lo advirtió. El racimo humano de mozalvetes lanzó una sonora carcajada y prosiguió á su vez la marcha, marcando el compás. Una pareja de novios, dos muchachos, que venía detrás, del bracero, contagiada,



LECTORA. — Estudio de Juan de J. Izquierdo
Premiado con el Diploma en la Exposición semestral del Instituto de Bellas Artes

—Qué barata compran algunos la felicidad, exclamó.

Y empezaron á conversar de nuevo.

Ante la alegría de los demás Eudoro comprendió la profundidad de su tristeza.

—Nada de lo que divierte á los otros, me satisface ni me gusta, Roberto. Yo me siento muy distante de esa multitud. Parodiando al Cristo, yo pudiera exclamar: pueblo, ¿qué hay de común entre tú y yo?

—Y lo peor consiste, expresó Grandil, en que todo el mundo es pueblo, es decir, vulgo, como lo enseñaba Maquiavelo.

Eudoro, sintiéndose apoyado, prosiguió:

—Yo me alejo de la turba: la temo; me contagia su estupidez. Mi piedad para ella se resuelve en cóleras.

En esto discrepaba Grandil de la opinión de Eudoro.

—Yo, dijo, la abomino; pero sabré ponerla un día al servicio de mi ambición.

Y continuó hablando apasionadamente del porvenir, de su fe en sí mismo, de la sonrisa de la fortuna, del beso de la gloria.

Eudoro escuchaba silencioso. La música había terminado. La gente, poco á poco, abandonó la plaza. Apenas restaban grupitos, al pie de los faroles. De los cafés vecinos salían carcajadas. De cuando en cuando atravesaba, el paso menudito, recogido el enfaldo, aromando el ambiente, alguna devota de Afrodita. El cielo parecía un cofre en cuyo fondo azul centelleaban topacios. Los globos de luz eléctrica, pálidas lunas, iluminaban con su blanco fulgor de perla.

Un ebrio pasó haciendo eses y gritando:

—Viva la República!

Eudoro y Grandil conversaban sin prestar atención á otra cosa que no fuesen sus palabras. La quejumbre de Eudoro era la desesperación de Roberto. El no comprendía la deserción enfrente del enemigo: el enemigo era el infortunio.

Eudoro arguía:

—La lucha es estéril. ¿Qué beneficiamos de ella? Cómo consagrarle nuestra juventud, nuestras ideas, nuestras energías á una sociedad que nos abandona! Desengáñate, Roberto; lo único digno de nosotros es el amor. La juventud es de él, como la primavera es de las rosas. La poesía de la existencia consiste en el dolor de amar.

Roberto se indignaba. Los músculos de su cuerpo se contraían, la sangre purpuraba su rostro, sus nervios vibraban como cuerdas de arpa. No; él entendía las cosas de otro modo.

—También yo amo, Eudoro; pero mi gran pasión es la del triunfo. Estoy enamorado de la victoria. Eso, eso es lo primero; lo demás se os dará por añadidura, según reza la Biblia.

Roberto continuó hablando de su compromiso consigo mismo, de su pacto con el éxito. Para él un vencido sin combatir era un cobarde.

—Y qué dirías tú de un desilusionado que concluyera por suicidarse? fulminó Eudoro. Ese hombre ¿sería un cobarde?

Grandil repuso interrumpiendo á su interlocutor:

aquellos ojos húmedos y claros como algas. Muy cerca del banco rústico, de donde surgía la voz de Roberto, el fauno de bronce de una fuente vomitaba un chorro de agua refrescante. Casi todo el mundo había desaparecido. Un polizante, de lejos, observaba la actitud sospechosa y escuchaba el lenguaje alarmador de aquellos extraños platicantes de la media noche.

Eudoro no salía de su mutismo. Roberto quiso que se fueran.

—Es tarde, Eudoro, vámonos.

—Vámonos.

Y se partieron silenciosos, cojidos del brazo. El policía los miró alejarse. El fauno de la fuente con su faz grotesca y empapada de agua se sonreía al verlos pasar, y alguno que conociese el lenguaje de los bronces tradujera la pícara sonrisa, el guiño de ojos del fauno, en un reproche por aquel abandono, en un presentimiento de tragedia, en un adiós melancólico.

III

Separado de Roberto Grandil, Eudoro entró en su casa. El perro, el viejo Sultán, lo desconoció y gruñó; pero pronto vino hacia su amo, meneando la cola.

La casa dormía. Eudoro entró en su cuarto é hizo luz.

La lámpara, una lámpara con pantalla verde, esparce un fulgor de esmeralda. A esa pálida claridad resplandece una pequeña habitación de soltero. En un rincón, el lecho, de albura inmaculada; al otro extremo, el escritorio de palisandro, mueble antiguo, reliquia del hogar, resto de esplendor salvado milagrosamente.

Exornan las paredes algunos cuadros: una caza de Diana, un Caronte feroz y un grupo de Vestales.

Sobre el escritorio lucen dos grabados, muy modernos.

Es el primero un oficial francés, caído en el

campo de batalla, la espada rota, sin kepi, desfalleciente. Ha pasado el combate; un médico de la Cruz Roja con cara de angustia pide un trago de aguardiente á un paisano. Este empieza á escanciarlo de su bota en un vasito, poco á poco, casi con indiferencia. El médico tiende la mano y la vista al frasco generoso, mientras el oficial, muy parecido á Rochefort, parece morir.

El otro cuadro es mucho más risueño. Es la tarde. Un mísero anciano trabajador restituido al hogar de su faena del día, toma asiento en una carretilla y empieza á encender su pipa. Su netezuelo, niño hermoso é ingenuo, lo mira, deja el trompo, y corre á sentarse, lleno de curiosidad, junto al anciano. A lo lejos, hacia el fondo de la casa y del cuadro, cruza una mujer llevando un perol en la mano. Acaso sea la hija del viejo, la madre del muchacho, que vaya á



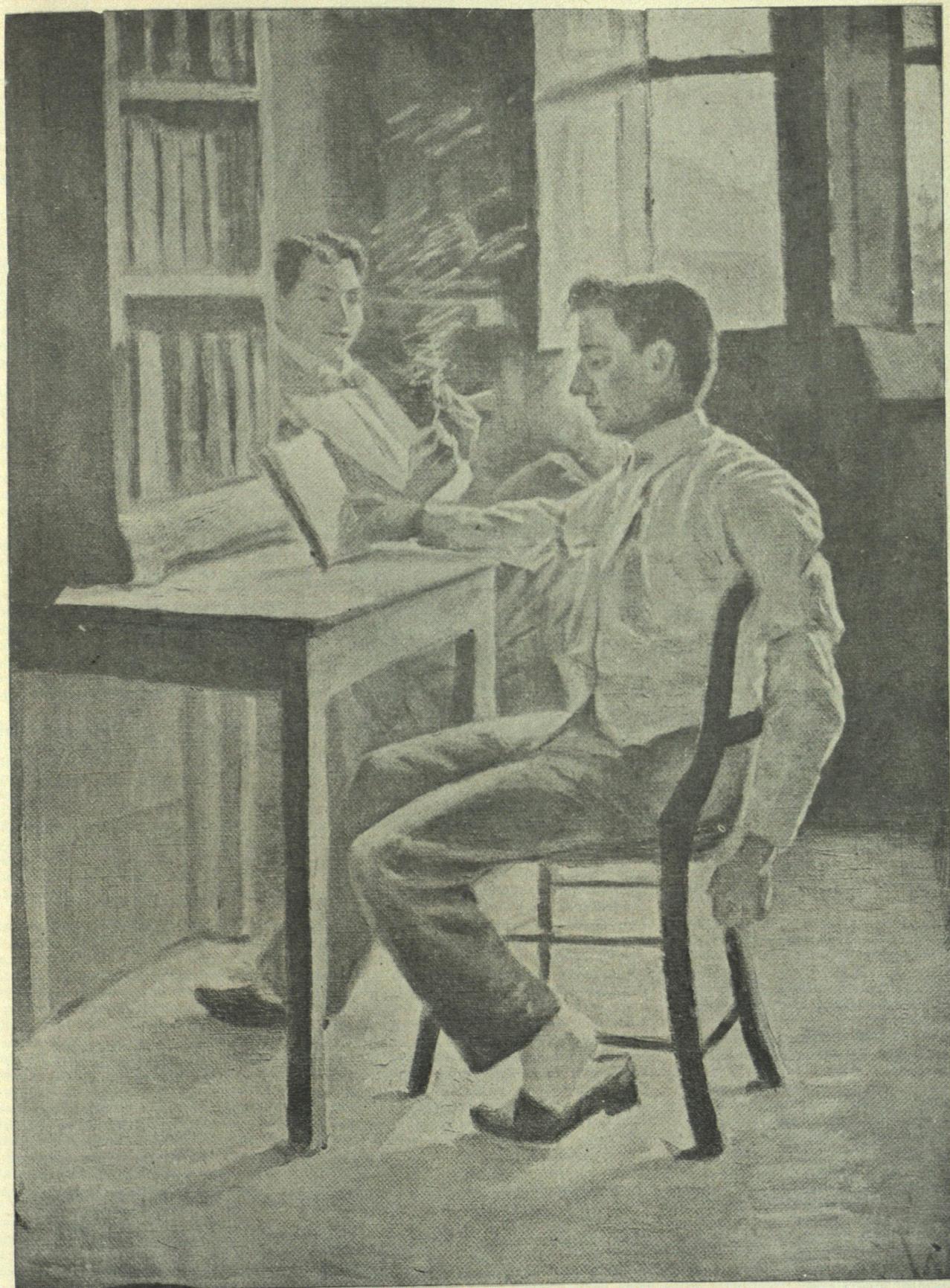
CABEZA DE ESTUDIO. — Por J. de J. Izquierdo. — Exposición del Instituto de Bellas Artes

—No, amigo mío, ese sería un valiente. La única puerta por donde puede salir la dignidad, del mundo, sin doblegarse, es la del suicidio. Un hombre que se mata á conciencia es un héroe. Todas sus culpas, todas sus flaquezas, todas sus ignominias, si las tuvo, deben ser olvidadas. Ese se ha redimido. La muerte así es un crisol.

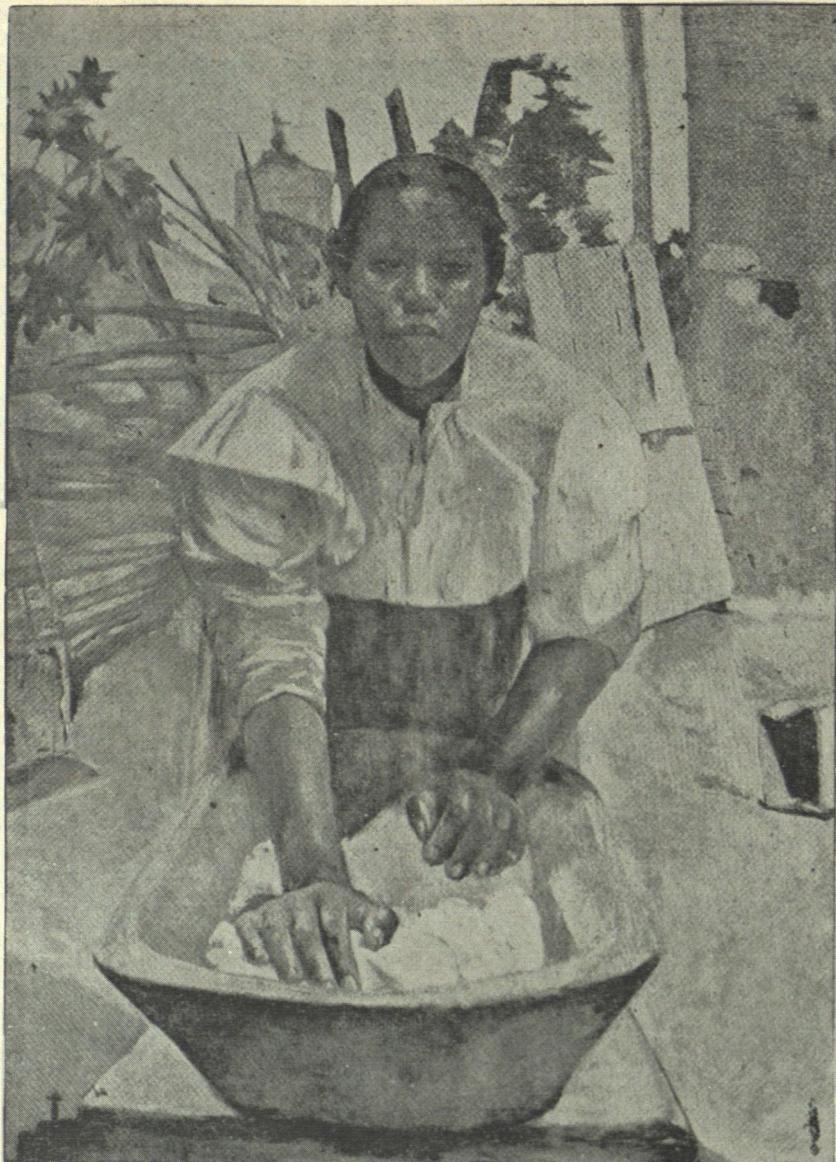
—Ah!

—Sí; el que se aventura á lo desconocido, el que da un puntapie á la existencia, el que se embarca en la barca negra, rumbo á lo ignoto, no teme cuanto existe de más temible: el misterio, la tumba, el olvido, en una palabra, la sombra.

Roberto se exaltaba. Eudoro oía en silencio. Un rayo de luna filtrándose al través del follaje verde, acariciaba como un beso de plata el rostro de Grandil. A esa luz se podían ver las centellas glaucas de



ESTUDIANTES. - Por J. M. González B.
Premiado con "Accesit" en la Exposición semestral del Instituto de Bellas Artes



LAVANDERA. — Estudio de Francisco Valdez. — (Exposición del Instituto de Bellas Artes)

preparar, en la cocina, el puchero de la tarde.

Eudoro, sentado al escritorio, hunde la frente en el pupitre, y, los dedos enclavijados sobre la nuca, yace en una inmovilidad de ataraxia.

Lentamente alza el joven la pálida cabeza y murmura como si desgarrase las palabras con los dientes.

—Sí; debo matarme. Hace tiempo aguardo el valor que me acompaña en este momento. Me resuelvo.

Estaba espantoso: hundidos los ojos, pálido el color, demacrado el semblante. Dos violetas, muy parecidas á las violetas de la muerte, teñían de morado sus párpados. Los labios hacían una mueca trágica. Abrió una gaveta y sacó dos retratos: el uno era su padre en uniforme de rigurosa gala, su madre el otro. Los miró mucho espacio de tiempo, los besó repetidas veces, los puso contra su corazón como la imagen de una novia, los besó nuevamente, y ante aquellas efigies adoradas rompió á llorar.

—Padre mío! Madre mía!

Al cabo de unos momentos se recobró. Restañó sus lágrimas y convino consigo mismo en que debía proceder. Diferir más su intento era exponerlo á fracasar. Meditarlo era no realizarlo.

Creyó bueno escribir, razonar su locura, disculparse; pero comprendió que necesitaría

escribir una obra, no una carta. Tuvo un secreto pudor de su pena. Le repugnaban esos muertos charlatanes. Sin embargo, ¿cómo no decir el último adiós á su pobre madre, á su madre querida, á su madre infeliz, á quien sumía de nuevo en el dolor; cómo no impetrar perdón de aquella madre á quien abandonaba misera y viuda?

Por fin escribió un pliego bañado en lágrimas. Aquello no era carta, sino elegía. No bien hubo concluido tomó una tarjeta, puso dos líneas, la encerró en un sobre, y escribió encima de la cubierta, en gruesos caracteres:—Para Roberto Grandil.

Se levantó y se miró al espejo. Estaba pálido, muy pálido; su rostro, fino y melancólico, parecía la cara de mármol de un dios.

Con mucha calma empezó á cambiarse de ropa. Se amortajaba á sí mismo. La franela limpia que se puso, muy ceñida, dibujaba aquel cuerpo delgaducho y gentil de caballo árabe. Se lavó la cara y las manos; cepilló sus dientes y sus uñas; y se volvió á mirar en el espejo. Con una extraña coquetería de buen mozo ensayó una sonrisa que resultó una mueca macabra; y comenzó á peinarse cuidadosamente. Se hacía la última toilette.

Abrió la ventana. Una ráfaga de brisa y de noche oreeó su frente. El cielo, clareante, manchado de nubes, parecía una piel de jaguar, azul y fantástica. De algún corral vecino trajo un soplo de viento el canto varo-

nil y vibrador de un gallo. Eudoro se estremeció. En el silencio de la hora le pareció siniestro aquel canto. Cerró las maderas de la ventana, y tembloroso aún se preguntó:

—¿Tendré miedo?

Pero no; no era miedo. Para llegar á esta resolución extrema cuántas noches de insomnio, cuántos días de dolor. En el alma de Eudoro se había cumplido un proceso. Ya no le quedaba sino ejecutar lo que tanto meditó, lo que había resuelto en su corazón, de tiempo atrás. Pronto se repuso y prosiguió llevando á término su obra de destrucción con una tranquilidad aterradora.

—Despachemos, se dijo; ya es muy tarde.

Sacó el reloj del bolsillo del chaleco, vio cómo eran las cuatro, y lo puso abierto sobre el escritorio. Después tomó su revólver, lo llevó á la luz, hizo girar la masa, y como en un ensayo lo acereó á las sienas. El frío del cañón heló su cuerpo. Un calofrío culebreó por su espina dorsal. De nuevo lo vio, é hizo ademán de morderlo. El acero, destemplando sus dientes, lo obligó á castañetearlos.

Pero todo esto era apenas una burla á la muerte, una engañifa á la tumba. El tenía su plan. Se acostó; se amortajó en la ropa blanca del lecho; envolvió el revólver en una frasa para que la detonación fuese sorda, para que el ruido muriera ahogado en la cobija; se tanteó el sitio del corazón; alzó la franela; se apoyó el revólver en el pecho, y disparó.

La sangre comenzó á brotar. Las manchas rojas sobre la albura del lecho parecían camelias de púrpura en la escarcha. A la luz verde de la lámpara el rostro del moribundo aparecía más pálido y siniestro.

De la herida ya no brotaba la sangre á borbotones, sino en una mansa corriente de arroyo, como un cordón de púrpura. Ay! en ese arroyo bermejo se estaba ahogando una juventud; ese hilo rojo ataba una vida á la tumba.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

AMOR PLATONICO

Tengo una rubia hermosa
de ojos de cielo,
con la boca más dulce
que el caramelo.

Cuando razgan sus labios
risas traviesas,
se ven perlas cautivas
entre cerezas.

Los zapaticos blancos
como la nieve,
marcan el balanceo
del talle breve;

Y en el andar á prisa
cual la gacela,
Semeja al par de virgen
ave que vuela.

El cabello copioso
de bucles lleno,
juega con el encaje
que cubre el seno;

Y entre la verde falda,
verde esperanza,
Venus le arma á Cupido
dulce acechanza.

Porque todo es en ella
tan voluptuoso,
que el que á mirarla llega
pierde el reposo.

Tal es mi rubia hermosa,
la prenda mía,
que me encontraré en un cromo
de barbería.

EDUARDO DIAZ LECUNA.



Estudio de C. Terrero. — Exposición del Instituto de Bellas Artes

LEYENDA DE LOS VIEJOS ESPOSOS

Toto-San y Kaka-San, el marido y la mujer, eran viejos, tan viejos que los más ancianos del país no recordaban haberlos visto jóvenes.

Mendigaban por las calles. Toto-San que era ciego, conducía en un carrito á Kaka-San que estaba paralítica.

Antiguamente se llamaban Hato-San y Oumi-San, pero á causa de lo avanzado de su edad, el pueblo les cambió los nombres por Toto y Kaka, palabras amorosas que significan padre y madre en la boca de los niños; haciendo seguir estos vocablos del término San que es honorífico como el de señor y señora, y el cual no omiten jamás ni aun los niños japoneses.

Su manera de mendigar era discreta y comedida: nunca impacientaban á la gente con súplicas, limitándose á tender las arrugadas manos en las cuales la caridad depositaba arroz, legumbres y cabezas de pescado.

Muy pequeña, como todas las japonesas, Kaka-San apenas se veía en la carretilla que era su única habitación desde muchos años atrás; carretilla que, conducida por el esposo, zangoloteaba mucho no obstante la lentitud de su marcha. El pobre ciego caminaba lleno de cuidado, sondeando la tierra con su bastón de bambú, poniendo oído atento á la voz de su consorte que le advertía los peligros y se agitaba inquieta en el asiento de su caja cuando había necesidad de subir una cuesta, atravesar un arroyuelo ó esquivar un pantano.

¿Qué pasaba por el cerebro de estos dos viejos que se querían con frenesí? ¿Qué se contaban uno á otro en el silencio de la tarde? ¿Cuáles recuerdos exhumbaban de sus jóvenes años cuando dormían juntos bajo cualquier cobertizo? ¿Qué proyectos se formarían para el día siguiente, semejante al día anterior, con la misma lucha para comer, la misma decrepitud y la misma miseria? ¿Por qué se obstinaban en vivir cuando la tierra los llamaba á su seno para transformarlos sin sufrimiento?

Asistían á las fiestas religiosas situándose antes de la llegada de los fieles bajo el follaje

de los grandes cedros que sombrean los terrenos sagrados, ó al pie de cualquier viejo monstruo de granito. Jóvenes solteras con cara de muñeca y ojillos de gato; niños nipotes muy ceremoniosos bajo sus largos vestidos; bellas damas de complicado cerviguillo; labriegos de largos cabellos; bonzos y comerciantes de rostros plácidos, todos cuantos iban á la pagoda para llorar ó para reír, desfilaban delante de Kaka-San que los miraba aún y de Toto-San que ya no los veía. A veces destacábase del grupo alguna persona, llegábase á los ancianos, dirigiéndoles una mirada benévola y después de profundas reverencias depositaba en sus manos la limosna.

En aquellas fiestas, Toto-San y Kaka-San sonreían también aspirando con delicia la brisa perfumada que los rejuvenecía adormeciendo los antiguos dolores en el fondo de los cansados miembros. La anciana, bajo el murmullo de las voces alegres y ligeras dábale aires de gran señora y movía su abanico de papel demostrando interesarse como las otras por las cosas placenteras de la vida.

Algunas veces los devotos estacionados en el camino de los templos prendían miles de linternas en las ramas de los grandes árboles, entregándose á ruidosos festejos que contrastaban con el rito de los dioses inmóviles, con los símbolos espantosos y desconocidos, y con los vagos terrores de la noche. La fiesta se prolongaba hasta el alba, irónica, alegre, bulliciosa, y parecía más que adoración, burla hacia los espíritus del cielo; pero burla infantil, exenta de odio y de amargura. En otras ocasiones la sombra y el silencio reunían la obscuridad y el frío bajo los grandes cedros esparciendo religioso terror en las inmediaciones de los santuarios y á lo largo de los grandes caminos poblados de monstruos; entonces los viejos se rendían á la fatiga y sus arrugas eran más hondas y los pliegues de su piel más colgantes. Separados del resto del mundo, aquellos parias de la existencia, aquellas ruinas humanas, no expresaban sino la miseria repugnante y la aflicción de la próxima muerte. ¿Se inquietarían de alguna cosa profunda y eternal para tener impresa la angustia sobre sus muertas

máscaras? ¿Qué pasaba en el fondo de esas dos viejas cabezas?..... Quien sabe! acaso nada.....

Luchaban simplemente por conseguir la prolongación de la vida; comían para no dejarse morir de hambre; se arrojaban para no sentir los rigores del frío; se cuidaban mutuamente por el deseo de estar vivos al siguiente día, de recomenzar, el uno rodando al otro, su cotidiano y errante paseo.

En la carretilla había, además de Kaka-San, todo el ajuar del matrimonio: escudillas portilladas de porcelana azul, para poner el arroz; tazas en miniatura para beber el té; linternas de papel amarillo para encender en la noche.

Una vez por semana Kaka-San era cuidadosamente peinada por su ciego marido que le arreglaba el cerviguillo japonés que ella no podía hacerse por la inutilidad de sus brazos. A tientas, con las manos temblorosas, Toto-San acariciaba la cabeza de su mujer que se dejaba peinar con tierno abandono los escasos cabellos que le restaban sobre la piel, amarilla y arrugada como una manzana de invierno. El se esmeraba en su labor que ella contemplaba en un pedazo de espejo:—Un poco más alto, Toto-San; un poco más á la derecha; un poco más á la izquierda... Oh! cómo se iluminaba su fisonomía al colocarle los dos grandes alfileres cruzados como cuernos, según el gusto nipón. Luégo venían las vivificantes abluciones de agua pura y fresca que reanimaban aquel tronco carcomido.

Oh, miseria lamentable! Después de cada noche despertarse los dos más caducos, más doloridos, más trémulos; y no obstante, con el deseo de vivir, de ostentar su decrepitud, de volver á su mismo eterno paseo, en su misma carretilla, con la misma lentitud, los mismos rechinamientos, los mismos vaivenes y las mismas fatigas; siempre por las calles, por los arrabales, por los campos cuando había fiesta en los lejanos templos.

Fue en el campo, en el punto de intersección de dos caminos mikadales, que la muerte sorprendió á la vieja Kaka-San..... Una hermosa mañana del mes de abril en pleno sol y en plena florescencia.

En la isla de Kiu-Siu la primavera es más cálida y más temprana que la nuestra, y ya todo resplandecía en las fértiles campiñas. Los dos caminos se cortaban en plano en medio de arrozales aterciopelados que un viento ligero volvía cambiantes como felpas verdes: en la rama de los árboles cantaban las cigarras que son muy bulliciosas en el Japón.

En esta encrucijada había una docena de tumbas escondidas bajo el ramaje de los cedros solitarios; más allá, figuras de antiguos budas en granito, sentados en cálices de lotos. Pasado el campo de arroz se percibía el bosque semejante á nuestros bosques de encina; pero donde se mezclaban el blanco y el rosado de las camelias simples y el ligero follaje de los bambúes; más lejos las montañas asemejábanse sobre el cielo azul á elegantes cupulitas suspendidas en el aire.

En medio de esta región había hecho la carretilla de Kaka-San la parada suprema. Labradores y labradoras vestidos con largas sayas de algodón azul, agrupáronse alrededor de la carretilla de la moribunda sorprendida por la enfermedad en pleno camino, cuando se dirigía en peregrinación al templo de Kwanon, divinidad de la gracia.

Las buenas almas que se habían detenido, tanto por benevolencia, cuanto por curiosidad, hicieron lo posible para aliviar á la pobre Kaka-San: aplicáronle el agua de vida de arroz; le frotaron la boca del estómago con yerbas aromáticas; y rociáronle la nuca con agua fresca del arroyo. Toto-San acariciaba dulcemente el rostro de su mujercita no sabiendo qué hacer, estorbando á los otros con sus gestos de ciego, temblando de angustia y de dolor.

Como último recurso se hizo tragar á la enferma, convirtiéndolos en píldoras, pedazos de papel que contenían eficaces oraciones escritas por los bonzos, oraciones que una pobre mujer había sacado de entre los pliegues de sus mangas. Trabajo inútil: la invisible muerte reíase de los nipones estrechando ya á la vieja entre sus manos seguras. Una última y dolorosa contorsión y el cuerpo de Kaka-San se desplomó para siempre.

El pequeño cementerio sombrío estaba allí, delante de los ojos, como indicado por los Espíritus y escogido por la muerte. Se reclutaron algunos *coolies* que pasaban y se les exigió que abrieran la fosa, lo cual hicieron apresuradamente pues no querían faltar á la peregrinación ni dejar á la viejecita sin sepultura. En media hora fue ahondada la tierra; se sacó á la muerta de su carretilla y levantándola por las espaldas se le puso en tierra, sentada como siempre lo había estado, acurrucada, como una de esas monas disecas que encuentran algunas veces los cazadores en el tronco de los árboles.

Toto-San quería tributar por sí mismo los últimos honores á su vieja consorte. Poco satisfecho de los *coolies* cuyas almas menos sensibles no comprendían la grandeza de su dolor, gemía como un niño y las lágrimas corrían de sus ojos sin miradas. Le pasaba la mano por la cabeza para cerciorarse de que sus cabellos estaban ordenados como para presentarse en la mansión eterna; y quería colocarle los grandes alfileres antes de que le echasen encima la tierra.

Se oyó un ligero temblor en la selva: eran los Espíritus de los antepasados de Kaka-San, que venían á recibirla á su entrada en el país de las sombras.

Durante su larga estada en la carretilla, ella había hecho todo lo inevitable; y los *coolies* hablaban de arrojar á la fosa todos los utensilios ya inservibles, y hasta el carrito mismo que suponían un foco de infección. Toto-San se tendió suplicante y lloroso sobre aquellos recuerdos que pretendían arrebatarle. Una vieja mendiga tuvo piedad de su dolor, y dijo:—Lavaré todo eso en el arroyo.

La gente que se había detenido, continuó su camino hacia el templo de la diosa, dejando juntos á los dos mendigos en medio de la verde soledad y del cantar de las cigarras.

La compasiva mujer limpió en el cristalino manantial hasta la carretilla y sus ruedas: los detritus de Kaka-San fueron á secundar las lozanas plantas que festonaban la ribera y los lotos soberbios cuyos primeros botones comenzaba á mostrar sus cálices profundos.

Cuando todo estuvo limpio y seco, Toto-San volvió á emprender su errante camino unido por costumbre al carro ya vacío. Separándose de la que fue su amiga, su consejo, su inteligencia y sus ojos; iba al azar, destrozado el corazón, solo sobre la tierra, avanzando á tientas sin objeto ni esperanza en aquella noche ahora más negra é implacable.....

Las cigarras cantaban con ardor en la campiña que se entristecía al pálido fulgor de las estrellas, y en tanto que la verdadera noche descendía en torno del ciego, oyóse entre las ramas el mismo estremecimiento de la mañana. En aquella solemnidad del crepúsculo los espíritus murmuraron:—Consuélate, Toto-San! Ella reposa en la dulce anestesia en que nosotros estamos y donde tú estarás bien pronto. Ya ella no es vieja ni trémula, puesto que duerme para siempre; ni desagradable á la vista por estar bien escondida entre las raíces subterráneas; ni asquerosa para nadie pues se ha convertido en la materia que fertiliza la tierra. Su cuerpo va á purificarse; Kaka-San va á convertirse en hermosas plantas japonesas—ramas de cedro—camelias—bambúes.

PIERRE LOTI.

AMIGOS Y ENEMIGOS



TERTO amigo mío, que tiene mucho talento y que, por lo tanto, dice muchas extravagancias, se expresaba así en el vagón que nos llevaba para Antimano.

—“Los amigos hacen siempre más daño que los enemigos.”

—No estamos de acuerdo—contesté:—yo creo en la amistad, porque tengo amigos, y, en fin, porque para tener alguna creencia consoladora en este pícaro mundo, es preciso creer siquiera en el afecto.

—Yo no te digo que no creo en la amistad ni en el afecto; lo que sostengo es que la gente que nos quiere más, es quien nos hace más daño.

—Pues no lo comprendo.

—Te lo explicaré con un ejemplo:

Supongamos que tú eres un hombre excelente. Es una suposición, no vayas á envanecerte.

Tus antepasados no tuvieron nunca roce con los caudales públicos, por lo cual, no te dejaron más herencia que la obligación de trabajar para vivir; eso sí, un nombre muy limpio, tanto como la caja.

A fuerza de constancia has llegado á labrarte una posición independiente: has alcanzado los dos supremos bienes de la vida:—el aprecio de los que te tratan y el olvido ó indiferencia de la multitud.

Nadie te envidia, ni te aborrece, porque no estás más alto que nadie.

Los gobiernos van pasando y cambiando de bandera, y jamás te han hecho un mal, ni siquiera el de nombrarte Comisario de policía.

Pero llegan unas elecciones y se dice que van á ser libres,—hasta el gobierno lo dice, y promete neutralidad: la bola rueda, y hay quien lo crea. Como es una cosa que no se ha visto nunca aquí, y probablemente en ninguna parte, la *ciudadanía* se despierta, se alborota, forma sociedades y elige candidatos.

La gente que más te quiere, es decir: *tus amigos*, se acuerdan de tí y lanzan tu nombre á la publicidad.

Como es un nombre enteramente nuevo, en la política por lo menos, la gente se pregunta:—¿quién será este bribón?

Y ya comienzan á caer sospechas sobre el limpio nombre que llevas.

Se funda un periódico para hacer la propaganda; en la primera página aparece tu retrato; tu mujer, aunque es muy partidaria del papel y contribuyó á su fundación, con tus propios fondos, y probablemente con tu consentimiento, encuentra el retrato muy feo, y se desespera, y rabia, y maldice al litógrafo, y lo llama animal,—y comienza el periódico á causar el primer disgusto en el hogar.

En una serie de artículos, escritos por plumas de alquiler, que lo mismo alaban que vituperan, se comprueba que el candidato es un grande hombre, cosa que tú no habías sospechado, y que eres el primer poeta y el primer orador de la América latina.

¿Crees que te han hecho un obsequio?

Pues nada de eso! Lo que han hecho es crear multitud de enemigos, porque todos los que hacemos versos, de Delpino para abajo, nos creemos ofendidos; y todo el que ha dicho un discurso, aunque sea en la

escuela federal del Hatillo, se siente deprimido.

Otro partidario, que espera ser arzobispo, si llegas al poder (aunque no es sacerdote), te llama financista, y dice que tú eres capaz de esas grandes combinaciones que llaman atrevidas, y que á veces lo son.

¿Crees que te han elevado con el elogio?

Pues, mira: han acabado contigo, porque no habrá un solo mercachifle enriquecido, vendiendo ochenta libras por un quintal, que no te denigre y te llame ignorante; no habrá un solo bolsista que haya hecho fortuna con papeles falsificados, que no se burle de tu rectitud, ni un solo usurero cruel, que no llame hipocresía tu buena fe.

La opinión en tu favor va creciendo, porque tus enemigos te están ayudando con sus ataques, sin sospecharlo; y al fin, se forma un partido respetable que pone en duda el triunfo de cierto candidato que, aunque no es oficial, tiene todo el apoyo del gobierno, en prueba de su neutralidad.

Los periódicos contrarios te llaman intruso, anarquista, perturbador del orden establecido, enemigo del progreso, y, por último, te denuncian como conspirador.

Tus partidarios se exaltan, y comienzan á tomar actitud amenazante: hay entre ellos quien diga que por las buenas ó por las malas llegarás á donde se proponen.

El gobierno, atento á las delaciones de los periódicos, comienza á temer por la seguridad pública, según dice, y por la suya propia, aunque no lo dice.

Es lo cierto que un día muy temprano, cuando vas á tu escritorio, te encuentran con Hipólito muy sonreído, y... ¡chupulón! á la cárcel!

Tu familia se desespera, tus negocios se arruinan, tu salud se quebranta para siempre, tus ilusiones se desvanecen; tu fe en la opinión, en la justicia, en las instituciones, en el derecho, en la libertad, se acaba. En fin: en la cárcel naufragan todas tus creencias.

¿Te quejarás de la injusticia? No tienes razón: quéjate de tus amigos, de los que te aman; ellos son quienes te han metido á la cárcel; ellos, que te sacaron de tu feliz obscuridad y te pusieron de blanco, para que se cebaran en tí la envidia emponzoñada, el interés cruel, la calumnia impía.

—En ese caso—le contesté—puede suceder así, sin culpa de los amigos, pero hay otros.....

—¿Otros?—me interrumpió—Mira: si triunfara un día tu partido, si subieran al poder tus amigos, te dejarían olvidado en un rincón, porque tú eres demasiado modesto; y el Presidente sería demasiado amigo tuyo para recelar ningún mal de tí. Sin ninguna pena podrá menospreciarte, porque tú, su amigo, no lo llevarás á mal. Los honores, las distinciones, los favores, serán repartidos entre los vociferadores, entre los que se hacen temer, es decir, entre los no amigos.

—Si el gobierno te debe, pospondrá tu crédito para congraciarse con sus enemigos, dándoles la preferencia.

Pero no te olvidará del todo: te recordará cuando necesite un empréstito, que no podrás negar, porque eres amigo, porque eres de la casa.

—Pero por Dios, querido, acabarás por convencerte de que debemos temer á los que nos aman. Y si es así, ¿qué debemos esperar de los que nos aborrecen?

—De los enemigos es de quienes debemos esperar todo bien.

No sé quién ha dicho: “No se puede llegar á ser grande sin tener enemigos.”

Y le sobra razón; porque un hombre que no cuenta enemigos no debe tener ningún mérito.

El que no provoca envidia, no sirve para nada.

Me fijo en la envidia, porque la considero fuente de todos los odios: es el pecado más antiguo, nació en el paraíso, Caín no podía soportar la virtud de Abel, y lo mató.

Siempre que oigas hablar mal de un hombre, puedes estar seguro de que vale algo.

Insultar á uno es predisponer á los otros en su favor.

A Cristo lo crucificaron sus enemigos, y ¿qué hicieron, humanamente hablando?—convertir la Cruz, de suplicio ignominioso que era, en signo de redención.

Hay muchas reputaciones que se han encumbrado al favor de los ataques de sus detractores: sin la ayuda de los enemigos no habrían salido del nivel común.

No te inquietes por la mala voluntad de los hombres; procura no merecerla, sino que sea producto espontáneo de las almas ruines.

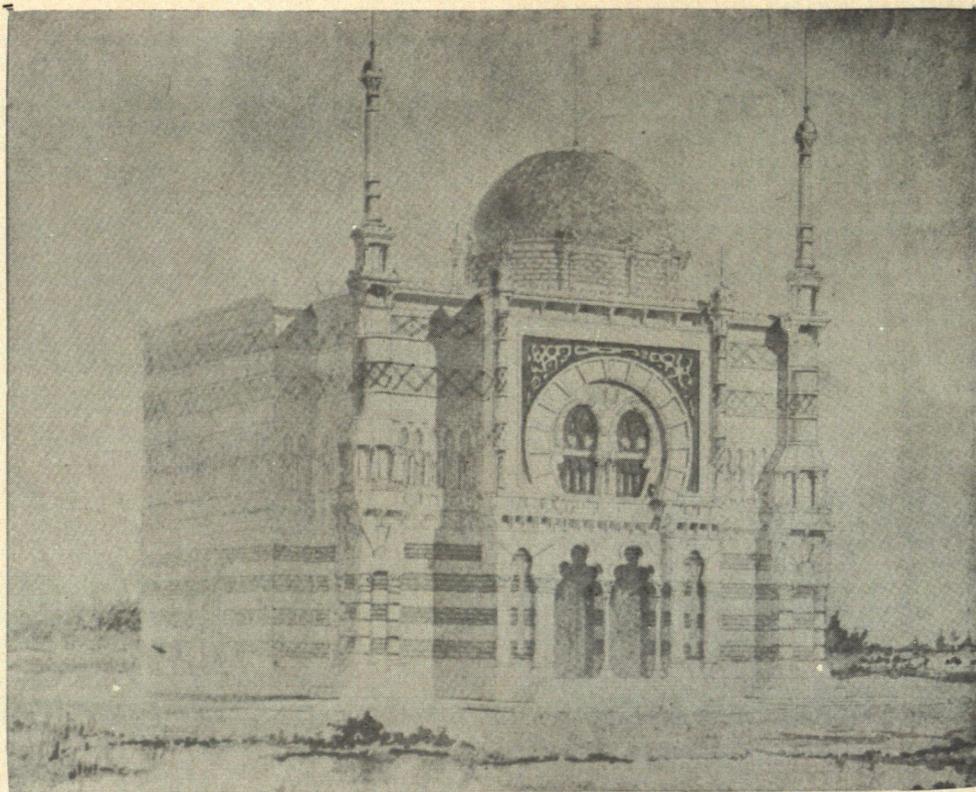
El odio es á los hombres lo que el gas á los globos: sin él no se levantan.

Cuando aquí llegaba el discurso, se detuvo el tren en la estación de Antímano donde debía desmontarse mi amigo. Al despedirme le dije:

—Permíteme escribir lo que has dicho; tuya será la gloria de la observación, si es meritoria; no me reservo más que la parte mecánica del escribiente.

F. DE SALES PEREZ.

Caracas: 1898.



PROYECTO DE PABELLON PARA EXPOSICION. — Por Octaviano Urdaneta L. Premiado con el Diploma en la Exposición del Instituto de Bellas Artes

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

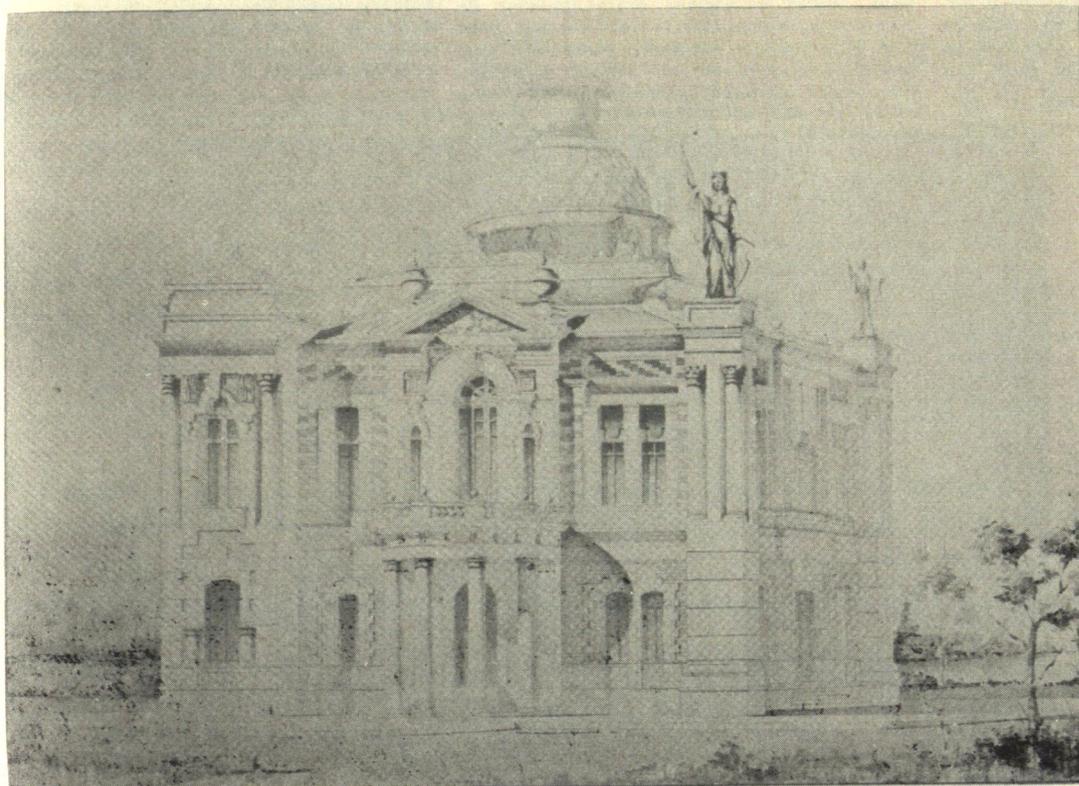
Menéndez y Pelayo, director de la Biblioteca nacional.—*Natura*, por Massó y Torrente.—*Lycérruqas*, por Marinello.—*Conferencias en el Ateneo de Barcelona*.—Mapa topográfico de Barcelona.—*La Escritura, el Grabado, la Imprenta y el Libro*, por Brunet y Bellet, por J. Güell y Mercader.

En los párrafos que en mi anterior Revista dediqué á la memoria del insigne escri-

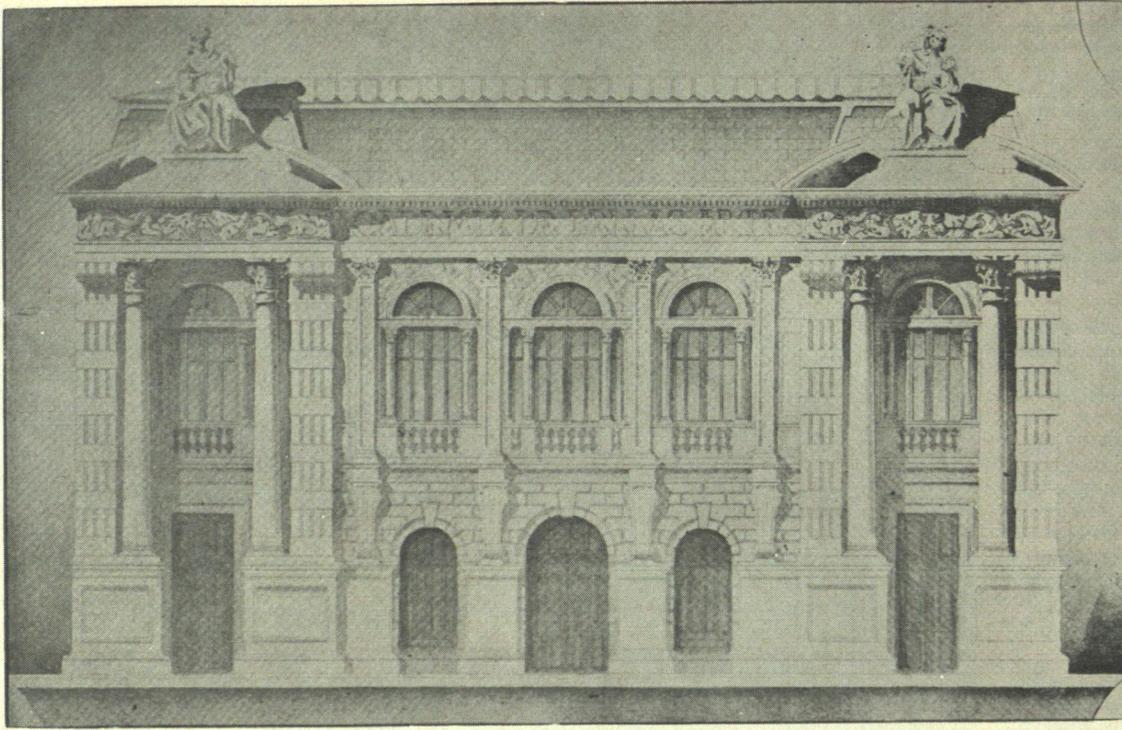
tor español don Manuel Tamayo y Baus, dije que el señor Menéndez y Pelayo estaba designado para los cargos de Secretario de la Academia de la lengua y Director de la Biblioteca nacional, jefe de Cuerpo de Archiveros que aquel desempeñaba. No resultó del todo cierta mi información. A nuestro gran bibliófilo y crítico de historia y literatura, sólo se le ha conferido el último de

esos cargos. Para el de Secretario perpetuo de la Academia, ha habido obstáculos reglamentarios. Pero basta con el primero, el de Bibliotecario, más apropiado á las condiciones especiales del señor Menéndez y Pelayo, para que la prensa periódica, la opinión unánime, tribute entusiastas plácemes al Ministro de Fomento por su acertada elección. El interés personal y el de partido y las

preocupaciones de escuela enmudecen tratándose de Menéndez y Pelayo. Ni los racionalistas más radicales han dejado de aplaudir este nombramiento. Diez años atrás, valiendo ya el señor Menéndez y Pelayo, bajo todos conceptos, tanto como ahora vale, habría encontrado en la prensa liberal resuelta oposición. No se habría visto en él más que al joven tradicionalista apasionado, intransigente, protegido por nuestros clericales, al autor de los *Heterodoxos españoles*, obra en que si muestra erudición asombrosa y espíritu investigador, no pierde ocasión para zaherir á todo lo que trasciende á liberal; cuando ahora, es decir, desde que publicó la *Historia de las ideas estéticas en España*, en cuyo libro, á una independencia de pensar une el enamoramiento de la forma artística, en términos de aparecer más pagano que cristiano, se ha reconciliado de tal modo con los liberales que, aun no dejando Menéndez y Pelayo de pertenecer á la escuela ultramontana, no hay quien no le considere como al primero



PROYECTO DE PABELLON DE EXPOSICION. — Por Mariano Herrera Tovar. — (Exposición semestral del Instituto de Bellas Artes)



Fachada para un edificio de la Academia de Bellas Artes. — Por Octaviano Urdaneta y Mariano Herrem Tovar (Exposición del Instituto de Bellas Artes)

no sólo de nuestros eruditos y críticos sino también el más notable de nuestros pensadores. Hace diez años no hubieran sido pocos los que, al saber el nombramiento de Menéndez y Pelayo para Director de la Biblioteca nacional, habrían temido que de aquel centro de cultura desaparecieran todos los libros heréticos en él existentes que no serán muchos; pero hoy sucede todo lo contrario; los sencillos creyentes que han oído hablar de las aficiones paganas que en arte y literatura muestra el nuevo Director temen que esos libros no sólo se conserven sino que aumenten en calidad y número. Menéndez y Pelayo, sin apartarse de su filosofía escolástica y de su ortodoxia, se ha hecho tolerante con todas las ideas, con sinceridad profesadas, y muestra en sus juicios críticos una independencia de pensamiento y un tan elevado sentido de justicia que le colocan completamente fuera del medio en que se mueven sus correligionarios. En los *Heterodoxos* combate opiniones del Obispo Menéndez, de Luarca, de Donoso Cortés y no se detiene ante el mismo Balmes. Y en sus entusiasmos por el talento donde quiera lo encuentre, llega á reconocer méritos literarios ó racionalistas tan radicales como Proudhon, Blanco White y Marchena.

En la Biblioteca Nacional Menéndez y Pelayo está en su natural elemento, y el esplendor de aquella casa y la cultura patria ganan mucho con ello. Nadie como el autor de la *Ciencia española* para inquirir y mostrar los volúmenes impresos ó manuscritos de autores de mérito y poco conocidos que en nuestra gran Biblioteca se guardan hace años esperando quien los comente y popularice.

Para seguir con algún detenimiento el desarrollo del mo-

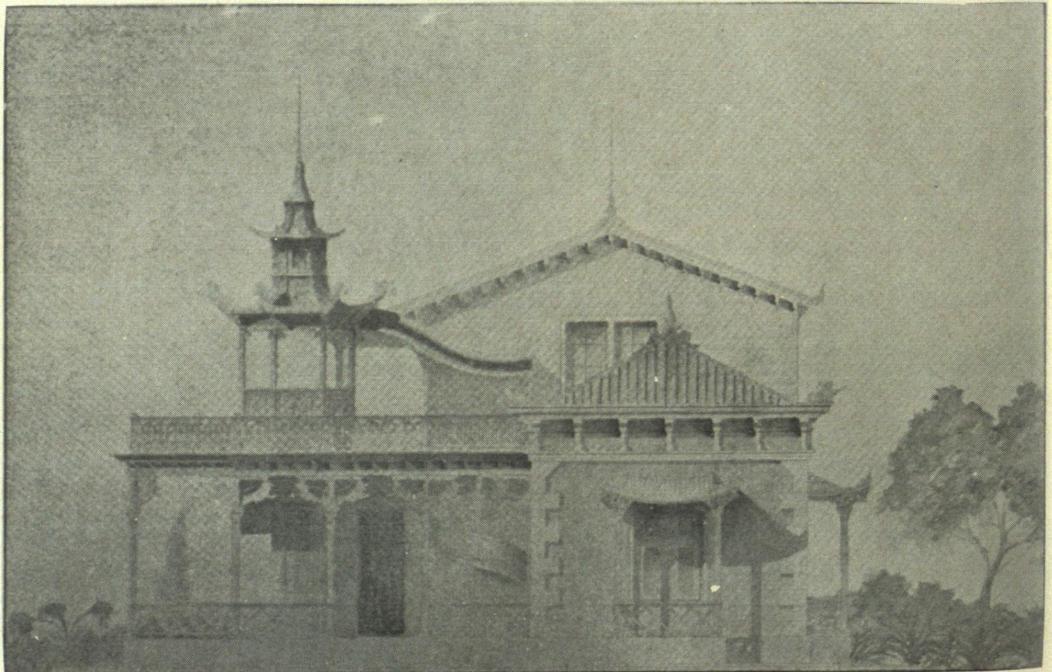
vimiento literario en España, importa fijar á menudo la vista en el que se efectúa en Cataluña, muy especialmente en el de la escuela llamada modernista. Como ya he indicado en otras ocasiones en estas mismas Revistas, constituyen allí esa escuela un grupo de jóvenes escritores con más aliento y fe que acierto y aptitud para determinar ó concretar el fin de la empresa á que se libran. Los más parecen empeñados en reproducir sencillamente la emoción que inspira el espectáculo de la Naturaleza á los espíritus delicados capaces de sentirla. Hasta aquí, aparte de ciertas extravagancias de forma especialmente en la versificación, poco hay que objetar. El fondo constituye una tendencia aunque no nueva, muy plausible. Pero ahora nos salen innovadores aun dentro

en prosa titulado: *Croquis pirenaicos*, una hermosa exposición de cuadros de costumbres rurales inspirados en la pura realidad, pero llenos de sentimiento y delicadeza, avalorados además por una forma de expresión natural, ingenua y no rebuscada. La prensa no tuvo para él más que elogios: Massó había hecho un buen libro. Pero ahora ha querido decir en verso lo mismo que entonces dijo en prosa; ha querido ir al refinamiento que es lo que constituye la tendencia de los modernistas innovadores, y ha publicado un tomo: *Natura*, que contiene, con pocas variaciones, los mismos temas de los *Croquis* pero no revelando en la armonía del ritmo, la delicadeza y la intensidad de la emoción.

Sólo leyendo el libro y comprendiendo á fondo la lengua en que está escrito se puede

del modernismo. La saludable tendencia á identificarse con la naturaleza, se extravía y aparece otra que se esfuerza en singularizarse llevando á la literatura giros de expresión é imágenes y tropos enteramente opuestos al carácter general de la literatura española, sobre todo de Cataluña. Es el decadentismo en la forma. Se comprende esta tendencia en las literaturas fatigadas bajo el peso de una larga y no interrumpida tradición y agotadas después de una vida fecunda y plétórica. Pero en la literatura catalana cuyo renacimiento sólo data de un cuarto de siglo, me parece una temeridad. Ello ha de contribuir á que el modernismo no tenga entre nosotros consistencia.

Perteneciente á esta novísima escuela, pero no de los más significados, es el joven Massó y Torrente, que se dio á conocer con la publicación de un buen libro



Proyecto de quinta. — Por Octaviano Urdaneta. — (Exposición del Instituto de Bellas Artes)

formar exacta idea del valor efectivo de los versos; no obstante, para que se vea cómo entienden los modernistas el sentido de la naturaleza, pongo á continuación, literalmente traducidas en prosa, algunas estrofas con que el poeta fantasea á presencia de un paisaje de los montes Pirineos.

“Entre los peñascales que el sol quema y requiebraja la nieve, esclavo satisfecho de las altas sierras, rodeado de piedras húmedas, el lago canta y es *todo azul*.”

“Le festonean las grandes arboledas y á todas horas le dan un perfume resinoso y suave, y moviendo apenas sus ondas transparentes se duerme en música placentera, *todo azul*.”

“Ufanas las altas praderas, vuelcan sobre las aguas junquillos y agencianas agradecidos al frescor que el lago les envía, y este al ver tanta flor abierta fija en ella su resbaladiza mirada, *todo azul*.”

“Cuando el cierzo rompe el nuevo día y se anuncia belicoso tifiendo de sangre el horizonte, el lago solemne se agita y ufano y festivo espera el alba, *todo blanco*.”

“Y cuando el sol rompe su última lanza, cuando, poco á poco, se acerca la noche, cuando el buho lanza su tosco grito, el lago empieza su imperio y se vuelve, lleno de misterio, *todo obscuro*.”

“Y entonces es cuando en grupos salen de sus palacios las hadas tentadoras y bajan al llano, y en la humilde choza y la lujosa granja esparcen sus secretos de temores y de poesía y de nuevo van presurosas á ocultarse en el lago.”

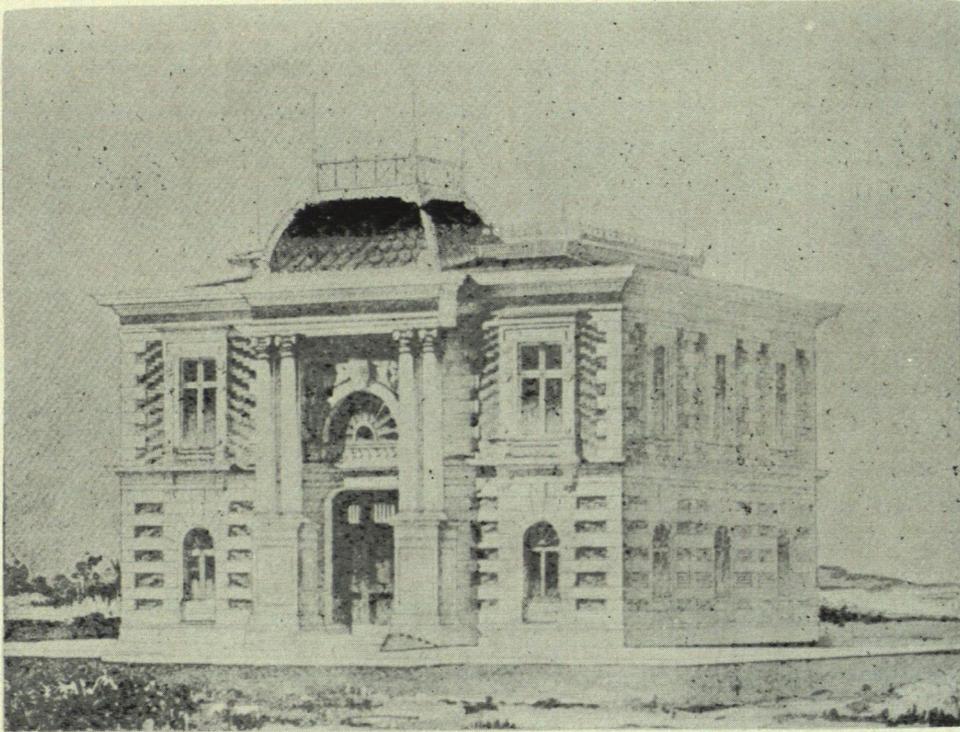
Fuera del sentimiento de la naturaleza, en todo eso no hay cosa grandemente notable. Lo original está en las incorrecciones del lenguaje. Ni los lagos cantan siquiera metafóricamente, ni los perfumes resinosos son suaves, ni pueden ser fijas las miradas resbaladizas, ni está bien decir que el sol, al ponerse, rompe su última lanza. Y adviértase que esto no son distracciones de versificador, sino innovaciones en el lenguaje poético á que ahora intencionadamente se libran nuestros modernistas. Pero como ya he dicho, la poesía de Massó revela amor sincero y entrañable á la naturaleza, y esto basta para hacer olvidar los defectos de forma. Hay además en el volumen una parte dedicada á demostrar la alegría del vivir, frase inventada por los franceses y que se ha hecho corriente entre nosotros. Escribe con este tema estrofas muy bellas. Para nuestro poeta la tierra es siempre santa, el cielo siempre alegre, cantemos, dice: “la vida, la vida es el placer.”

Con el sugestivo título de *Luciérnagas* Marinel-lo, otro poeta catalán, ha publicado un tomo de versos que pueden considerarse como la idea contraria á la dominante en el anterior. Es también este otro poeta, en cierto modo, modernista, siquiera por la tendencia al refinamiento en la frase. Poesía la suya triste pero no gemebunda y sin objeto y me-

nos que todo declamatoria. No persigue ideas basadas en el sentimiento individual: sus versos sobrios y correctos reflejan aquel humorismo filosófico de los que, considerando malo todo lo existente, quieren olvidar sus penas y no pensar en las de los demás, y al intentarlo sólo consiguen presentar unas y otras en mayor relieve. Lucecitas en la obscuridad, ideas que aparecen como punto lu-

pueblo natal y haber publicado sus obras en tiempo de agitación política, poco propicios para las letras, ha pasado durante muchos años inadvertido por nuestros literatos madrileños. Lo descubrió, si así puedo expresarme, el insigne Menéndez y Pelayo, y desde entonces se aprecian las composiciones del vate catalán, en lo mucho que valen. Cabanyes escribiendo en prosa aparece un

horaciano clásico por excelencia, pero en el campo de la poesía fue innovador y revolucionario, sin sujetarse—dice su panegirista—á otras trabas que las dictadas por su exquisito gusto y profundos conocimientos literarios, huyendo del consonante y del asonante, usando palabras compuestas de su invención y giros latinos, suprimiendo vocablos, letras y hasta sílabas, pero tal hacía dejando campear siempre sobre la letra ese espíritu, ese algo divino, esencia de la poesía, que brota á raudales, á torrentes de sus endecasílabos libres que envuelven la idea sin deformarla, al igual que aprisionan leves gasas de seda el busto de una hermosa, añadiendo, al darle pudorosa vaguedad, misteriosos



Proyecto de pabellón para Exposición. — Por Germán Stelling. — Premiado con Accessit en la Exposición del Instituto de Bellas Artes

minoso en los negros abismos del infinito moral: tal son los versos de Marinel-lo. Es triste y escéptico como Leopardi y comunicativo como Heine.

Justo es también decir algo acerca de los trabajos de las corporaciones científicas de Barcelona en el pasado invierno. En el Ateneo se dieron varias conferencias. De las más notables es la del distinguido literato Arturo Masriera, vuelto á la vida civil después de algunos años pasados en el retiro de un convento. Hablaré de sus poesías otro día. Tema de la conferencia á que me refiero fue: “Esquilo y su tiempo,” ó mejor, el espíritu patriótico de la tragedia esquiliana. Hizo una hermosa exposición de los orígenes del Teatro griego y explicó los recursos escénicos con que aquel contaba para representar las obras de Epicarnio, Formias, Téspis y Frinico. Reseñó luego los hechos más culminantes de la vida de Esquilo, su educación literaria y militar y, entrando en el juicio de sus obras, lo hizo con gran copia de datos y crítica muy suya y original, apareciendo la figura del poeta soldado de Marathon con todos los toques y rasgos más caracterizados de la civilización ateniense. Estudió también los autores dramáticos que precedieron al gran trágico griego, y leyó algunos trozos de su traducción del *Prometeo encadenado* y de la tragedia *Los Persas*. El señor Masriera se propone enriquecer la literatura regional de su país con la traducción de todas las obras del teatro griego. En las que ha hecho hasta ahora se acredita de filo-helénico y hábil versificador.

El Ateneo barcelonés, dedicó una velada á la memoria de Cabanyes, escritor y poeta que floreció en Cataluña por los años 1830 al 40, y por no haber apenas salido de su

encantos á su belleza.”

Cabanyes es todavía desconocido del vulgo literario, pero desde que habló de él Menéndez y Pelayo, hace ya algunos años, le rinden tributo nuestras eminencias. El ha contribuido mucho á convencer á los apegados á las formas tradicionales de la poesía castellana, que con endecasílabos libres, se pueden hacer muy buenos versos. Por lo original del ritmo, el bello desorden de la expresión, propio del verdadero genio y la grandiosidad y movimiento de las ideas, la maestría en las transiciones se le ha calificado y no sin razón, de Wagner de nuestra poesía lírica.

La poesía mística en Cataluña, ha sido también motivo de una interesante conferencia en el mismo Ateneo barcelonés. El disertante, señor Abad, hizo un concienzudo estudio de Raimundo Lull y Ansias March como representantes de esa poesía en los siglos XIII y XIV y Jacinto Verdagner en nuestros días. Hermoso es el retrato que hizo de Lull: dijo que el tormento de su vida fue la indiferencia con que los hombres miraban las cosas de Dios, cuyo amor fue su obra constante, é inspirador por tal razón de gran número de sus trabajos. Citó también el olvido en que se tuvo á Lull después de haber escrito las obras más importantes que nos ha legado, no siendo considerado ni siquiera por las personas doctas de su tiempo, que le tenían por un cualquiera. Añadió que el misticismo de Ramón Lull no es un misticismo orgulhoso, citando su fe ardiente que le hizo recorrer toda Europa, acudiendo á concilios y asambleas, acabando la vida en medio de la indiferencia para con él, de sus coetáneos.

Ansias March es menos conocido en su



Estudio de J. J. Izquierdo. — Exposición del Instituto de Bellas Artes

vida íntima: dijo el señor Abad que cuanto se ha podido inquirir es que amó platónicamente á una mujer casada y mucho más oven que él y que los desengaños recibidos lieron origen á sus inspiraciones místicas que forman la esencia de sus poesías. De nuestro insigne Verdagner, considerado como poeta místico, después de recordar lo que el renacimiento de la poesía catalana le debe, aludió á los disgustos porque ha pasado en estos últimos años y dijo que convierte en flores los abrojos del camino de su calvario. Cree que el poeta autor de los hermosos poemas épico-descriptivos *La Atlántida* y *El Canigó* ha terminado su misión y que en la actualidad sólo ve la patria en el cielo y anda en deseos de ver á Dios. Sus *Idilios*—dice—no pueden ser más hermosos; parecen dictados por la misma visión celeste que inspiró en sus obras incomparables á Boticelli y á Fray Angélico.

En la Academia de Ciencias y Artes, el canónigo doctoral don Jaime Almera, que es hoy en España quien mejor cultiva la cien-

cia geológica, al presentar el mapa topográfico de la provincia de Barcelona, acompañó una voluminosa Memoria comprensiva de la naturaleza geológica de los terrenos que en el mapa se representan, un trabajo notable y, al decir de los inteligentes en estos estudios, completamente nuevo en España por estar basado en los últimos descubrimientos de la ciencia y aportar un número considerable de datos y observaciones conducentes á desvanecer no pocos errores en la clasificación científica de los terrenos que forman la masa de nuestro planeta. En el mapa geológico de que hablo aparecen claramente señalados por medio de colores convencionales las épocas geológicas, las divisiones y subdivisiones y descripciones de la constitución de los diferentes terrenos, sus fósiles característicos, y notas orográficas, hidrográficas y estadísticas. Este trabajo ha merecido elogios de la prensa extranjera y la Sociedad Geológica de Francia, lo ha encontrado tan interesante que algunos de sus miembros más distinguidos se proponen ir á la comarca desierta por el geólogo español para estudiar *in situ* aquellos terrenos.

En otra ocasión he hablado á los lectores de EL COJO ILUSTRADO, de los libros que sobre investigaciones históricas nada comunes, publica de vez en cuando en Barcelona el señor Brunet y Bellet, un escritor de erudición vastísima especialmente en arqueología y á cuanto se refiere á cuestiones étnicas de los pueblos de remota antigüedad. Es de los pocos españoles que siguen con atención cuanto se escribe acerca estas cosas, y en su biblioteca, una de las mejores de Barcelona, se ven todos los libros de esta índole que se han publicado y se publican en España y en el extranjero: algunos de ellos muy raros y de costosa adquisición.

No es avaro de su ciencia: gusta de popularizar lo que sabe y lo hace llana y sencillamente huyendo de toda pretensión y desdiciendo el aparato científico: pone al alcance de todas las inteligencias cuanto escribe. Siendo muy desahogada su posición social, el señor Brunet no necesita del producto de su trabajo, y en el prólogo de sus obras á menudo dice que las escribe y publica por mero pasatiempo.

La Escritura, el Grabado, la Imprenta y el Libro, se titula el nuevo volumen ahora aparecido—el V de la colección que con el nombre de *Yerros históricos* empezó á publicar hace seis años. Es un conjunto muy bien presentado de noticias raras y curiosas. Un distinguido escritor catalán, el señor Casades,

ha publicado en *La Renaixensa* un extracto muy bien hecho de dicho libro, de cuyo trabajo en parte me valdré para llenar esta nota bibliográfica. La primera parte de la obra se refiere á los libros y bibliotecas desde la más remota antigüedad hasta nuestros días. Después de mentar el señor Brunet el libro más antiguo que se conoce ó que por tal se le tiene—el *Ritual funerario* del antiguo Egipto escrito hace seis mil años—pasa á recordar los trabajos literarios de la antigua Asiria, los cuales considera más importantes que los de los reinos faraónicos, y nos habla de las bibliotecas y archivos de las grandes ciudades del Tigris y del Eufrates. Apurada la materia acerca aquellas antiquísimas civilizaciones, reproduce, en síntesis muy bien hecha, cuanto Putman ha recogido en sus importantes estudios helénicos y añadiendo á los de éste observaciones propias, deduce que el desarrollo de la literatura, y por consiguiente de la producción y circulación de libros, no data de antes que Alejandría se convirtiese en asilo de la ciencia antigua y campo abonado para germinar la semilla de las modernas civilizaciones. Opina también que mucho antes de que los griegos ejercieran influencia en la marcha progresiva de los pueblos europeos, existía una civilización que podría llamarse mediterránea representada, catorce siglos antes de nuestra Era, en aquella antigua Etruria, madre de la civilización occidental.

La época romana ocupa buen espacio del interesante volumen, y son muchas y muy curiosas, y algunas nuevas, las noticias que da sobre los autores, editores y copistas en aquellos tiempos, y advierte que el comercio de libros había prosperado tanto entre los romanos, que no desapareció ni en el cataclismo que se produjo cuando la caída del Imperio é invasión de los bárbaros.

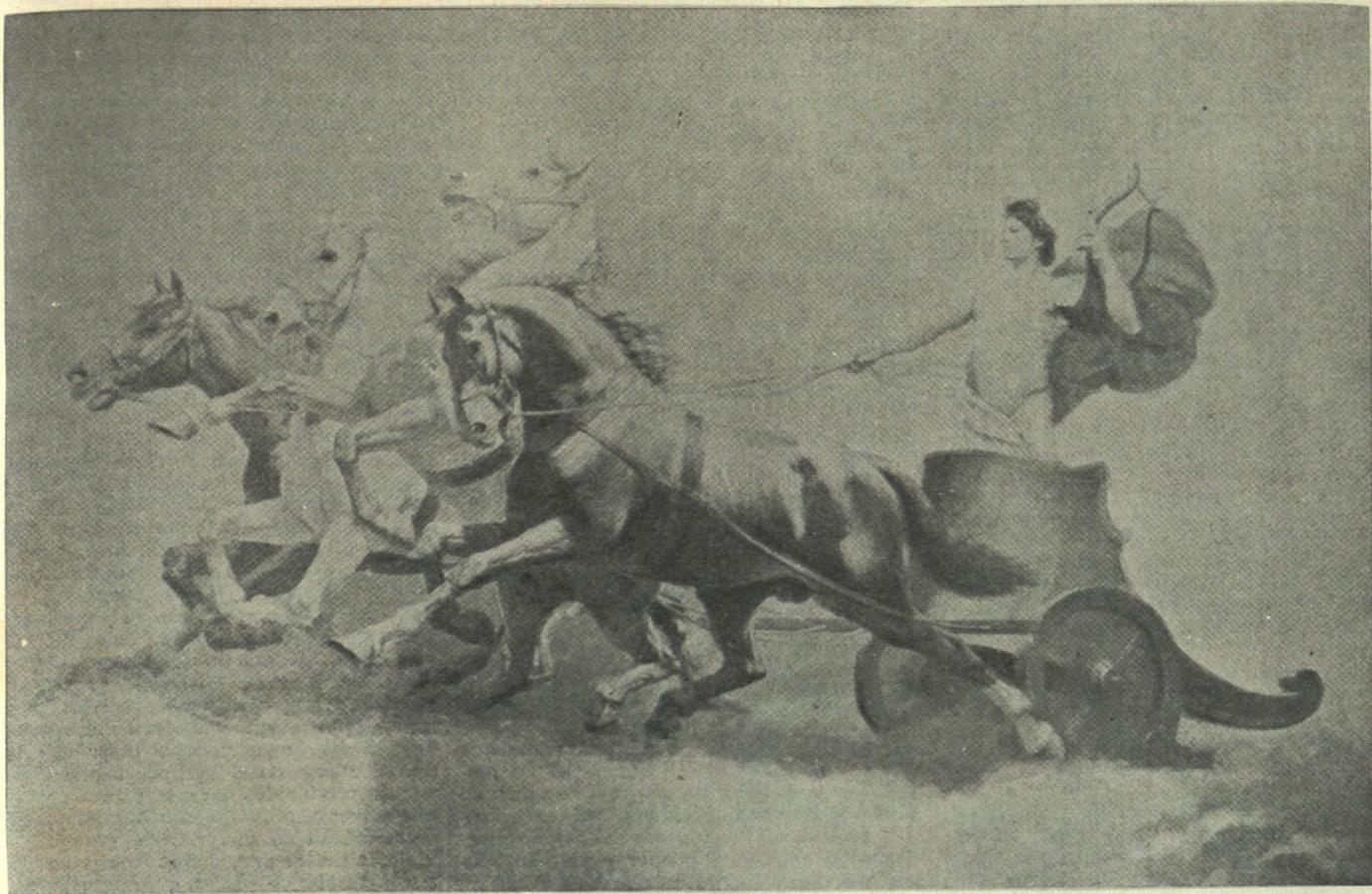
No es menos curiosa é interesante la parte que dedica á relatar cuanto hizo la Iglesia en pro del mantenimiento de la cultura clásica por medio de la reproducción de libros antiguos. Recuerda la organización de los *Stationaris* y de los *scriptorium* que había en los cenobios, y sostiene que la salvación de las obras de la antigüedad se debe, en parte principalísima á los fundadores de los monasterios, de Monte-Casiano y de Viviers, Santos Benito y Cassiodoro, con los cuales la cultura humana tiene contraída deuda de eterna gratitud. Recuerda también lo que hicieron los monjes de Occidente en este mismo sentido, reivindicando para la Orden de San Benito gran parte de la gloria que muchos autores atribuyen exclusivamente á los cenobitas orientales. Desde el siglo VI, y quizás antes, los monasterios fueron centros de actividad intelectual. Son curiosas las investigaciones que hace referentes á la parte que en esta obra civilizadora tomaron algunos conventos de monjas, citando á varias religiosas copistas, cuál fama han perpetuado los ejemplares que se guardan de códices de los siglos VI, VII, VIII y IX, verdaderas obras de arte.

Y, acercándose á nuestros tiempos, señala como precursores de la bibliografía moderna á los frailes, en cuyos conventos se copiaban, traducían y encuadernaban libros, convirtiéndose más tarde, cuando la aparición de la imprenta, en talleres de impresión cuyos directores y operarios eran también los mismos religiosos, á quienes se debe además la propagación de las lenguas populares por medio del libro y de la enseñanza oral. La segunda parte del tomo se refiere á la escritura y á los materiales empleados para escribir, al grabado, á la caligrafía y á la imprenta, de todo lo cual hablaré otro día.

J. GÜEL y MERCADER.

Madrid: 1898.





EL CARRO DEL SOL. — Cuadro de Ed. Grandjean. — (Salón de París — 1898)

EN EL RIO ZULIA

I

Se estremece el cañal, y los alisos
inclinan soñolientos la cabeza,
y corona el verdor de la espesura
el capullo encarnado de las ceibas.
A lo lejos, azul el horizonte,
azul cual esperanza que nos deja
y rumor perezoso de las ondas,
coloquios de arboledas.
En el cielo, bandadas de pericos
que chillan y se alejan,
en busca de la noche en las montañas
donde el polluelo entumecido espera
la caricia y el ósculo
que resarcen las horas de la ausencia.
Al corazón que es ave sin abrigo
de ignota vida en soledades yermas,
¿quién lo aguarda en la noche, quién lo aguarda,
quién resarce sus horas de tristeza?

II

Balbuce en los palmares
el viento su monótona cadencia,
la vacada se apiña en el cortijo
y los labriegos al hogar regresan.
Viene la noche al fin, viene el reposo
que con afán se anhela,
cuántos, desde el umbral de su bohío
cuando brota en los cielos una estrella
sentirán en lo íntimo del alma
surgir sonriendo una esperanza nueva!
Noche, que vienes y la calma traes
á las almas que sueñan
en algo que redime los dolores

eres, noche, muy bella;
pero noche que vienes taciturna
y de recuerdos de amargura llena,
eres mueca sarcástica de tedio
eres negra, muy negra!

III

Es el último toque: de los cerros
en las cumbres, fugaces reverberan
los destellos del sol agonizante,
y las sombras envuelven las florestas
y se extinguen los gárrulos chillidos,
sólo la calma y el silencio imperan.
Y del Zulia las ondas todavía
á borbotones ruedan,
eternamente seguirán lamiendo
el césped que tapiza las riberas.
Mas de aquel corazón que la energía
en las luchas gastó de la existencia,
que llevó los dolores de su siglo
como la cruz el Nazareno á cuestras,
cuando caiga en la sombra
y la noche sin límites lo envuelva,
no quedará un latido de sus fibras
ni un puñado de tierra?
A lo lejos murmurios, á lo lejos
lo que nunca se enerva,
savia de juventud que no se agota
virgen primaveral eflorescencia,
el latido sin término,
algo de vida eterna
que sacude las almas y difunde
en medio del dolor y la tristeza
irradiación de auroras de esperanza
que retoza, palpita y aletea!

SAMUEL DARÍO MALDONADO.

1898.



He matado!

(POR MICHEL CORDAY)

Señores del Jurado:

He muerto á un viejo avaro y los debates
os han hecho conocer mi crimen, que el Re-
presentante del Ministerio público se empe-
ña en agravar, y mi abogado en atenuar.
En mi vida pasada hay circunstancias que
permanecen ocultas y juzgo oportuno descu-
brirlas.

He matado otros dos hombres; y al juz-
gar mi último homicidio es preciso, abso-
lutamente preciso, que estéis en cuenta de
los anteriores; y que antes de pronunciar
vuestra sentencia meditéis sobre la acogida
que les dio la opinión pública.

¿He sido tan culpable las dos primeras
veces como la tercera? Hé aquí mi pre-
gunta.

Mi familia era rica y fui educado como
un príncipe. A los veinte años era extra-
vagante y fatuo, egoísta y cruel, con lo cual
hice numerosas conquistas. Entre ótras, se-
duje la mujer de un alto funcionario, exce-
lente hombre que me profesaba amistoso in-
terés. Nos sorprendió, y provocó un duelo
que hubiera sido una nueva injuria rehu-
sarle. Ignoraba el manejo de la espada y el
de la pistola; sin embargo escogió esta úl-
tima arma que juzgó dejaba mayor espacio
á la intervención de la Providencia. Yo so-
bresalía en estos *sports* y estaba decidido á
perdonar á mi adversario; pero sobre el te-
rreno un temor innoble y brutal triunfó de
mi resolución y al dar la señal hice fuego
y maté al que había ofendido.

Una hermosa mañana comparecimos por mera fórmula, mis amigos y yo, delante de un tribunal que nos absolvió; y desde entonces la reputación de mi caballeresco valor me dio cierta celebridad entre la gente de buen tono: hé aquí mi primer homicidio.

Proseguí en mis hazañas de gentil-hombre y disipé mi fortuna antes de haber llegado á la mayor edad. Me enganché en la caballería y merced á poderosas influencias fui enviado al Africa, donde se peleaba con valor. Nuestras tropas diezaban á un pueblo culpable de querer defender el suelo de su país; y no tardé en distinguirme.

Un día—era yo brigadier—partí en exploración con una docena de hombres. Huellas de caballos nos indicaron la proximidad del enemigo y avanzamos arrastrándonos, escondiéndonos detrás de los montículos que forma la arena.

De pronto, á treinta metros de mí, percibí á un caballero: aún me parece verlo: muy hermoso, muy noble, muy elegante, terciada la correa del largo fusil, inmóvil, dejando ver su fina cabeza árabe sobre el horizonte de la melancólica llanura; en una actitud dramática, cual si fuese el guardián de los espacios. Siglos y siglos sus padres habían vivido sobre ese suelo ingrato y no obstante querido, que él defendía contra el invasor extranjero.

Oculto tras un montón de arena, bien protegido, bien apoyado, preparé la carabina é hice fuego: el caballero tendió los brazos hacia atrás y cayó por tierra, en tanto que el caballo huía al galope haciendo sonar contra el vientre los estribos de cobre. Uno de mis hombres lo abatió con un tiro, y pudimos entrar en el campo sin despertar la atención. Como jefe del destacamento conté lo sucedido á mi Capitán, y en la tarde supe que había triunfado de uno de los principales caudillos de la tribu rebelde: decapité la insurrección. En la orden del día fui promovido á oficial superior y el coronel me felicitó por este rápido ascenso, haciéndome entrever un brillante porvenir. Hasta se me propuso para la medalla del mérito militar: por desgracia sobrevino un nuevo Ministerio hostil á la guerra africana emprendida antes de su advenimiento: hé aquí mi segundo homicidio.

Conocéis el tercero. Sin capital, sin esperanzas de heredar, renuncié á la carrera de las armas con tan brillante éxito comenzada, y dejé el ejército al terminarse mi contrata. Caí en la miseria, como es natural, pues no encontraba que hacer, ni conocía ninguna profesión, arte ó industria. Experimenté todas las privaciones con más intensidad que el pobre de nacimiento, pues había vivido en medio de la riqueza y del lujo. En ocasiones ganaba pequeñas sumas—dos ó tres francos—en copiar direcciones para los agentes de publicidad. Pasé por todos los asilos, por todos los dispensarios; mendigné; comí todas las porquerías.....

¿Me comprendéis? Es necesario que las gentes de justicia conozcan el hambre.

Fue durante esta agonía cuando encontré á un mendigo rico, á uno de esos seres monstruosos que viven en una covacha, se visten de harapos y se alimentan de basuras; que rehusan por cincuenta años toda especie de placer y aun de comodidad y mueren en un jergón que contiene una fortuna.

No diré cómo sorprendí el secreto de ese hombre; pero desde que lo conocí se me llenó el espíritu de codicia. Setenta mil francos en títulos y en billetes: con uno sólo de los papeles roídos por las ratas, que ensuciaban la frente del viejo inmundito, tendría yo pan, vino y carne, durante muchos días.

Resolví robar al falso mendigo, y provisto de una ganzáa entré sin armas en su casa, á la hora en que él mendigaba aún en la terraza de los cafés. Por desgracia volvió antes de la hora de costumbre: de su bol-

sillo salía un revólver que no pude quitarle. Hizo fuego y recibí la bala en el brazo. Enloquecido, torturado, me arrojé sobre el avaro y con sólo un puñetazo lo tendí. Sabéis lo demás: la detonación atrajo á los vecinos y fui preso antes de poder registrar el colchón. Hé aquí mi tercer homicidio.

Ahora, ¿cuál de estos tres crímenes es más ruin, más injusto, más cobarde?

Haber matado en duelo á un hombre á quien ya había ofendido;

Haber asesinado al abrigo de una colina á un hombre que no me veía y que era el defensor de su familia, de su hogar y de su patria;

Haber muerto, instigado por el hambre, á un viejo avaro que defendía á tiros su riqueza.

Despojad por un momento vuestra conciencia del pesado manto del prejuicio que la oprime, y comparad la gloria que me valieron mis primeros crímenes á la sentencia de muerte que vais á pronunciar.

Guerra y lágrimas

(POR EMILIO ZOLA)



A guerra, la guerra infame, la guerra maldita! Cuando la última guerra estábamos en el colegio. Ese nombre terrible que hace palidecer á las madres, nos recuerda días de vacaciones.

Y recordamos en la bruma del pasado aquellas tibias noches en que el pueblo invadía con sus risas las calles: en que las noticias de victorias pasaban sobre París como huracán de alegría: cuando los horteras iluminaban aun de día sus tiendas y los *golfos* tiraban *garbanzos de pega* en las aceras. A las puertas de los cafés bebían los parroquianos hablando de política. Mientras allá lejos, en algún perdido rincón de Rusia ó de Italia, los muertos, besando la tierra, miraban surgir las estrellas en el cielo con sus ojazos abiertos, vacíos de mirada.

En 1859, cuando se extendió la noticia de la batalla de Magenta, recuerdo yo que, al salir del colegio, yendo por la plaza de la Sorbona, notaba esa fiebre guerrera que abrasaba las calles. Aquí y allá bandadas de *golfos* gritaban: «¡Victoria, victoria!» Y nosotros pensábamos en hacer novillos. Pero entre estas risas oía lamentos. Era un pobre obrero que lloraba en su tenderete. El infeliz tenía dos hijos en Italia.

En aquella época oía á menudo parecidos lamentos. Cuando se habla de guerra me parece que el pobre obrero, que el «pueblo de cabellos blancos» llora lejos, muy lejos, en medio de la fiebre guerrera de las plazuelas.

De sobre mesa

(FRAGMENTO)

(POR JOSÉ A. SILVA)



N cultivo intelectual emprendido sin método y con locas pretensiones al universalismo, un cultivo intelectual que ha venido á parar en la falta de toda fe, en la burla de toda valla humana, en una ardiente curiosidad del mal, en el deseo de hacer todas las experiencias posibles de la vida, completó la obra de las otras influencias, y vino á abrirme el obscuro camino que me ha traído á esta región oscura, donde hoy me muevo sin ver más en el horizonte que el abismo negro de la desesperación, y en la altura, allá arriba, en la altura inaccesible, su imagen, de la cual,

como de una estrella en noche de tempestad, cae un rayo, un solo rayo de luz.

¿Terror?... ¿Terror de qué?... De todo por instantes.... De la obscuridad del aposento donde paso la insomne noche viendo desfilan un cortejo de visiones siniestras; terror de la multitud que se mueve ávida en busca de placer y de oro; terror de los paisajes alegres y claros que sonríen á las almas buenas; terror del arte que fija en posturas eternas los aspectos de la vida, como por un tenebroso sortilegio; terror de la noche oscura en que el infinito nos mira con sus millones de ojos de luz; terror de sentirme vivir, de pensar que puedo morirme, y en esas horas de terror, frases estúpidas que me suenan dentro del cerebro cansado, y Dios?... «Los pobres hombres están solos sobre la tierra.» y que me hacen correr un escalofrío por las vértebras.

No, no es terror de eso, es terror de la locura. Desde hace años el cloral, el clorofor-mo, el éter, la morfina, el haschich, alternados con excitantes que le devolvían al sistema nervioso el tono perdido por el uso de las siniestras drogas, dieron en mí cuenta de aquella virginidad cerebral más preciosa que la otra de que habla Lasegue. Después la crápula del cuerpo, obstinado en experimentar sensaciones nuevas, la crápula del alma empeñada en descubrir nuevos horizontes, después todos los vicios y todas las virtudes, ensayadas por conocerlos y sentir su influencia, me han traído al estado de hoy, en que, unos días, al besar una boca fresca, al respirar el perfume de una flor, al ver las cambiantes de una piedra preciosa, al recorrer con los ojos una obra de arte, al oír la música de una estrofa, gozo con tan violenta intensidad, vibro con vibraciones tan profundas de placer, que me parece absorber en cada sensación toda la vida, todo lo mejor de la vida, y pienso que jamás hombre alguno ha gozado así; y en que otras, cansado de todo, despreciando, odiando todo, sintiendo por mí mismo y por la existencia un odio sin nombre, que nadie ha experimentado, me siento incapaz del más mínimo esfuerzo, permanezco por horas enteras hebetado, estúpido, inerte, con la cabeza en las manos, y llamando á la muerte ya que la energía no me alcanza para acercarme á la sien la boca de acero que podría curarme del horrible, del tenebroso mal de vivir.....

¡La locura! ¡Dios mío, la locura! A veces—¿por qué no decirlo, si hablo para mí mismo?—¿cuántas veces la he visto pasar vestida de brillantes harapos, castañeteándole los dientes, agitando los cascabeles del irrisorio cetro, y hacerme misteriosa mueca con que me convida hacia lo desconocido! En una alucinación que la otra noche me dominó por unos minutos, las joyas que brillaban sobre el terciopelo negro del enorme estuche, se trocaron á la luz de la lámpara que las alumbraba en los mágicos arcos de su vestido de reina; otra noche, en una pesadilla que me apretó con sus garras negras, y de la cual desperté bañado en sudor frío, una cabeza horrible, la mitad mujer de veinte años, sonrosada y fresca, pero coronada de espinas que le hacían sangrar la frente tersa, la otra mitad calavera seca, con las cuencas de los ojos vacías y negras, y una corona de rosas ciñéndole los huesos del cráneo, todo ello destacado sobre una aureola de luz pálida, una cabeza horrible me hablaba con la boca, mitad labios de carne rosada, mitad huesos pálidos, y me decía: «Soy tuya, eres mío, soy la locura!»

Loco! El loco en el cuartucho obscuro del manicomio, oloroso á ratón, envuelto en la camisa de fuerza! el loco con el cabello cortado al rape, recibiendo en las flacas espaldas huesosas el chorro helado de la ducha, bajo el ojo imperturbable del hombre de ciencia que anota sus gestos violentos y sus entrecortadas blasfemias para convertirlas en una precisa y razonada monografía.....

¿Loco?..... y por qué no? Así murió Bau delaire, el más grande para los verdaderos letrados, de los poetas de los últimos cincuenta años; así murió Maupassant, sintiendo crecer alrededor de su espíritu la noche y reclamando sus ideas..... ¿Por qué no has de morir así, pobre degenerado, que abusaste de todo, que soñaste con dominar el arte, con poseer la ciencia, toda la ciencia, y con agotar todas las copas en que brinda la vida las embriagueces supremas?

En diez años!

(POR MICHEL TRIVELEY)

I

las nueve de la noche, hora en que se desocupaba de sus largos y absorbentes trabajos, Jacobo subía á saludar á su prima Alicia y á su tío el señor Dordanne.

Apenas llegaba era apresado por el viejo quien lo conducía á la mesa preparada para el juego de cientos, que era desde muchos años atrás la única distracción del tío.

Algunas veces, cansado de jugar, Jacobo pedía gracia; pero el señor Dordanne se mostraba intransigente, y le decía:

—Si sabes que has de salir derrotado ¿por qué vienes?

—Por qué iba? Jacobo lo sabía; aunque no era capaz de decirselo; y no le quedaba otro remedio que seguir la partida sin murmurar.

Aquel día la frase habitual:—“Ligero, amigo mío, no perdamos tiempo, las cartas nos esperan” resonó en los oídos del joven desde que entró en el salón. Pero contra la costumbre, su prima Alicia fue quien se presentó delante de él, un dedo sobre la boca como para invitarlo al silencio.

—¡Chit! no hagáis ruido; papá duerme.

—¿Cómo! Qué pasa! ¿Está enfermo mi tío? pregunta Jacobo en voz baja.

—No; solamente que hoy aprovechó la primavera para dar un paseo, y como ya no es joven ha venido soñoliento.

—No le despertemos.

—Bien; lo deploro por vos que perdéis vuestra partida de cientos.

—Tanto mejor.

—¿Cómo tanto mejor? Me figuré que érais casi tan aficionado á este juego como papá.

Jacobo sonrió dulcemente.

—Y bien, estáis engañada, mi querida Alicia.

—No comprendo. ¿Es solamente por devoción que venís á jugar esta partida varias veces en la semana?

—No.

—No? Entonces comprendo menos.

—Ni tratéis de comprenderlo.

—Sea; obedezco: no tengo ninguna afición á descifrar enigmas.

El rubor que en este momento asomó á las mejillas de la joven era claro indicio de que se hacía menos fina y perspicaz de lo que realmente era.

II

Joven no era la palabra que convenía á Alicia, pues contaba entonces veinte y ocho años: es decir, era casi vieja.

¿Por qué no se había casado la señorita Dordanne?

Tal pregunta se la hacían los amigos de esta encantadora criatura llena de gracia y de bondad y por añadidura rica.

Y no que le hubiesen faltado pretendientes; pero Alicia los había rechazado.

—Amor no correspondido, decían unos.

—Fidelidad á la fe jurada, agregaban otros.

Y muy bajo entre los íntimos circulaba la novela de la señorita Dordanne.

A los veinte años el joven Edgardo Fontis, seducido por su belleza, solicitó su mano. Alicia amaba al joven y sólo era necesario el consentimiento del señor Dordanne, quien se negó á darlo en atención á que el pretendiente, sin fortuna personal y sin un buen empleo, no le daba las garantías que se creía en el deber de pedir al que desease ser su yerno.

Las súplicas de la hija no fueron suficiente para vencer la inquebrantable resolución del padre; y al fin de algún tiempo la joven se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos.

En su candor, en su desprecio inconsciente por lo que se ha convenido en llamar necesidad de la vida, la joven rehusaba admitir que su amor por Edgardo fuese sacrificado á las exigencias de la costumbre ó de las condiciones sociales; así, tanto por ternura hacia el hombre de quien se la separaba cuanto por el deseo de franquear los obstáculos que se le oponían, hizo el juramento de no casarse sino con el que se complacía en llamar su esposo delante de Dios.

Edgardo, menos firme, menos tenaz, no sabía sino afligirse.

Alicia, valerosa por los dos, le confortaba con palabras llenas de esperanza y entusiasmo.

—Si me amáis verdaderamente, Edgardo, no os desesperéis; tened confianza en mi amor.

—Sí; pero ¡ay! soy pobre.

—Llegaréis á ser rico.

—¿Cuándo?

—Tarde ó temprano. ¿Qué importa?

—Y si de aquí allá vuestro padre os ha casado con otro?

—No; mi padre tendrá autoridad para impedir que me case según mi corazón; pero uno para unirme con un hombre á quien no amo.

—Entonces .. me esperaréis?

—Siempre, si me lo exigís.

Y con la mano levantada como para prestar el juramento, la joven estaba verdaderamente hermosa.

Edgardo, que por timidez nativa parecía casi sometido al veredicto del señor Dordanne y presto á inclinarse delante de la fatalidad de los acontecimientos, se electriza á la vista de esta niña doblemente bella por el entusiasmo y por la fe, y afirma su amor un momento vacilante.

Con entusiasmo respondió:— Esperadme, Alicia, esperadme; por mi parte os prometo que trataré de hacerme digno de vos. Diez años, esperadme diez años y volveré rico.

—Partid, amigo mío, y partid confiado: encontraréis aquí una amiga valerosa y paciente que os habrá esperado.

Un enérgico apretón de manos; una dulce mirada y los enamorados confiando en el porvenir se separaron.

III

Diez años de esto. ¿Qué habrá sido de él durante estos diez años?

Tal era el pensamiento de Alicia cuando se sentó en el gran sofá del salón, al lado de Jacobo, mientras el señor Dordanne dormía apaciblemente. Y por su espíritu pasaba el rápido cuadro de su vida durante esos diez años, es decir, desde la partida de Edgardo.

Primero su dolor profundo y su cólera sorda contra su padre; después, con las semanas

y los meses, la calma. Nada de lágrimas ni de gritos nerviosos; solamente un gran vacío en el corazón, una completa indiferencia de todo. Con qué desdén había rechazado los pretendientes dirigidos por su padre, sin mirarlos siquiera.

Luégo recordaba la llegada de Jacobo.

Educado en provincia, y habiendo encontrado por casualidad un empleo en París, creyó un deber presentar sus respetos á los parientes que habitaban la ciudad donde debía vivir. Visitas primero ceremoniosas, después continuadas y luégo íntimas de tal manera, que Jacobo era el niño mimado de la casa.

Durante largo tiempo Alicia no pudo comprender la asiduidad de las visitas de su primo. ¿Cómo ese joven—aún no contaba treinta años—encontraba placentera la compañía de una solterona y de un viejo? ¿la partida de cientos tenía tanto atractivo para él? Alicia le creía incapaz de galantearla con tanta más razón cuanto que élla le había contado indirectamente la historia de su vida con el objeto de impedir toda tentativa de amor: precaución inútil, pues no es á las mujeres de veinte y ocho años á quienes se dirigen con frecuencia los jóvenes; y sobre todo si se notan ya algunos hilos de plata entre los negros cabellos.

Gentil mancebo era sin duda Jacobo, en quien se aunaban la sencillez y la alegría, festivo, bromista que hacía estallar la risa al señor Dordanne y á ella misma, que se reprochaba la complacencia con que acogía sus chanzas, el placer interior que le producía su vista y la febril impaciencia que le causaba su retardo.

Sin embargo, nada grave había ocurrido hasta entonces que pudiese torturar al ausente. Alicia lo pensaba por lo menos.

No obstante, sola en la pieza con Jacobo—ó casi sola puesto que su padre dormía—encontrábase invadida de indecible turbación.

Y por qué? Por una simple frase dicha en voz baja y que significaba poco más ó menos lo siguiente:—No es por jugar baraja que vengo aquí.

Era, pues, por ella: declaración velada, tímida, vacilante y con todo perfectamente comprensible.

Lo que más preocupaba á Alicia no era saber la impresión que producía en Jacobo, sino sentir que no era indiferente á los sentimientos de su primo.

IV

Hace cerca de un año que Jacobo y Alicia se aman: todo ha venido á confirmar esta certidumbre: el regocijo de encontrarse juntos; su turbación al hallarse solos, el relámpago furtivo de sus miradas. Sin embargo, ni la menor alusión á sus sentimientos, pues sabían que toda esperanza de unión entre ellos era imposible.

—Si Edgardo vive aún, se dice Alicia, mi deber es esperarlo hasta que venga á reclamar el pago de sus penas; si ha muerto, no debo olvidar que es por mi causa y debo consagrarme á su recuerdo.

V

Aquel día Jacobo tocó como siempre á la puerta de los Dordanne para jugar la tradicional partida de cientos. La primera persona á quien vió fue á Alicia que lo recibió con estas palabras:

—Está aquí; sabéis?

—¿Quién?

—Edgardo.

—Un rayo que hubiese caído á sus pies no habría hecho mayor efecto en Jacobo.

—Es posible?

—Sí, mi amigo.

—Ha pedido vuestra mano?

—Todavía no: estoy segura de que espera saber si mis sentimientos han cambiado.....



GENERAL RAMON GUERRA

DOCTOR ARNALDO MORALES

GENERAL ANTONIO FERNANDEZ

CANDIDATOS A LA PRESIDENCIA DEL ESTADO MIRANDA

contró con la del niño; se inmutó y volvió apresurado hacia el ventanillo.

III

Un momento después sorprendió aún los ojos del niño fijados curiosamente en él; lo cual le produjo un malestar vago al principio, luego perceptible, é intenso después.

Seguramente el niño cedía á un impulso de curiosidad: debía preguntarse quién era ese hombre que surgía de lo desconocido é iba á lo desconocido; ese hombre á quien no había visto hasta ahora y que no volvería á ver jamás.

Bajo el extraño misterio de esa mirada Juan Trubat sintió agrandarse la ola de sus recuerdos.

Primero el tiempo bendecido de la inocencia, los días azules pasados como vuelo de pájaro, sin dejar rastro. Luego los padres: el anciano severo y grave, arrugada la frente; la madre, pequeña y buena mujer, excusando sus faltas, rogándole que siguiese el camino recto. Después los camaradas de las primeras horas, los amigos ingenuos, el despertar de los sueños; la juventud, los años de colegio, los exámenes felizmente coronados; las primeras luchas por la vida; por el porvenir; la fortuna rápidamente adquirida, el oro corriendo entre sus dedos como un río maravilloso; en fin, la derrota, la desbandada de las esperanzas, las noches atroces buscando lo medios de conjurar el maleficio, la cabeza que se pierde y arroja las ideas; el suicidio que se presenta al pensamiento.....

Juan Trubat no iba más lejos: se horrorizaba á la sola idea de la decisión tomada la víspera en la tarde y cumplida en la noche.

IV

¿Por qué el niño continuaba mirándole tan obstinadamente?

El tren pasaba sin detenerse por las llanuras y los valles y se aproximaba á la frontera que debía ser saludada con júbilo por el banquero como el fin de su agonía: con todo, su temor se aumentaba bajo la persistente mirada del niño, que lo seguía á todas partes. Las pestañas eran de seda fina, los párpados de tierno satín rosa, las pupilas casi diáfanos, en las cuales Juan Trubat le pareció ver el reflejo de su imagen que las había oscurecido.

A despecho de su voluntad el banquero sintió toda la vergüenza y la cobardía de su falta subir en bocanadas de angustia á su cerebro.

La suma que llevaba en la cartera era el sudor de honrados trabajadores, de modestos

comerciantes que la reunieron casi peseta á peseta. En un momento él destruía todas sus esperanzas, los robaba ignominiosamente con el más cínico descaro y sin la disculpa del que hurta un pedazo de pan para satisfacer el hambre. Su nombre sería maldito, permanecería en el país como el de un criminal; porque era un criminal que dejaba tras sí lágrimas, miserias, y acaso muertes.

Aún era posible evitarse un remordimiento, devolver á cada uno su dinero, guardar su nombre libre de toda mancha, restituyendo los doscientos mil francos. Indudablemente se encontraría pobre como antes, pero con honor. Robusto y joven, aún le era fácil rehacer con el trabajo lo perdido.

Encerrado en la noche de sí mismo el fugitivo inspeccionaba las tinieblas de su alma.

Nó, no devolvería el dinero para doblegarse bajo la pesada carga del cotidiano trabajo; no reconstruiría el edificio de su fortuna por una nueva y fatigosa labor, como veinte años antes cuando vino á París desde el fondo de su provincia.....

V

Un brusca sacudida despertó á la anciana, quien se volvió hacia el niño:

—Duermes, Pedrito?

—No; dijo el niño con la cabeza; y los bucles de su rubia cabellera se agitaron.

—Te gusta el paisaje?

—Sí; abuela.

Ella agregó mirando el reloj.—Llegaremos dentro de una hora; tu padre nos aguardará en la estación. ¿Deseas abrazarlo?

—Sí; abuela, respondió el niño.

Los dos se quedaron silenciosos; y la turbación del fugitivo se acentuó, creyendo ver algo de repulsión y aun de temor en la mirada de la inocente criatura: acaso había llegado inconscientemente á plantear el problema del desconocido y lo había resuelto. Ese viajero nervioso era un malhechor: todo lo acusaba.

Juan sintió un dolor atroz, un peso abrumador que lo ahogaba.

VI

Nueva parada: la frontera. El banquero se apresuró á descender.

Y encontrándose aún perseguido por las sospechas del niño, por la mala impresión que le había producido, se puso á caminar por el campo, con la cabeza inclinada. La primavera sonreía, los árboles estaban cubiertos de flores, los pájaros cantaban.

El viajero marchó largo tiempo por las veredas del campo; luego volvió á su punto de partida.

Parecía menos abatido, no ahondaban su frente tantas arrugas, en su rostro se advertía menos angustia.

¿Qué había resuelto delante de los reproches del remordimiento agrandados bajo la inocente mirada de un niño? ¿Continuaba hacia la tranquilidad, el olvido y la dicha, ó volvía al penoso deber, á la pobreza, al trabajo, á la reconstrucción de la vida?

Juan Trubat franqueó la entrada de la estación se dirigió á la taquilla, y dijo al empleado:—Un billete para París.

Y á sí mismo:—Mañana estaré en Dijón antes de que nadie advierta mi ausencia.



Los monos en la marina americana

Una de las curiosidades de los buques de guerra americanos es la presencia de monos á bordo. Parece que no hay un solo navío que no posea uno ó varios monos.

Los marinos adiestran á estos cuadrumanos y les hacen tomar parte en las maniobras. Así han conseguido que los monos sirvan tanto como los marineros y á veces son más aptos que los reclutas de la marina.

Hay, sin embargo, algo á que no han podido habituarse y es el respeto por lo ajeno: son consumados ladrones. Como ejemplos cítanse, entre otros, los monos del Oregon y del Raleigh.

Actividad cerebral

La actividad cerebral se conserva mucho más que la muscular, y en testimonio de ser así pueden citarse numerosos hombres de Estado y sabios que han trabajado hasta su muerte por mantener la gloria de su patria. Uno de los ejemplos más característicos que puedan citarse es el de Gladstone, que murió á muy poco, y cuya memoria será imperecedera en Inglaterra.

En Francia, Crebillón compuso su última tragedia al cumplir los ochenta y cuatro años. Voltaire, aunque octogenario, conservó toda su lucidez y su actividad intelectual. Víctor Hugo sorprendía á todos sus amigos, no sólo por el número de sus años, sino por el poder de su genio siempre creador. En la actualidad, el académico Mr. Legouvé es uno de los hombres más espirituales y más despiertos de nuestros días.

En Italia, Miguel Angel á los ochenta y ocho años trabajaba sin cesar, el Tiziano á los noventa años pintó un cuadro para los Franciscanos, y en nuestros días el celebrado compositor Verdi ha recorrido los teatros para dirigir sus óperas, cuando ya había cumplido ochenta y cinco años.

Premio imperial

Se recordará, sin duda, que Guillermo II instituyó hace poco tiempo un premio imperial para los orfeones alemanes, que debe discernirse todos los años en un concurso musical, y éste debe efectuarse siempre en una ciudad diferente del imperio.

Este premio será otorgado, por la vez primera, en junio de 1899, y el torneo se efectuará en Cassel. El conde Hochberg, superintendente general de los teatros reales de Berlín, y presidente de la comisión de los premios, acaba de publicar las condiciones del concurso, entre las cuales hay una particularmente interesante: una hora antes de la ejecución, se comunicará á los orfeones una composición inédita, que deberán preparar durante ese corto espacio de tiempo. Esta melodía no tendrá sólo, y deberá ser cantada a capella, sin ningún acompañamiento.

El premio consiste en una preciosa joya, que el presidente del orfeón vencedor llevará al cuello durante todo el año; y el nombre de cada orfeón que gane se grabará sobre la joya; y si uno obtiene tres veces el premio, sucesivamente ó no, esta insignia quedará de su propiedad definitiva, y el emperador mandará á fabricar otra.

El jurado se compondrá de nueve músicos célebres, nombrados por el mismo Guillermo II.

Nuevo pan, de trigo y de maíz blanco

Los americanos han llegado á utilizar una proporción de maíz en la fabricación del pan, conservándole su buen gusto y su blancura. Los panaderos americanos han escogido una harina blanca completamente *desgerminada*, que da excelentes resultados. En Alemania funcionan actualmente gran número de panaderías análogas, y en Berlín se cuentan más de 65 panaderías especiales. Las proporciones de maíz y de trigo son variables, pero se obtiene un magnífico resultado empleando 33 p^g de harina de maíz y 67 p^g de harina de trigo, ó sea la tercera parte de maíz para dos terceras partes de trigo. Se hacen dos masas separadas y se reúnen cuando tienen punto; la de maíz debe estar preparada un poco antes y es muy ventajoso ponerla en agua tibia. En seguida se trabaja con el fermento y con la levadura. De este modo se obtiene el pan bien fermentado, de un gusto exquisito, de un bello color y la corteza es deliciosa: cuando el pan está bien fresco es casi pastel. La harina de maíz tiene la propiedad de absorber una gran cantidad de agua (casi el doble que la harina de trigo); por consiguiente este pan se conserva fresco durante más largo tiempo y rinde mucho. El maíz es un alimento sumamente nutritivo; su harina cuando está germinada le comunica al pan un sabor desagradable, así es que se necesita un trabajo especial para desgerminar el grano. El doctor Dujardin-Beaumetz dice en su libro titulado "Higiene alimenticia," que la harina de maíz es la más nutritiva, que ocupa el primer lugar por las materias grasas y azoadas que contiene y que es muy comprensible la tendencia que hay de substituir la harina de maíz á la de trigo. Un reciente análisis del Laboratorio Municipal de París ha dado el siguiente cuadro comparativo:

	Flor de maíz	Harina de trigo
Agua	10,60	12,65
Materias azoadas.....	14	11,82
Materias grasas.....	3,86	1,36
Almidón	70,68	72,23
Celulosa.....	nada	0,98
Cenizas.....	8,86	8,96
100 "	100 "	

Resulta, pues, que el total de las materias asimilables es 88,54 para la flor de maíz y 85,41 para la harina de trigo; hay además carencia de celulosa en la flor de maíz.

El maíz comunica á este pan mezclado, propiedades ligeramente laxantes que serán apreciadas por los habitantes de las ciudades; el pan americano es de perfecta digestión. El panadero podrá vender el pan mezclado, á 0,10 fr. por pan de cuatro libras, más barato que el pan de trigo, pues el saco de harina de maíz cuesta 30 bolívars menos que el de harina de trigo de primera calidad.

Juguetes alemanes prohibidos en América

El presidente de los Estados Unidos acaba de expedir un decreto prohibiendo la importación de juguetes de madera, cauchú ó hierro coloreados, "de fabricación alemana," á pretexto de que los colores de que están pintados son peligrosos.

Los soldaditos de plomo de Berlín no harán ya más las delicias de la chiquillería yanqui.

La "Sociedad de higiene," en virtud de cuyo informe dictó Mac-Kinley sus disposiciones, recomienda los juguetes de procedencia francesa.

Y hé aquí cómo el famoso *boycotage* americano se ha vuelto contra la Alemania, en obsequio de la Francia.

La vida del hombre comparada con la de la mujer

Según estadísticas publicadas en Berlín, la vida del hombre es mucho más corta que la de la mujer.

Se han compulsado los registros del estado civil en la capital del imperio alemán, y se ha observado que sobre mil recién nacidos del sexo masculino, sólo vivían 413 al cabo de cincuenta años, mientras que respecto á los nacidos del sexo femenino, se contaban más de 500 llegados á los cincuenta años; sobre mil nacidos, 427 llegaron á los sesenta años; 296, á setenta; 227, á ochenta, y 13, á los noventa años.

Por lo que concierne á los hombres, la proporción es mucho menor: sólo 63 llegaron á ochenta años, y 7 únicamente cumplieron los noventa.

Los resultados anteriores se confirman plenamente por los de otros países: hace cinco años que existían en los Estados Unidos 3.981 individuos que habían cumplido cien años, de los cuales 2.583 eran mujeres y 1.398 hombres. En Escocia en 1895, en las 21 personas llegadas á cien años de edad, había 16 mujeres y 5 hombres. En Francia, finalmente, en diez centenarios se contaban 7 mujeres y 3 hombres.

La persona más vieja que hoy existe vive en una pequeña aldea holandesa, cuenta hoy ciento diez y siete años, conserva todas sus facultades y se mueve sin dificultad.

Dice un colega del Exterior, lo siguiente;

En la Asunción del Paraguay ha ocurrido recientemente un suceso sumamente extraño, que, aun en la actualidad, es objeto de toda clase de comentarios.

Un soldado de la Capitania central, que hace unas cuantas noches se hallaba de centinela en la Aduana central, fue hallado á la mañana siguiente sin conocimiento y colgado, por la parte que da al río, de uno de los hierros de una verja que tiene tres metros de altura.

Cuando, después de exquisitos cuidados, se logró hacerlo volver en sí, se vio que el soldado era presa de una altísima fiebre y tenía algo perturbadas sus facultades intelectuales.

Algo repuesto después de algunas horas de reposo, manifestó que aquella madrugada, cuando se hallaba cerca de la escalera del muelle, se vio de pronto sorprendido por un fantasma de altísima estatura, al que hizo un disparo que no dio resultado alguno, por lo cual quiso atacarle con el cuchillo del fusil, pero el fantasma lo levantó con la misma facilidad que si fuera una pluma y lo dejó enganchado en uno de los chuzos de la verja, donde fue encontrado á la mañana siguiente por sus compañeros.

Aunque se desconfiaba de la declaración del soldado, nadie se explica cómo ha podido ser elevado su cuerpo á una altura tan considerable como la que tiene la verja sin haber sido visto por sus compañeros ni por la guardia nocturna.

Club siniestro

Los periódicos americanos anuncian que en Nueva York se acaba de descubrir un "Club de suicidas." Esta institución no es enteramente nueva, porque hace tres años la policía neo-yorkina tuvo que cerrar un establecimiento de este género; pero aquél no reclutaba sus adherentes sino entre los representantes del sexo fuerte, mientras que el club que se acaba de descubrir está destinado exclusivamente á las mujeres. Parece que está funcionando desde hace cinco meses. Los candidatos, al hacerse elegir se comprometen á morir en cuanto se les ordene; se asegura que todas las *clubwomen* son jóvenes, en su mayor parte bonitas y que las desgracias exteriores no tienen nada que ver con su pesimismo. Se reúnen una vez al mes y señalan, por un escrutinio secreto, cuál es la que debe morir; y desde que el club está funcionando, ninguno de sus miembros ha intentado sustraerse á esta ley fatal. De febrero á junio, la suerte ha condenado sucesivamente á Tillie Lorreson, Mary Crepoé, Annie Cooper y Minnie Clarke, quienes, en el curso de la semana siguiente, pusieron fin á sus días. El último suicidio se efectuó el 15 de julio: una jovencita, llamada Bessie Dunbar, se asfixió con óxido de carbono. Una amiga con quien tuvo confidencias antes de morir, dio parte á la policía, y el círculo fue cerrado inmediatamente. En una novela titulada: *VAs de pique*, Stewenson, describiendo un círculo de suicidas, pone en escena un curioso personaje. En este círculo, como en el club de mujeres descubierto en Nueva York, los estatutos exigen todos los meses la muerte de uno de sus miembros, pero la víctima en lugar de ser escogida por elección, se designa al azar. Un candidato se presenta al club de suicidas: "Conoce usted, le dice el presidente, las leyes de nuestro club?—Las conozco, responde el joven.—Quiere decir, pues, que usted no le tiene miedo á la muerte?—Al contrario, la temo horrorosamente.—Pero entonces?...—Qué quiere usted? Soy jugador."

Los abisinios en París

La llegada de los embajadores del emperador Menelik hizo gran sensación en París, llamando sobre todo la atención los vestidos que se pusieron para ir solemnemente al Elíseo. Consistían ellos en pantalón blanco ajustado, camisa de seda y oro, y sobre ésta la clámide de terciopelo ó seda con bordados en oro, de diferentes colores, según el grado ó la dignidad. En la cabeza llevaban adornos también variados. Uno lucía una especie de franja trenzada, hecha de crines de león. Otro tenía en torno de la frente un aro de oro, del cual colgaban sobre el rostro unas especies de pendientes del mismo metal, ricamente cincelados.

Uno de los intérpretes usaba sombrero chino; y también había en la comitiva un sacerdote chino, con vestido algo más serio.

La misión consta de cuatro príncipes de la familia real abisinia, entre otros el príncipe Voldié, conde de rnéo del rey Sellah-Sellasiéh, el hermano de Menelik, que firmó el primer tratado de amistad con el rey Luis Felipe.

Entre los demás miembros de la embajada hay un personaje de condiciones especialísimas que responde al nombre de Nado, y ocupa un puesto de mucha confianza cerca de Menelik. Para desempeñar su empleo, que es bastante peligroso, se requiere una abnegación á toda prueba. Cada vez que el emperador sale á campaña, ha de escoger Nado en la guardiarropa de su soberano los vestidos más suntuosos, y disfrazado con ellos, va también al combate con la misión de engañar y distraer al enemigo; de este modo el fiel é infeliz Nado viene á ser el blanco sobre el cual converge el fuego de los tiradores más hábiles.

—"Yo también, dice un periodista francés, quisiera tener un buen Nado. Es decir, que me gustaría estar acompañado por un individuo de hermosura varonil, á quien vestiría con los últimos refinamientos de la última moda, para que todos le confundieran conmigo. El papel de mi Nado es de fácil ejecución. Cada vez que se trate de dar unas cuantas bofetadas, las distribuiré yo; siempre que se hayan de recibir le tocarán á él. El día de recibir dinero yo lo guardaré en caja; cuando vengan á cobrar una factura, ó á reclamar el cumplimiento de alguna deuda antigua, él ocupará mi puesto....."

Cuidado como se engaña ese periodista tan espiritual. El empleo con que él sueña es aún más escabroso que el del verdadero Nado.

Prólogo de un libro de Coppée

Es sabida ya la conversión de M. François Coppée. Para los que deseen conocer los detalles de su reconciliación con Dios, tal como los refiere él mismo, traducimos las siguientes líneas del prólogo de su nueva obra titulada "La bonne souffrance":

"A fines del mes de octubre, en la proximidad de ese día conmovedor en que la Iglesia celebra la Conmemoración de los fieles difuntos, quedó definitivamente sellada mi reconciliación con Dios. Lleno de fe y de sumisión recibí la santa Eucaristía, uniéndome á este acto sublime el recuerdo de los seres queridos que han desaparecido y me esperan en la vida eterna.

".....Mis progresos en la vida cristiana, es decir, en el camino de la perfección moral, son muy débiles aún; sin embargo trato de ejercer para conmigo la mayor severidad posible.

"La paz del alma no se alcanza sino con la admirable disciplina de la religión, con el examen de conciencia y la oración. Por eso, ya no hay en mi vida instantes mejores que aquellos en que me dirijo á Dios, ofreciéndole el arrepentimiento de mis culpas pasadas y toda mi buena voluntad para el porvenir, á la vez que le pido me conceda esa paz que nos ha prometido en la otra vida, y que su gracia nos hace entrever ya en este mundo, en delicioso presentimiento. Sí, sólo es verdaderamente bella la hora en que nos ponemos en la presencia de Dios y oramos. Bendita mil veces la pena que me ha llevado otra vez á El.

"Las hojas dispersas que hoy reúno y que en verdad no merecen el nombre de libro, las he escrito en esas horas de crisis del alma que tan brevemente acabo de referir. Más de una vez, en el curso de su publicación por la prensa, ha conmovido los corazones el acento de sinceridad que de ellas se desprende, volviendo hacia la Cruz á muchas almas, por largo tiempo apartadas. Motivo de dulcísima satisfacción para mí, pero no de sorpresa; pues que hoy día muchos espíritus, profundamente disgustados por el materialismo triunfante, y desengañados de tantas otras doctrinas filosóficas, que contendrán tal vez una pequeña parte de sabiduría y de verdad, pero que, en resumen, no acomodan, ni aún la mejor de ellas, sino á un imperceptible número de personas, se sienten poderosamente atraídos por los brazos abiertos del santo crucifijo."

Comercio exterior de España

El movimiento de las transacciones comerciales entre España y el resto del mundo ha representado un valor de mil millones y medio de bolívares en 1895, último año en que hayan sido publicadas estadísticas oficiales.

En este número, las importaciones representan..... 838.494.964 bolívares, y las exportaciones 804.952.118.

El comercio español se efectúa sobre todo por mar; los transportes por tierra no son sino el 16 por 100 del conjunto de transportes y más de la mitad del comercio marítimo está asegurado por navíos extranjeros; sin embargo desde 1891, la marina española ha tomado cierto desarrollo. Así, en 1895, el valor de las importaciones y exportaciones con pabellón español era de 735 millones de bolívares, y las de pabellón extranjero no pasaban de 575 millones.

Las regiones que tienen más relaciones comerciales con España son: Francia, Reino-Unido, Cuba y los Estados Unidos. Estos cuatro países absorben el 70 por 100 del tráfico total; la sola Francia entra por más de 30 por 100; Reino-Unido 22 por 100; Cuba 10 por 100 y los Estados Unidos 6 por 100. La parte del Portugal no es sino de 4 por 100 y la de Bélgica 3 por 100.

Más de la mitad de las mercancías importadas á España provienen de Francia y del Reino-Unido, pero sobre todo de Francia (26 y 21 por 100); siguen después los Estados Unidos con 10 por 100 que representan un valor de más de 85 millones de bolívares.

Recíprocamente Francia, Reino-Unido y Cuba reciben cerca de 75 por 100 de las exportaciones españolas. La parte es 34 por 100, la del Reino Unido 23 y la de Cuba 16.

Para Francia y para Cuba las exportaciones tienen un valor superior á las importaciones; para Inglaterra, hay al contrario, una ligera diferencia en favor de las importaciones.

Los vinos constituyen la parte principal de las exportaciones. El valor medio de las exportaciones anuales es de 150 millones de bolívares. Las de metales representan una suma de 15 millones (sin entrar el oro y la plata), y las de minerales 75 millones.

España exporta también por 30 millones de frutas frescas, y por una suma igual de frutas secas.

Las mercancías importadas son: el algodón (80 millones de bolívares por año), 75 por 100 son producidos por los Estados Unidos; los granos (34 millones de bolívares) de los cuales 47 por 100 producidos por Rusia, 11 por Turquía, 10 por Rumania, 8 por los Estados Unidos, y 7 por Francia. El carbón (47 millones) está producido sobre todo por la Gran Bretaña (92 por 100.)

Gigantes construcciones en los Estados Unidos

Actualmente se está construyendo en New York un edificio llamado el *Park Row Building*, que excederá á todas las demás construcciones gigantes de New York y de Chicago.

Este edificio ocupa una superficie de 1.400 metros cuadrados; la mayor fachada mide 31 m. 67 de largo, pero tiene 36 pisos en la parte central, y dos torres elevadas de cuatro pisos, así es que hay 30 pisos hasta llegar á las torres.

La altura total del edificio, desde la calle hasta las cúpulas de las torres, es de 117 m. 65. El primer piso se utilizará como almacén y tendrá 10 ascensores. Los otros serán divididos en oficinas, cuyo número llegará de 900 á 1.000.

El *St Paul Building*, que se encuentra en la vecindad de esta nueva construcción, no tiene sino 25 pisos, y una altura de 92 m. 35.

Toda la construcción está sostenida por 3.500 estacas clavadas en una fundación de arena, á 6 metros de profundidad. Estas estacas son de pino de América, tienen de 0 m. 25 á 0 m. 35 de diámetro y la carga que soporta cada una de ellas no excede de 16 toneladas! Están clavadas á intervalos de 0 m. 40 de eje á eje, por hileras distantes de 0 m. 60 y cortadas al nivel de la capa de agua subterránea, es decir á 10 m. 46 bajo el piso de la calle. Las cabezas igualadas de este modo, están cubiertas, sobre 30 á 40 centímetros de alto, de un hormigón compuesto de 1 parte de cemento de Portland, 2 partes de arena y 15 de piedras rotas. Este hormigón recibe á su vez trozos de granito, sobre los cuales están establecidos los macizos de fundación, que sostienen las vigas principales de la armazón de edificio.

La invasión!

Los Estados Unidos cuentan cerca de 4.000 actrices. Las profesoras de música y los artistas instrumentalistas llegan ya á 35.000.

Once mil mujeres se ocupan profesionalmente de pintura. En cuanto á escritoras pueden contarse unas 2.800. Seiscientas, poco más ó menos, dirigen empresas teatrales; 800 escriben en los periódicos.....

Decididamente, las mujeres habrán de salirse uno de estos días con las suyas!

Animales fieles

Como ejemplo conmovedor de la fidelidad de los animales, cítase la historia del perro de aguas de un ciego, que, muerto su amo, le siguió hasta la fosa común, se echó en el suelo y se negó á tomar alimento hasta morir de inacción y de pesar sobre el cuerpo de aquél cuyos pasos había guiado, sirviéndole de consuelo en su infortunio. Dice ahora la *Pall Mall Gazette* que no es el perro el único, entre los animales amigos del hombre, cuyo amor sea más fuerte que la muerte. El caso, desconocido hasta ahora en su ternura, es capaz de igual abnegación. Una vieja papá, que vivía en Balranald, se había conquistado por la dulzura con que los trataba, el afecto de dos de estos animales. Cayó enferma y los casoeros empezaron á dar muestras de inquietud, demasiado justificada porque á los pocos días expiró su bondadosa ama. Cuando llegó la familia para sepultar el cadáver aumentó su agitación, y luego que se la llevaron, se entregaron los dos bédpos á una agitación tan violenta que los asistentes, temerosos, hicieron esfuerzos por cogerlos y dominarlos. Con gran dificultad pudieron apoderarse de uno de los peligrosos llorones; el otro, que logró escaparse de la persecución, alcanzó la fúnebre comitiva, y ocupó su puesto con aspecto tan resuelto que fue preciso dejarlo ir presidiendo el duelo. En el camino del cementerio había un río que era preciso vadear, y como el casoer le tiene horror al agua se esperaba que el ave fidelísima renunciaría á acompañar por más tiempo el entierro, al cual daba su presencia un aspecto muy pintoresco, aunque anormal. Pues no hubo tal; al llegar á la orilla se lanzó al agua con valor, hendió á aletazos la corriente, alcanzó la otra orilla y sacudiendo el agua que mojaba sus plumas, emprendió otra vez la marcha hasta el cementerio; asistió á la inhumación y fue el último que dejó la ciudad de los muertos, para volver á reunirse con su compañero. De entonces acá ni uno ni otro han querido aceptar la hospitalidad de madre; se la pasan vagando por los alrededores de la ciudad, fieros y desolados, haciendo resonar en la campiña por las noches sus largos y plañideros chirridos.

Población de la Europa

Según las cifras dadas por la *Revue française de l'Etranger*, la población total de la Europa podría evaluarse actualmente en 380 millones de habitantes, en tanto que hace diez años no era sino de 343 millones.

La densidad de la población, ha aumentado pues, en 4 unidades, por kilómetro cuadrado, pasando de 35 á 39.

Hé aquí la población de los principales Estados:

	Habitantes.
Rusia de Europa y Finlandia.....	106 200.000
Alemania.....	52.300.000
Austria-Hungría.....	43.500.000
Reino-Unido.....	39.800.000
Francia.....	38.500.000
Italia.....	31.300.000
España.....	18.000.000
Bélgica.....	6.500.000
Turquía de Europa.....	5.800.000
Rumania.....	5.600.000
Portugal.....	5.000.000
Suecia.....	5.000.000
Países Bajos.....	4.900.000
Bulgaria.....	3.300.000
Suiza.....	3 000.000
Grecia.....	2.400.000
Dinamarca.....	2.300.000
Servia.....	2.300.000
Noruega.....	2.000.000

La densidad de la población, por kilómetro cuadrado, es la siguiente: en Bélgica, 220; en Italia, 169; en Holanda, 149; en Inglaterra, 126; en Alemania, 97; en Suiza, 73; en Francia, 72; en Austria, 69; en España, 36; en Rusia, 20; etc.

En tanto que el aumento anual de la población rusa, en estos últimos diez años, ha sido de 1,45 por 100, la de la población alemana de 1,15, la de la austro-húngara 0,96, de la inglesa 0,35 y de la italiana 0,45, el coeficiente no ha sido en Francia sino de 0,08!

Con esta tasa, Rusia tendría en cien años, 228 millones de habitantes, Alemania 106, Austria 79, Inglaterra 65, Italia 44, y Francia solamente 40.

Un mapa eléctrico

Con razón se ha dicho que este siglo será llamado en la historia "el siglo de la electricidad."

Según parece va á trazarse un *mapa eléctrico* de Francia; esto es, un mapa en el que se encuentren indicados todos los lugares en donde exista una fuerza eléctrica cualquiera. Corresponde la iniciativa de esta novedad á la Sociedad profesional de industrias eléctricas-francesas y el trabajo se hará bajo los auspicios del Ministerio de Comercio é Industrias.

El jabón como desinfectante

Muy á menudo se va á buscar muy lejos lo que tenemos á la mano: esta es particularmente la ocasión de decirlo, porque desde hace mucho tiempo se está buscando la buena fórmula de una mezcla antiséptica para la desinfección de las manos, cuando parece que el jabón vulgar es lo mejor que se puede emplear para ese objeto.

A lo menos, este es el resultado de las experiencias de un microbiologista alemán, de nombre M. Reithoffer.

El autor ha empleado varios jabones, entre ellos el jabón ordinario, y ha probado que, de un modo general, todos son eficaces contra los microbios del cólera que destruyen, en solución en centésima, en pocos minutos. Así, pues, como uno se lava las manos con soluciones que varían de 5 á 45 p₁₀₀, se puede admitir que esta simple precaución es sumamente eficaz para esterilizar las manos, así como también los vestidos y la ropa en general.

El microbio de la fiebre tifoidea es también muy sensible á la acción del jabón; y por lo contrario, los microbios de la supuración resisten á su acción.

M. Reithoffer ha probado además lo siguiente: que añadiéndole á los jabones substancias desinfectantes, tales como el fenol, el lysol, etc, no solamente no se mejoran sus cualidades antisépticas, sino, al contrario, se disminuyen. De todos modos, la presencia del jabón neutraliza, ciertamente, la acción de dichas substancias antisépticas.

Estas interesantes observaciones pueden explicar por qué ciertas epidemias se propagan tan difícilmente: pues á menudo es mucho más difícil encontrar la razón del no contagio que la del contagio.

Demuestran también que, entre las numerosas precauciones de antisepsia, el simple aseo es de las más seguras.

El calor y la dilatación de los rieles

Hé aquí un ejemplo muy curioso que ha sido certificado por M. C. M. Ginther. En un caluroso día del mes de agosto de 1868, J. Roberts conducía un tren en la línea Chicago-Burlington, en Iowa; el ferrocarril marchaba con gran velocidad, cuando repentinamente, á tres millas de Tarfield y á una milla distante de él, Roberts ve que la línea se levanta bruscamente, se repliega, se retuerce como serpiente, y después cae poco á poco formando una curva regular sobre el lado de la plata-forma normal del ferrocarril. El mecánico pudo retener los frenos á tiempo. Ni una travesa había abandonado los rieles, ni una juntura se había movido, y el tren pudo pasar por la vía que, de este modo, había cambiado de lado. Es necesario hacer notar que el camino era completamente plano, y que por ese motivo las travesas pudieron encontrarse á plomo en el suelo de la pradera.

El examen que se hizo demostró que como los rieles se tocaban completamente, la expansión del metal había podido obrar poderosamente sobre una milla de largo. La línea curva formada se depositó lateralmente, y representaba el largo primitivo de la vía aumentada por la dilatación producida.

D. R.

El cementerio atlántico

La isla Arenas, en cuya vecindad se efectuó el desastre de la *Bourgogne*, ha sido llamada siempre por los marinos ingleses "el cementerio atlántico."

Esa isla ha sido ya teatro de varios naufragios; está situada á ochenta y cinco millas aproximadamente de White-Head y ciento cincuenta al noroeste de Halifax; tiene una longitud de cerca de veinte y dos millas y menos de una de ancho. Con sus bancos de arena y sus arrecifes bañados por las olas, es excesivamente peligrosa para los navegantes, á cuya vista permanece casi siempre oculta, á causa de la bruma que la cubre.

Se dice que más de 250 navíos se han perdido desde principios del siglo en los mismos parajes. Más de una vez se ha proyectado poner en guardia contra el peligro á los navegantes que frecuentan aquella latitud; pero siempre se han abandonado las medidas de precaución, porque la isla se hunde poco á poco: hace un siglo tenía más de cuarenta millas de longitud y dos millas y un cuarto de ancho. Aunque en 1888 se construyó un faro en la costa Oeste, no ha sido suficiente para alejar el peligro.

Despedida

Al salir de Portsmouth los prisioneros españoles, desahollóse una conmovedora escena.

El señor Díaz Moreu embarcaba en el *San Luis*, y antes de hacerlo pidió permiso para despedirse de los tripulantes del *Colón* que pelearon bajo su mando.

Concediósele el permiso, y llegó el comandante del *Colón* cerca de sus marinos. La emoción le impidió hablar palabra. Sin hablarles, fue estrechándoles la mano uno por uno, besándoles en las mejillas.

Al despedirse, los bravos marinos le abrazaron llorando.

Equipo del soldado americano

El soldado americano en campaña lleva encima treinta y dos kilogramos de equipo, distribuidos así:

2 cobertores de lana.....	5 kilos
1 capa de caucho.....	0,800
1 tienda de campaña.....	0,900
1 manta.....	2
1 par de botas.....	1,200
1 pantalón.....	1,400
1 camisa.....	0,400
1 calzoncillo.....	0,500
Calcetines y servilletas.....	0,600
1 toalla.....	0,900
El morral.....	3
Los víveres.....	2
Las armas.....	6
Municiones.....	3
Vestido.....	4

Actualmente la temperatura de los campos de Cuba es de 40° centígrados.....

Chateaubriand y la alianza franco-rusa

En el mes de Julio, como saben nuestros lectores, celebró la Francia el quincuagésimo aniversario de la muerte de Chateaubriand y á ese propósito recuerdan los diarios de París que desde 1823, cuando el autor del *Genio del Cristianismo* se encontraba en Roma, predijo la alianza franco-rusa, en el siguiente párrafo de una carta dirigida al Ministro de Relaciones Exteriores.

"Hay simpatía entre Rusia y Francia: ésta casi ha civilizado las clases superiores de la sociedad rusa; les ha dado su idioma y sus costumbres. Colocadas en los extremos de Europa, estas naciones no pueden chocar por sus fronteras; ni tienen, por consiguiente, campo de batalla en donde puedan encontrarse; no hay entre ellas rivalidades comerciales y los naturales enemigos de la Rusia (Inglaterra y Austria) son también los enemigos naturales de la Francia. Es, pues, necesario que en tiempos de paz el gabinete de las Tullerías sea el aliado del gabinete de San Petersburgo; á fin de que en tiempos de guerra ambas cancillerías se encuentren en capacidad de dictar leyes á la tierra."

Aquel consejo de hace setenta años ha tenido solemne y fiel cumplimiento.

La guerra hispano-americana

Tomamos de un diario francés lo siguiente:

La intendencia del ejército americano acaba de contratar la alimentación anual del *Weyler*, el *Blanco* y el *Reina Regente*. A fin de evitar conjeturas, es preciso advertir que los tres conocidos nombres anteriores son los de *tres gatos* que existen en los depósitos militares de New York, cada uno de los cuales tiene derecho á una libra de carne de ración, pagando por ello el Estado diez y ocho dollars por año; partida que figura en el presupuesto norte-americano.

Los enviados de Menelik en París

El príncipe Woldié, jefe de la embajada que ha enviado á París el emperador de Abisinia, ha recibido una comisión de la *Juventud Negra*, presidida por Benito Sylvain, oficial de la marina de Haití.

Al presentarse ante el embajador de Menelik, M. Sylvain le dirigió estas palabras:—"Todos estos jóvenes que han venido á instruirse en Francia, á fin de asimilarse lo que de más selecto tenga la civilización europea, se consideran felices y se engulleen por la gloria que el *Negus* ha conquistado con su noble y magnánima conducta. Desean, como yo, que el Emperador de Etiopía llegue á ser el gran protector de todas las pobladas del Africa que no han encontrado todavía el camino de la civilización."

El orador haitiano agregó que si la Abisinia se veía nuevamente amenazada, la juventud negra de América se haría el deber de alistarse para defenderla.

El príncipe etíope se creyó por su parte obligado á suspender su cotidiana visita á los monumentos de París y obsequiar á los comisionados con un paseo al *Bois de Boulogne*.

El tatuaje eléctrico

Parece que el tatuaje está de moda actualmente en los Estados Unidos y que la profesión deja tanto en Nueva York como la de médico ó abogado.

Así lo publica un diario francés del cual traducimos la noticia.

Sobro todo, agrega el periódico, desde el principio de la guerra hispano-americana, el tatuaje ha adquirido un desarrollo considerable; todos los marineros de los buques de guerra quieren ostentar sobre el pecho, las espaldas, los brazos, dibujos relativos á la marina, áncoras, cañones, granadas, etc.

En ese sentido, nada tan preferido á una representación de la explosión del *Maine*.....

Pero el procedimiento ha cambiado también y en lugar de hacerse con aguja y tinta especiales como de costumbre, se practica por medio de la electricidad: media hora basta para la operación.

Monumento á Leconte de Lisle

Se ha verificado en París la inauguración del monumento consagrado á la memoria de *Leconte de Lisle* por los amigos y admiradores del gran poeta.

El monumento, emplazado en el jardín del Luxemburgo, es obra del escultor Denys Puech.

El proyecto de la obra fue un gran éxito en el Salón del año último, y su realización se considera un trabajo maestro por su sencillez y su hermosura.

La inauguración del monumento ha sido una solemnidad, á la que ha ido lo mejor de la literatura y del arte parisienses.

Después de descubierto el pedestal sobre que se alza el busto de *Leconte de Lisle*, Heredia, con el doble título de discípulo del gran poeta y de director de la Academia Francesa, pronunció el primero un elocuente discurso haciendo el elogio de *Leconte de Lisle*.

M. León Bourgeois, Ministro de Instrucción Pública, dijo algunas palabras en nombre del Gobierno; Mauricio Barrés, el insigne escritor, hizo un breve y hermoso discurso, y otros muchos literatos leyeron versos y trabajos en prosa dedicados á honrar la memoria del maestro de la poesía francesa.

La Exposición de 1900

La clase 71 de la Exposición *fin de siglo* ha tenido una idea original é interesante.

Ha decidido, para corresponder á la necesidad de arte y de novedad que se experimenta á propósito del gran certamen, crear una sección especial de decoración de fiestas públicas.

Con tal objeto ha hecho un llamamiento directo no solamente á los decoradores ya conocidos por sus trabajos y experiencias, sino á todos aquellos hasta ahora ignorados que tengan ó hayan concebido proyectos acerca del asunto.

Quien quiera puede dirigirse libremente al Presidente de la clase 71, grupo XII, tercera sub-comisión, 97, quay d'Orsay.

NUESTROS GRABADOS

El cuadro de Herrera Toro

La última obra de nuestro notable compatriota Herrera Toro, es una nueva y brillante demostración de su cultura artística y de su sensibilidad exquisita. EL COJO ILUSTRADO tiene especial satisfacción en reproducirla, y de hacer constar, como tributo de justicia al notable pintor venezolano, que su obra ha merecido el aplauso entusiasta de los maestros y despertado la admiración de los aficionados competentes.

Instituto Nacional de Bellas Artes

Como lo prometimos en nuestra edición del 1.º de agosto, nos complacemos en presentar á nuestros favorecedores el mayor número de las obras que en las secciones de arquitectura, escultura y pintura concurren al brillante éxito de los exámenes rendidos por el Instituto Nacional de Bellas Artes en el presente año. Aparecen al pie de los grabados respectivos las firmas de los autores favorecidos por el juicio del jurado que conoció del mérito de las obras expuestas.

Consuela al patriotismo el hecho de que no todas nuestras energías naufragan en el mar borrascoso de la política. Aunque, fatalmente, esta amenaza adueñarse del alma nacional, todavía nos queda la esperanza de que en las esferas de la actividad humana el pensamiento y la voluntad abrirán nuevos rumbos á la gloria individual ó al común provecho de la patria. Actualmente, el espíritu del arte, semejante al ave que canta en medio de las tormentas oceánicas, rompe la obscuridad del horizonte, y sobre la lucha de las pasiones y del interés personal, tiende el ala luminosa y ensaya el himno de los triunfos futuros.

Renovamos nuestra entusiasta felicitación al señor Mauri Director del Instituto Nacional de Bellas Artes, y á sus alumnos, quienes siempre encontrarán en EL COJO ILUSTRADO estímulo y aplausos.

Boabdil

El lienzo de Corbould trasmite á la posteridad la figura del último rey moro de Granada, que pasa por los dominios de la historia, abatido y nostálgico, y cede su recuerdo á la poesía, para que en la poesía brille como su alfange y perdure como sus hechos.

Cuando derramando ardientes lágrimas contemplaba á Granada desde lo alto de una colina: "¡lora como mujer, le dijo su madre, el trono que no has sabido defender como hombre."

Diez años antes de capitalar con Fernando 6º Isabel, Boabdil había arrojado del trono á su padre Muley Assem.

Hamlet

La pintura de Maclise sintetiza las patéticas escenas en que Hamlet, á los pies de Ofelia, hace saber á Claudio y á Gertrudis, por medio de cómicos ensayados al efecto, que está en el secreto del envenenamiento de su padre.

Desde ese instante, la tragedia se desarrolla con impetuosidades de tormenta: Hamlet amenaza, asesina, batalla, muere; y Ofelia, claridad de crepúsculo en el oscuro poema:

desaparece cándida y ligera,
como un páldio ensueño que se esfuma
en el vago país de la quimera.

Candidatos

En la presente edición aparecen los retratos de los señores Generales Ramón Guerra, Antonio Fernández y Doctor Arnaldo Morales, á quienes sus amigos y partidarios presentan como candidatos á la Presidencia del Estado Miranda, por fallecimiento del señor General Joaquín Crespo, elegido en las últimas elecciones para regir los destinos de aquella entidad federal.

El sueño de Santa Cecilia

La vida de la casta esposa de Valeriano ha inspirado á los pintores de todas las épocas; en esta misma revista, no son pocas las obras que sobre el asunto hemos publicado.

La que hoy reproducimos lleva la firma de un artista distinguido y representa á la santa transportada al cielo, mientras el cuerpo permanece inmóvil bajo el ala invisible del sueño.

El ángel que completa la alegoría de Azambre, es el mismo de que habla la santa, cuando se dirige á Valeriano.

"Tengo por amigo un ángel de Dios que se desvela por la guarda de mi cuerpo; y, si diera el caso que tú intentaras en mí cosa alguna que pudiera encender la ira de Dios contra tí, desde el mismo punto se declararía enemigo tuyo, y te perdería en tu florida juventud; pero, al contrario, si ve que tu me quieres con un corazón sincero y un amor puro, y que me tratas como cosa sagrada, te amaré á tí como me ama á mí, y tendrás también parte en sus beneficios."

El carro del sol

La pintura de Grandjean, expuesta últimamente en el salón de París, obedece al mito griego que representa al sol en la figura de un joven de mirada viva, cabellera rizada con diadema de rayos, vestidura ligera y flotante, y guiando una cuadriga. A la luz del sol, también la personificaron los griegos en el hijo de Helios y de Clímena. Faetón aparece en la leyenda como un hombre presuntuoso que pidió á su padre le dejara conducir el carro del sol por el cielo durante el día. Clímena unió sus ruegos á los de su hijo para que Helios accediera á los deseos de éste. Conseguido el permiso, Faetón subió al carro, tomó las riendas y partió; pero siendo demasiado débil para contener á los caballos, éstos se apartaron del camino que debían seguir y llegaron hasta cerca de la Tierra, de cuyas resultas los ríos quedaron secos y el suelo se quemó.

Júpiter, que presenciaba todo esto, encolerizado por la torpeza de Faetón, y queriendo librar á la Tierra de ser abrasada, hirió al temerario joven con un rayo, precipitándole en el río Eriano. Las hermanas de Faetón, las Helíadas, que habían enganchado los caballos al carro, sufrieron también su castigo, pues fueron convertidas en álamos blancos y sus lágrimas en ámbar.

Cain

El grabado evoca la primera tragedia de la historia, realizada por el primer golpe de la envidia.

Fresca está la sangre de Abel; y Cain, á partir del nefando fratricidio, recorre el mundo bajo el nombre de todas las pasiones innobles y de todos los atentados criminales.

Una prueba

En este cuadro aparecen de relieve, mediante la sencillez de la composición, la gracia y la precocidad de la infancia.

A la defensiva

Es un momento de peligro en la montaña inexplorada; y la escena palpita en el lienzo con todo el imponente vigor de la realidad.

SUETOS EDITORIALES

Fiesta de la Caridad.—En la noche del 3 del presente se efectuará en el Teatro Caracas la velada artística-literaria que la sociedad de la *Asistencia Pública*, con motivo del primer aniversario de su fundación, ha organizado en favor de los seres acogidos á su amparo.

El discurso de orden está encomendado al elocuente orador señor Ricardo Becerra, y dos más de nuestros colaboradores distinguidos, los señores Andrés A. Mata y Rufino Blanco Fombona, leerán sendas poesías alusivas al acto.

En la parte de canto figurarán las señoritas Budriesi y Pachano, cuyas aptitudes son justamente apreciadas.

Dado el fin filantrópico de la fiesta, no vacilamos en afirmar que la sociedad de Caracas, que se distingue por culta y caritativa, concurrirá á ese acto en que el arte, la elocuencia y la poesía desplegarán sus mejores galas en obsequio de los desheredados de la fortuna.

Isabelita Montauban.—Cuando el destino somete á rudas pruebas los corazones que saben sentir y amar, el espíritu se rebela contra la desgracia y en vano acude el pensamiento á la expresión del idioma en solitud de la frase que sirva como de bálsamo

Grandes y pequeños . . .

Todos deben tomar la Emulsión de Scott, especialmente los pequeños. Muchos sufren por no recibir la grasa suficiente de los alimentos ordinarios. Todos ellos están expuestos á la anemia y al raquitismo. La Emulsión de Scott contiene aceite de hígado de bacalao que enriquece la sangre, é hipofosfitos de cal y de sosa, tónicos excelentes para el cerebro, los nervios y sistema óseo. La combinación de esos elementos, tal como se encuentran en este remedio-alimento por excelencia, forma el mejor reconstituyente que se puede obtener, y por consiguiente es insuperable para combatir el raquitismo. Crea carnes, purifica la sangre, tonifica los nervios y rejuvenece el sistema entero. Las impurezas de la sangre desaparecen cuando se usa la Emulsión de Scott, y el cuerpo se coloca en tal estado de vigor y salud que desafía las enfermedades.

No solamente debieran las madres tomar la Emulsión de Scott y darla á sus hijos con regularidad, sino hacer que las nodrizas también la tomen.

La Emulsión de Scott es un remedio de que se puede depender para que los niños anémicos y raquíticos se conviertan en fuertes, rosados y rollizos.

Hay que tener cautela con las imitaciones y falsificaciones. Desconfíese igualmente de las "preparaciones" y "vinos" llamados de aceite de hígado de bacalao pero que no lo contienen. La legítima lleva la etiqueta del hombre con el bacalao á costas pegada al envoltorio.

De venta en las Droguerías y Farmacias. SCOTT & BOWNE, QUIMICOS, NUEVA YORK.

para esos desgarramientos del alma. Así nos hemos dicho ante la tumba recién cerrada de esta adorable niña, que, en la edad de las sonrisas castas, cuando sólo se sueña con flores y mariposas, y todo tiene la dulcedumbre de un halago, se apartó de los brazos de la madre amantísima y desapareció del hogar, hasta ayer feliz, y siempre respetado por las altas virtudes que de él se reflejan.

Nostálgica de lo infinito, fuese á buscar su puésto en el coro de los que no han sufrido; y al devolver á la tierra lo que de la tierra tuvo, amargó, sin quererlo, la dicha de sus padres. Para éstos, la realidad despiadada, con sus tristezas sin término; para élla, la vida imperecedera del ensueño, las perpétuas claridades del alba, el himno del amor y la esperanza.

Crean las familias Montauban y Zuloaga que las acompañamos en la pena á que el destino ha sometido sus afectos.

Fiestas patrióticas.—Desde el 30 de agosto tenemos noticias de que han empezado á verificarse con la mayor esplendidez las fiestas decretadas por el Gobierno del Estado Miranda para celebrar la inauguración de la Plaza Principal de Maracay, junto con la del monolito consagrado á perpetuar la memoria de los oficiales americanos, compañeros del Generalísimo Miranda, sacrificados en Puerto Cabello el año de 1806.—Ese monumento simbolizará en todo tiempo la gratitud del pueblo venezolano hacia la Gran Nación que alentó los nobles propósitos del Precursor de nuestra Independencia, al propio tiempo que mantendrá vivo el recuerdo de la atrevida tentativa que, á pesar de frustrarse prematuramente, robusteció el espíritu de emancipación y preparó el alma nacional para "el gran acontecimiento del 19 de Abril, de que fue corolario el otro no menos magno del 5 de Julio, en que Venezuela declaró ante el mundo que se había constituido en Nación independiente."

EL COJO ILUSTRADO, en su deseo de asociarse al júbilo de los pueblos de Miranda, se propone publicar las vistas de la plaza y del monumento que actualmente se inauguran.

Pedro Peña Vallenilla.—Su reconocida hombría de bién, la integridad de su carácter, que no sufrió flaquezas ni vacilaciones, y los meritorios títulos con que ilustró su hogar, templo del afecto y de la virtud, piden para su tumba lágrimas; para su nombre, ennoblecidos recuerdos de justicia; y para sus actos, la alabanza que conduce al ejemplo de todo lo que enaltece y dignifica.

Lamentamos sinceramente el fallecimiento de este distinguido ciudadano; y al presentar nuestro pésame á su honorable familia, nos asociamos particularmente al duelo de su dundo, señor General Nicanor Bolet Peraza, amigo y colaborador de todo nuestro aprecio.

Escuela Páez.—En la noche del 15 de agosto último, ante selecto auditorio, se verificó la velada literaria que, con motivo del XXV aniversario de la fundación de aquel acreditado plantel, organizó un grupo de caballeros, inspirado por el sentimiento de la gratitud y gratamente movido por el dogma que reconoce el culto del mérito.

El acto justiciero á que nos referimos revistió forma solemne. La poesía, la música, el canto y la elocuencia, se hermanaron al entusiasmo de los espíritus para festejar los triunfos del modesto é ilustrado institutor.

Reciba por ello el señor Jesús María Páez, nuestra más cordial enhorabuena.

Adolfo Terrero Atienza.—Después de larga y penosa enfermedad rindió la jornada de la vida este apreciable joven, más querido de los suyos, cuanto más resistía con cristiana resignación sus hondos padecimientos.

Consagramos un sentido recuerdo á su grata memoria y presentamos nuestra condolencia á todos sus deudos, especialmente á sus hermanos nuestros amigos señores Santiago y Gustavo Terrero Atienza.

"La República."—Con el número 704 reapareció este diario caraqueño en el palenque de las discusiones públicas. El COJO ILUSTRADO retribuye atentamente el saludo colectivo que el colega dirige á la prensa del país y corresponde oportunamente á su visita.

De arte.—Una vez más nos complacemos en tributar justicieros aplausos á las dotes artísticas de la simpática y bella señorita María Teresa Lozada, quien, de manera delicada, acaba de ejecutar con el cabello de la finada esposa de nuestro colega y amigo señor Carlos Pumar, un artístico cuadro que representa un monumento tumulario, que habrá de perpetuar en el santuario de los puros afectos la memoria de aquella respetable matrona.

Acepte la señorita Lozada nuestros cordiales parabienes, por esa nueva obra de su ingenio.

María Josefa A. de Dupuy.—En la tarde del 26 de agosto último fueron cristianamente sepultados los despojos mortales de esta respetable madre de familia, que en el seno de la muerte torna á vivir, por siempre, en compañía del que fue en el mundo su excelente compañero.

Presentamos á sus deudos la sincera expresión de nuestra pena.

"Venezuela en Europa."—Con este título acaba de ver la luz pública, bajo la dirección del señor U. A. Moriconi, una revista mensual ilustrada, constante de cien páginas y escrita en italiano y español. Su propósito es dar á conocer á Venezuela en el exterior, para propender al ensanche de nuestras industrias y al mejor medio de fomentar corrientes de inmigración.

Celebramos la aparición del nuevo colega y le quedamos agradecidos por la dedicatoria que otorga con que nos favorece.

Leopoldo Terrero.—Al entrar en prensa este último pliego, recibimos la noticia de la muerte del señor Leopoldo Terrero, acaecida el día 28 de julio último en la ciudad de New York, donde por largos años residió.

Se distinguió en la tribuna de la prensa,

desempenó con cabalidad los altos puéstos que se le confiaron, y en los días tristes del destierro tuvo por escudo la integridad de su carácter y la firmeza de sus convicciones.

Su muerte es un nuevo golpe para las familias Terrero, Monagas, Bolet y Peña Vallenilla. A todas ellas, y en especial á la viuda é hijos del finado compatriota presentamos nuestra más sentida condolencia.

Cimodocea de Marcano.—Ha muerto esta distinguida señora viuda del sabio venezolano Vicente Marcano. Lamentamos la desgracia y enviamos el pésame á sus hijos y demás deudos.

Folleto recibido.—Informe á la Cámara de Comercio de Caracas, sobre los Museos de Filadelfia, y gira de inspección por los centros industriales de los Estados Unidos, (junio y julio de 1897), por Antonio E. Delfino.

Revista de la Instrucción Pública, órgano del Ministerio de Instrucción Pública.

Damos las gracias á los señores remitentes.

EXCESO DE CABELLO

Las mujeres que sufren á consecuencia de tener demasiado cabello en la cara se alegrarán mucho al saber que recientemente se ha descubierto un tratamiento que para siempre destruye la crecida de tales cabellos, sin dolor ni causar algún daño al cutis. Esto lo garantizamos nosotros. No es una preparación para quemar el cabello, sino que lo mata por absorción, es un procedimiento enteramente nuevo. Enviaremos un frasco de dicha medicina para uso inmediato, por correo y en cajas muy bien arregladas, recibiendo seis pesos oro, los que remitirán por órdenes postales ó por cartas certificadas.

The Monogram Co. N. 107 Pearl Str. New-York, City

Los médicos recomiendan la Emulsión de Scott como enérgico reconstituyente en todos los casos de escrofulismo, raquitismo y en la tuberculosis pulmonar.

Señores Scott & Bowne.

Muy señores míos: Tengo el gusto de manifestarles que desde hace años vengo recetando en aquellas dolencias para las que está indicado, el tan renombrado é inmejorable producto llamado Emulsión de Scott, sin que hasta ahora haya dejado de darme el resultado deseado.

Así, pues, en vista de ello, no dudo en prescribirla á aquellos pacientes que sufren de *desórdenes tróficos* ó de *nutrición*, y que se extenuarían rápidamente si no se acudiese prontamente á dicho preparado, que encierra en sí productos tan asimilables y reconstituyentes.

Tanto en la *diatesis escrofulosa*, *linfatismo*, *raquitismo*, y sobre todo, en la *tuberculosis pulmonar*, sus efectos son incontestables.

Por su gusto agradable se toma sin repugnancia alguna. Deseando á ustedes toda clase de prosperidades, aprovecho esta ocasión para suscribirme su más affmo. atto. S. S.

Mayagüez, Pto. Rico.

J. MONAGAS.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

•••

Para Resfriados, Toses, Bronquitis. Mal de Garganta, Romadizo y Tisis Incipiente no hay remedio que se aproxime al Pectoral de Cereza del Dr. Ayer. Calma la inflamación de la garganta, destruye las mucosidades irritantes, suaviza la tos y predispone al descanso. Como medicina casera para casos fortuitos y para el alivio y curación del garrotillo, tos ferina, mal de garganta y todos los desarreglos pulmonales á que están expuestos los jóvenes, es de un valor terapéutico inapreciable.

El Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.

PREPARADO POR

Dr. J. C. Ayer & Ca.,
LOWELL, MASS., U. S. A.

Medallas de Oro en las Principales
Exposiciones Universales.

Póngase en guardia contra las Imitaciones baratas. El nombre de —Ayer's Cherry Pectoral— aparece en la envoltura y de realce en el cristal de cada frasco.

HAUTHAWAY'S

Peerless Gloss

For Ladies' and Children's Boots and Shoes
Contains nothing injurious to leather

PRIZE MEDALS. Sold by all New York Commission Houses

**C. L. HAUTHAWAY
& SONS,**
316 Congress Street,
BOSTON, MASS., U. S. A.

**EL LUSTRE
SIN RIVAL DE
Hauthaway**

PARA

Calzado de Señoras y Niños
No contiene cosa alguna que pueda dañar el cuero.
Lo venden todas las casas comisionistas de Nueva York.

BOSTON, 1869.
VIENNA, 1873.
PHILA., 1876.

C. L. HAUTHAWAY & SONS

346 Congress Street, BOSTON, MASS., U. S. A.

SE NECESITAN AGENTES

En cada población: una persona inteligente para trabajar como nuestro Agente. No hace falta conocimiento especial ó dejar la ocupación actual. Sueldo y comisión de primera. Es ocasión excelente para un joven ó señorita lista y activa.—Morse Manufacturing Company, Red Lion Court, London, E. C. (Inglaterra).

Sozodonte

PARA LOS
DIENTES Y EL ALIENTO.



Los principales Dentistas y Médicos piden un *Líquido* (que destruya los gérmenes entre los dientes y en la boca) y unos *Polvos* (que limpien el esmalte de los dientes) que *usados juntamente* conserven propiamente la dentadura. Hé aquí pues el SOZODONTE que es el único dentrífico perfecto, pues que cada caja contiene Líquido y Polvos. Uno de los mas viejos de América.

El Dr. D. Francisco A. Rísquez, vice-rector de la Universidad Central de Venezuela, Catedrático de Patología Interna en la misma y Vocal Secretario del Consejo de Médicos de la República de Venezuela, dice:

“SOZODONTE es un preparado excelente para los cuidados diarios de la Dentadura y la boca, que ya no faltará en mi tocador ni en el de mi familia.”

Vendido en las Droguerías, Perfumerías y Farmacias de todo el Mundo.

Pedid por tarjeta postal la “Dentisteria Popular,” un libro que dice la manera de cuidar la dentadura.

HALL & RUCKEL, New York, EE. UU.

POND'S EXTRACT

(EXTRACTO DE POND).

CURA REUMATISMOS, CATARROS, AFECCIONES DE OJOS, HERIDAS, CONTUSIONES, MORDEDURAS DE INSECTOS, INSOLACIONES, ALMORRANAS, TODA CLASE DE DOLORES É INFLAMACIONES Y LAS HEMORRAGIAS.

Usado por los más eminentes Médicos y en los principales Hospitales de Europa y América.

1848.

Es admirable el efecto del Extracto de Pond para aliviar el dolor. Es un remedio de un precio inestimable: tan calmante y tan curativa es su acción. No solamente alivia, sino que también cura toda clase de dolores é inflamaciones.

JOHN C. SPENCER,
Ministro de la Guerra, E. U. de A.

1895.

Mi esposa y yo hemos usado durante tanto tiempo y con tanta constancia el Extracto de Pond, que podemos hablar de él con entero conocimiento de causa y recomendarlo en los términos más entusiastas.
Revd. CHAS. H. PARKHURST,
Doctor en Teología, y gran reformador de Nueva York.

ES LA MEJOR LOCIÓN QUE SE CONOCE PARA USARLA DESPUÉS DE AFEITARSE.

Se vende en Todas las Boticas pero sólo en nuestros propios envases.

POND'S EXTRACT CO., 76 FIFTH AVE., NEW YORK, E. U. de A.

ANEMIA

HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de París, contra CLOROSIS, FIEBRES, FALTA de FUERZAS. Es el Verdadero. — 14, R. BEAUX-ARTS, PARÍS.

DEBILIDAD

EL 1898 20th Century; OJO

LÁMPARAS PARA BICICLETAS
DE PASEO
De Níquel Plateado,
Pequeñas, Bonitas y Duraderas.

Queman querosina y se conservan encendidas. Las mejores luces para Bicicletas. Las principales Lámparas para Bicicletas en los Estados Unidos y Europa.

Las mejores del mundo.



20th CENTURY CICLÓMETROS.
10.000 Kilómetros.

20th CENTURY MFG. COMPANY,
17 Warren St., N. Y., U. S. A.

ALMANAQUE DE PARED

Astronómico y religioso

PARA 1899

arreglado al meridiano de Caracas por astrónomos competentes y revisado en la parte eclesiástica por la autoridad de la arquidiócesis.

Propiedad de La Empresa El Cojo

Está ya á la venta.